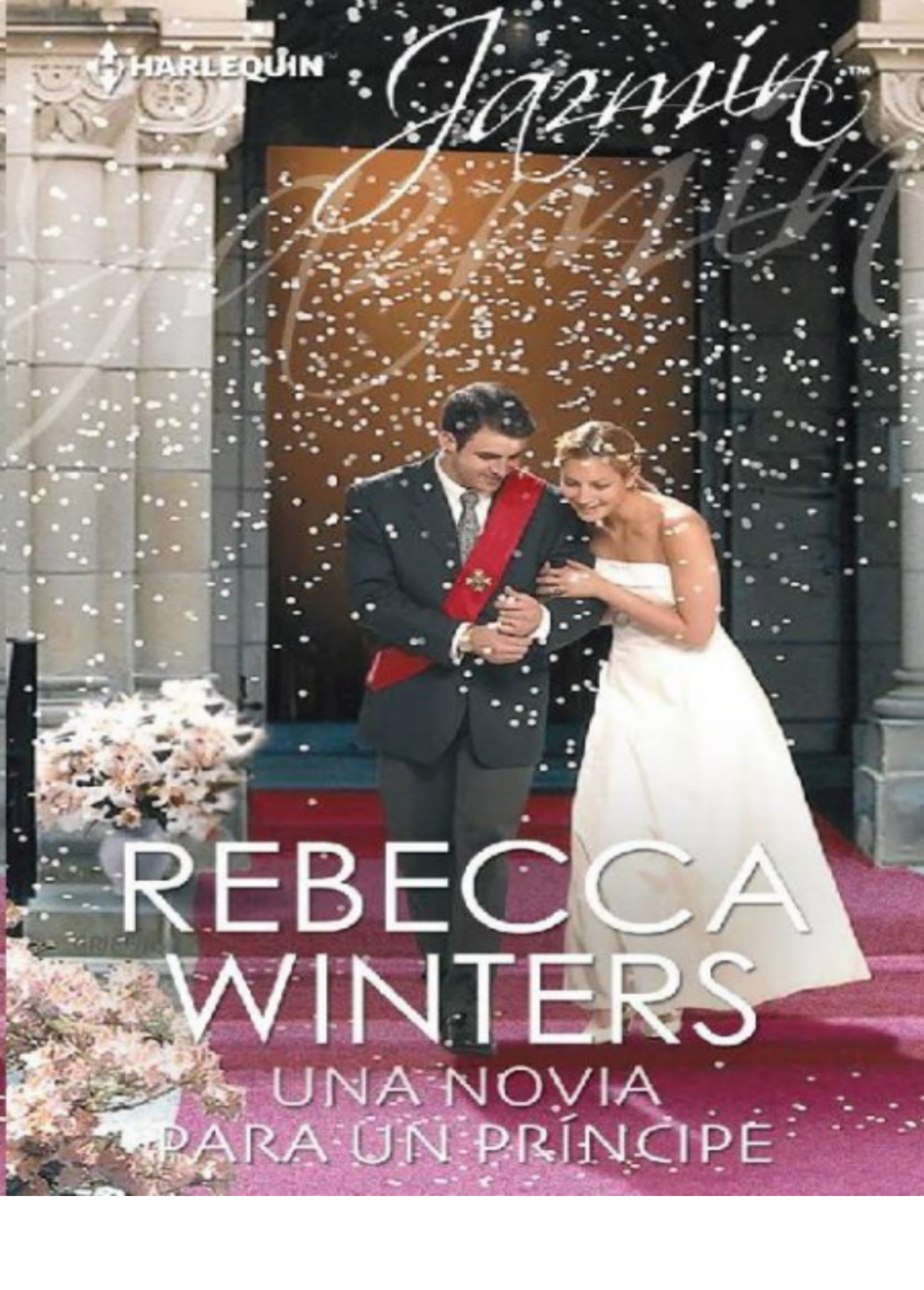

HARLEQUIN
Jazmín
REBECCA
WINTERS
UNA NOVIA
PARA UN PRÍNCIPE



Rebecca Winters

Una novia para un príncipe



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una novia para un príncipe, n.º 1790 - septiembre 2014
Título original: Bride Fit for a Prince
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2003

I.S.B.N.: 978-84-687-4707-1
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

CALLIE? ¡Espera!

Callie Lassiter acababa de poner su bolso en la parte de atrás de su moto cuando su hermana apareció corriendo. Llevaban al menos cinco meses sin verse. Ya era septiembre. ¡Cómo había pasado el tiempo!

Su hermana estaba hermosa, como siempre. En cuanto a Callie, se hallaba toda cubierta de barro. Tenía barro hasta en su pelo rubio ceniza.

–Será mejor que no te abrace –se rio Callie.

–¡No lo hagas, por favor! –exclamó Ann riendo, sin acercarse demasiado.

–Pensé que estabas en Los Ángeles. ¿Cómo no me has dicho que venías a Prunedale? Me habría organizado para tomarme un par de días libres.

–No he tenido tiempo. Anoche ocurrió algo de lo que tenía que hablarte, así que tomé un avión a San José hoy mismo.

–¿Cómo has sabido que estaba en la granja de los Olivero?

–El doctor Wood me dijo que habías venido en la moto para ayudar en el parto de una vaca. Y pensé que tal vez estuvieras aquí todavía.

La vaca había tenido problemas, sí. Pero ya estaba bien. El ternero se encontraba estupendamente, y su madre también.

–¿Qué ocurre?

–¡Mi agente me llamó anoche a las doce y me dijo que me han ofrecido un papel importante en una película con Cory Sievert! ¡Había hecho un casting hace unas semanas!

–¿De verdad? ¡Es fantástico, Ann! –gritó Callie abrazando a su hermana, olvidando que no debía hacerlo.

Ann se apartó.

–¡No podía creerlo! La actriz que habían escogido resultó estar embarazada. Ayer tuvo que ser ingresada por cálculos en los riñones y está de baja. Tuvieron que elegir a otra de las del casting. ¡Y yo tuve la suerte de ser la elegida!

Después de haber participado en papeles pequeños, parecía haberle llegado la gran oportunidad de su vida a Ann. Pero Callie conocía a su hermana muy bien. Podría haberla llamado por teléfono para darle esa noticia. Su hermana quería algo. De no ser así, no habría volado desde Los Ángeles sin avisarla.

–¡Me alegro mucho por ti, Ann!

–Yo también… Pero hay un pequeño problema. ¡Anoche gané otro concurso!

–¿Y eso es un problema? ¿Cuál ha sido el premio esta vez?

Su hermana había participado en muchos concursos de belleza. Con sus rasgos y esas piernas tan largas, había ganado bastante dinero. Era un plan pensado para sobrevivir hasta que se convirtiera en una estrella de Hollywood.

–Es increíble, realmente. Pero no puedo aceptarlo justamente en este momento, en que tengo la otra oferta. Mañana por la mañana a primera hora tengo que contestar si acepto el papel. Esta película va a lanzar mi carrera, Callie. Por eso tienes que ayudarme. Tengo que pedirte un favor.

«¡Oh!», pensó Callie.

–¿Qué has ganado?

–Digamos que… me eligieron para algo.

Callie frunció el ceño.

–¿Para qué te eligieron?

–Tengo que explicarte primero. Hace un mes más o menos, firmé un contrato para participar en un programa llamado «¿Quién quiere casarse con un príncipe?» a beneficio de los sin techo. Me enteré de su existencia a través de unas chicas que nos presentamos al casting…

–¡Espera un momento! –la interrumpió Callie–. ¿Firmaste un contrato para un programa benéfico después de haber pasado por la experiencia tan humillante del año pasado, en aquel programa de «¿Quién quiere casarse con un millonario?»

–Lo hice por la publicidad que me daría –se defendió Ann–. Por suerte, no me escogieron en ese. Aun si me hubieran escogido, yo habría fingido encontrarme mal y me habría negado a casarme. ¡A la ganadora la obligaban a casarse con ese gordo en su hotel de Las Vegas!

Ann siguió hablando.

–¡Pero este programa es diferente! Un príncipe europeo, rico y atractivo, iba a venir a Hollywood para elegir a su esposa. ¡Parecía tan romántico! ¡Parecía la historia del príncipe Rainiero de Mónaco cuando vino a Estados Unidos a buscar a Grace Kelly para casarse con ella!

–¡A mí lo que me parece es que se trata de un lobo con apariencia de cordero! –dijo Callie.

–¿Cómo puedes decir eso? Las chicas y yo estuvimos de acuerdo en que, aunque no nos eligieran, era por una buena causa y, además, nos daría publicidad, porque sabíamos que habría muchos

directores de cine y gente con talento entre el público. El que nos vieran podría ayudarnos a conseguir un buen papel en una película.

Ann siguió hablando.

–Deberías haber visto a este príncipe, Callie. Llevaba su traje de gala cuando apareció en el escenario después de que me hubiera escogido entre las finalistas. Tengo una foto de él. Mira… –sacó una foto y Callie no tuvo más remedio que mirarla.

Tuvo que admitir que parecía todo un príncipe azul: cabello castaño oscuro, ojos marrones vivaces, hoyuelos…

–Casi me desmayé cuando pasó por nuestro lado, y luego se arrodilló frente a mí. Me susurró que había tomado la decisión en el mismo momento en que había visto la foto en mi solicitud. Antes de que pudiera darme cuenta, me puso este magnífico anillo de compromiso. ¿Puedes creer que de entre todas esas bellezas me eligiera a mí?

Callie no se sorprendía. Ann era muy bella.

–Entonces ¿le has dicho que no puedes casarte porque estabas trabajando en tu próxima película?

Después de un silencio Ann respondió.

–Aún no. De eso quería hablarte. Ya ves, cuando aceptaron mi solicitud para el programa, el patrocinador del programa fue lo suficientemente inteligente como para poner una cláusula en el contrato que no estaba en el contrato de «¿Quién quiere casarse con un millonario?».

–¿Quieres decir que has cometido el mismo error otra vez y que firmaste el contrato antes de que el príncipe te inspeccionase como si fueras ganado para vender?

–No seas tan prosaica, Callie. Para que sepas, he tenido la precaución de leer la letra pequeña. Firmé los documentos delante del abogado de los beneficiarios de la fundación, y del abogado del príncipe.

Callie se sintió enferma.

–¿Qué decía esa cláusula especial?

–«La ganadora tendrá que casarse dentro de las veinticuatro horas siguientes a su llegada al país del Príncipe y vivir con este un mes. Si transcurrido ese tiempo alguno de los dos quiere disolver el matrimonio, puede divorciarse sin ningún inconveniente y el dinero obtenido permanecerá en manos de la asociación de los sin techo».

–¡Es un plan perfecto! Si no quieres seguir casada, habrás ganado un viaje a Europa gratis y una gran publicidad…

Su hermana estaba tardando demasiado en llegar a lo que quería. Cuando Ann echaba la cabeza hacia atrás de aquel modo era

que estaba realmente muy nerviosa.

–Si realmente te enamoras del príncipe, puedes seguir casada, vivir felices y comer perdices… en su palacio, sin tener que preocuparte por el dinero nunca más. Pero solo si el príncipe y la vida en palacio te hacen feliz, algo que sé que no me haría feliz a mí. ¡Jamás!

Callie estaba horrorizada. Su hermana la había metido en más de un aprieto en el pasado. Pero nada como aquello. Sintió el calor de la rabia.

–¿A qué se dedica ese príncipe? ¿A buscar esposas en los concursos porque de otro modo no puede tener una relación íntima con una mujer? ¿Qué le ocurre? ¡Podría ser un psicópata asesino! ¿Te has puesto a pensar que podría ser un juego peligroso? ¿Y qué pasa si te quedas embarazada? –siguió Callie–. ¿De verdad crees que ese príncipe respetaría la cláusula de los treinta días si tú llevas a un heredero suyo en tu vientre? Si crees que te permitiría divorciarte y marcharte del país con el niño, has perdido la cabeza.

Los ojos verdes de Ann, idénticos a los de su hermana, brillaron como los de un gato.

–No hay ninguna posibilidad de que me quede embarazada. Créeme. Pero ese no es el tema. Si vieras su pedigree, no tendrías tantos reparos.

–¡Reparos! ¡No ves que lo que ha hecho es el juego más monstruoso y horrible del mundo! Annabelle Lassiter, ¿cómo puedes valorarte tan poco? ¿Te vendes al mejor postor para conseguir una película? ¿Dónde está tu orgullo?

–Mi orgullo no paga mi renta –respondió su hermana–. Naturalmente, si hubiera sabido que mi agente iba a llamarme anoche con la noticia de que había conseguido el mejor papel de la película del año, jamás me habría visto involucrada en esa función, y por tanto ahora no estaría en este dilema.

–¿Qué dilema? Dile al comité organizador del evento que vas a actuar en una película y que tendrán que elegir a otra de las aspirantes.

–He intentado hacerlo. Pero no ha resultado. Esta mañana, antes de volar hasta aquí, le pedí a mi abogado que mirase el contrato que firmé. Me ha dicho que no hay forma de incumplirlo. Por ese motivo tú eres la única persona en el planeta que puede ayudarme.

–¡Oh, no!

Callie no quería ni pensar en ello. Se puso el casco, encendió el motor de la motocicleta y se dirigió a la carretera, rumbo a la granja de los Pike. El gato se había quedado sin comida. Callie les

había prometido echarle un vistazo de camino a la clínica.

Lamentablemente Ann la siguió en su coche alquilado. Cuando Callie empezó a desabrocharse el casco, su hermana la alcanzó y le restregó algo por la cara.

–Vuelve a mirar su foto. Se llama Enzo Tescotti. Tiene veintiocho años, solo un año más que nosotras. Como ves, no tiene nada de malo.

–Debí imaginarme que era italiano –murmuró Callie–. ¡Oh, Dios!

–Aquí están los billetes de avión en primera clase, a Turín, Italia, donde él y sus asistentes estarán esperándote para recibirte cuando bajes del avión. Tendrás que ir a Los Ángeles para tomar ese vuelo. Afortunadamente, fuiste a Inglaterra a aquella conferencia sobre veterinaria después de tu graduación, así que ya tienes pasaporte. También te he comprado el billete de San José a Los Ángeles. Como el vuelo transatlántico sale pasado mañana, tendrás que estar en Los Ángeles mañana. Puedes quedarte a pasar la noche en mi apartamento. Yo te llevaré al aeropuerto al día siguiente, de camino al plató.

Callie agitó la cabeza.

–Aunque quisiera hacerlo, y no quiero, no puedo dejar mi trabajo.

–Ya está todo arreglado. Cuando le dije al doctor Wood que habías ganado unas vacaciones en Italia con todos los gastos pagados, se alegró mucho. Me dijo que trabajabas demasiado y que te merecías unas vacaciones. Me aseguró que se arreglaría sin ti sin problemas hasta que regresaras. ¡Así que está todo solucionado!

–¿Sí? Se te olvida una cosa. Yo no me tomo la vida en broma –dijo Callie; le devolvió la foto y los billetes a su hermana.

–Tal vez te la tomes demasiado en serio –respondió Ann con serenidad–. Yo no soy como tú. Nunca pude soportar la forma en que nos abandonó papá, llenas de deudas. Mamá tuvo que vivir con lo justo y encima tuvo que vender la granja. Tú eres como ella.

–¡Ella hizo lo que tenía que hacer para mantenernos a ti y a mí! –la defendió Callie.

–¡Podría haberse casado con varios hombres que se lo pidieron! Pero no lo hizo.

–Amaba a papá.

–Tanto que su vida sin él fue muy desgraciada. Y terminó muriendo de un ataque al corazón. Probablemente tú también te mueras joven, y yo me quedaré sola.

–Ann...

–Es verdad. Trabajas demasiado, y aún te quedan mensualidades

que pagar del préstamo que te concedió la Facultad de Veterinaria. ¡Ni siquiera tienes coche! Andas con una moto de segunda mano.

–Sabes que siempre me gustaron las motos.

Tenía una Danelli Strada deportiva, amarilla y negra, que había ganado todas las competiciones durante diez años, antes de que inesperadamente la escudería dejara de existir.

–Me lleva adonde necesito ir. Y lo que es más importante, ¡es mía! –exclamó Callie señalando el coche alquilado.

–Pero vives en un diminuto apartamento de dos habitaciones en la parte trasera de una clínica veterinaria, donde oyes a todos los animales enfermos del condado de North Monterey. No tienes vida amorosa y ninguna esperanza de tenerla trabajando para el doctor Wood, que podría ser nuestro abuelo. ¡Te pasas casi todo el tiempo limpiando los establos o los chiqueros para poder hacer tu trabajo! ¿Cuándo hiciste algo excitante o te divertiste por última vez?

–Yo me lo paso bien siendo veterinaria –se defendió Callie–. Es lo que he querido hacer desde siempre, desde que casi se nos muere Jasper cuando teníamos nueve años y el doctor Wood lo curó. Dentro de pocos años habré ahorrado dinero suficiente como para comprarme una casa propia. Mientras tanto, no me quejo, y pienso vivir muchos años. Me gusta la vida que llevo.

–¡A mí también! Por eso no puedo perder esta oportunidad. Esa película me garantiza poder vivir al menos cinco años con el dinero que me van a pagar.

–Eso es mucho dinero –dijo Callie serenamente–. Me alegro por ti, y lamento que te hayas metido en este lío.

–Yo lo lamento más. Solo quería que me «vieran», no que me eligieran.

A esa altura de la conversación, los ojos de Ann estaban brillando con lágrimas. Eran reales. Callie desvió la mirada porque no podía soportar que su hermana se pusiera de aquel modo. No era muy habitual.

–Debiste pensar en ello antes.

–¿Sabes una cosa? Te has hecho muy dura con la carrera de veterinaria. No lo comprendo.

¿Sería verdad?, reflexionó Callie.

De algún modo, el comentario de Ann la hirió. Probablemente desde la muerte de su madre, el corazón de Callie se había cerrado a las emociones. Y tal vez ella no se diera cuenta.

–No sé qué le pudo pasar a la hermana que yo tenía –prosiguió Ann–, que solía meterse en líos con los chicos y me usaba para que la sacara de ellos... Si no recuerdo mal, jamás te dejé colgada

cuando me rogabas que saliera con tus novios porque tú habías cambiado de parecer. Y no les dije nunca que yo no era tú.

Callie se había olvidado de esos tiempos felices. Debía admitir que Ann había sido una gran ayuda en la época de la escuela secundaria, cuando ella estaba loca por el hijo de su vecino, Jerry. Ningún otro chico podía competir con él...

–Eso es lo que estoy haciendo ahora, Callie. Rogándote que me ayudes. Mi agente me dijo que tengo que estar a las seis de la mañana para que me maquillen. Si no voy, no solo me quitarán de la película, sino que me pondrá en la lista negra y no me dará más trabajo. ¿A qué otra persona podría recurrir si no es a mi familia? Por favor...

Callie cerró los ojos, sintiendo que se le cerraba la última escapatoria.

–Me estás pidiendo mucho.

–Lo sé. Por si te sirve, he pensado en un plan.

–¿Cuál?

–He extendido un cheque por diez mil dólares a nombre del príncipe. Es todo el dinero que tengo hasta que me paguen, dentro de dos semanas. Cuando llegues a Italia, sé sincera con el príncipe. Dile que eres mi hermana, que estás allí en mi lugar. Explícale que la misma noche que estuve en la función benéfica, me ofrecieron el papel más importante de mi vida. Dale el anillo de compromiso y el cheque. Cubrirá los gastos de los billetes de avión y otros gastos que haya tenido por mi culpa. Dile que si quiere más dinero por haber incumplido el contrato, que le diga a su abogado que se ponga en contacto con mi abogado a través de mi agente.

Ann siguió hablando:

–Una vez que le hayas dado mi mensaje y todo lo demás, puedes volverte en el siguiente vuelo. Te prometo que el príncipe es un encanto. Todas las finalistas estuvieron de acuerdo en que era encantador y se lamentaron de que no las eligiera a ellas. No habrá ningún problema con él.

–No sabes nada de su carácter –murmuró Callie, sintiéndose un poco vencida al notar que el plan de Ann no era del todo descabellado. Suponía que si hablaba con el príncipe personalmente y le ofrecía el dinero y le explicaba la situación...

–Quizás no, pero estoy segura de que no es el monstruo que has descrito. Recuerda, Callie, yo no acepté participar en esa función con la intención de echarme atrás si me elegían. Yo habría aceptado el premio... Pero cuando llamó mi agente con la noticia de que podía reemplazar a la actriz, no pude rechazar la oferta. Mira, tú ya

te has establecido en tu profesión, ¿no puedes sacrificar tres días de tu vida para ayudarme a consolidar la mía? ¿Es pedirte tanto?

Dicho así…

–No –respondió Callie. Era cierto que debía favores a su hermana.

–¡Oh, Callie! ¡Gracias! ¡Gracias! –Ann estalló en lágrimas de agradecimiento y abrazó a su hermana a pesar de la suciedad que la cubría.

–Siento habértelo hecho pasar tan mal… –murmuró Callie–. Tres días no es tanto sacrificio. Le diré al príncipe que arregle todo para casarse con la finalista. La chica también habrá tenido que firmar el contrato. Y se me ocurre que ella saltará de alegría al enterarse de que te tiene que reemplazar.

–¡Seguro que sí! –sollozó Ann y soltó a su hermana–. Es una morena muy guapa, y tiene la carrera de Arquitectura por la universidad de Carmel. Pasaron un video-clip suyo en el que se la veía ganando esas competiciones hípicas… No comprendo por qué no la eligió a ella el príncipe. Era más adecuada para ser una princesa.

¡Menos mal que había habido una finalista!, pensó Callie. Eso haría más fácil su tarea.

–¿Por qué no vuelves a la clínica y me esperas allí? No sé cuánto tiempo voy a estar en la granja de los Pike.

–Está bien. Me sentaré en el coche y estudiaré el papel de mañana. Cuando termines, te acompañaré a casa y te ayudaré a hacer las maletas.

–¿Qué tengo que llevar además de algo de ropa interior, un par de vaqueros limpios y una camiseta? Debería ser suficiente para pasar treinta seis horas y volver. Es el tiempo que tengo. La yegua de los Selander va a parir en cualquier momento, y quiero estar aquí cuando lo haga.

–Pero no puedes ponerte esa ropa para ir a ver al príncipe –exclamó Ann.

–No soy su prometida. A nadie va a importarle el aspecto de la mensajera.

Ann meneó la cabeza.

–Espero que no te sientas ridícula cuando toda esa gente vaya a esperarte al aeropuerto con todo el protocolo.

–El Príncipe tendrá lo que merece, por comprarte como si se tratase de la mercadería de un mercado de esclavos. Es todo tan desagradable, que no puedo creerlo.

El príncipe sería atractivo, pero Callie apostaba cualquier cosa a

que tenía una veta de locura hereditaria. En cuanto a ella, cuanto antes sacara a Ann de aquella situación, mejor.

Dos días más tarde, Callie llegó a Turín proveniente de un vuelo de Milán, donde había tenido que pasar por aduana y sellar el pasaporte.

Se desabrochó el cinturón en el asiento del avión, ansiosa por conocer al príncipe y terminar con aquella historia. Aunque estaba cansada, el viajar en primera clase había sido una experiencia agradable. Una hora más tarde estaría en el vuelo de regreso y dormiría durante todo el viaje.

Callie se acomodó la tira de su bolso y se dirigió a la sala de espera junto con los otros pasajeros.

Había muchísima gente de pie por allí.

Callie se preparó para lo que iba a suceder. Pero para sorpresa suya, no ocurrió nada. Caminó por allí durante unos minutos, esperando que se le acercase alguien u oír el nombre de su hermana por algún altavoz.

Era extraño. Al parecer, no había ido a recibirla ningún comité de recepción real al aeropuerto. Quizá hubiera ocurrido algo inesperado y el príncipe se hubiera retrasado.

Poco a poco, la gente se fue marchando, excepto un hombre de unos treinta y tantos años, de aspecto peligroso y pelo largo. Estaba sentado en uno de los asientos de la sala, leyendo un periódico italiano. Sus vaqueros gastados y su cazadora de piel negra subrayaban una fuerte y enérgica personalidad.

Había algo en los hombres italianos, daba igual su estilo o su ropa, que los hacía elegantes. Pensó que tal vez por ello tenían fama de seductores. Sobre todo aquel desconocido moreno, de facciones aquilinas, que aceleraba su corazón sin saber por qué.

El hombre en cuestión alzó la cabeza y se encontró con los ojos de Callie. Ella sintió un calor en todo su cuerpo, como si se hubiera desatado una tormenta en el desierto. Se dio la vuelta, incómoda al verse sorprendida mirándolo, y sin dudar se dirigió al mostrador de información de la terminal.

Si el príncipe no llegaba pronto, le dejaría una nota explicándole todo, junto con el anillo y el cheque. Antes de embarcar en el vuelo de regreso, se aseguraría de que el empleado de la compañía aérea diera el sobre al príncipe.

–¿Señorita Lassiter?

Callie escuchó una voz masculina desconocida detrás de ella. Se

dio la vuelta y descubrió al hombre en el que se había fijado, muy cerca de ella. Callie se quedó sin aliento. Era alto, superaba el metro ochenta. Lo sabía porque ella medía más de un metro setenta y él le sacaba unos cuantos centímetros.

Los ojos negros del desconocido se clavaron en sus rasgos y en su cabello, que llevaba recogido en una trenza gruesa que le llegaba a mitad de la espalda.

–¿Es usted del palacio?

Hubo un silencio incómodo. Luego él contestó.

–Sí. Mi nombre es Nicco –hablaba muy bien en inglés, con un acento que resultaba muy atractivo.

–Yo creía que el príncipe Enzo iba a venir recibirme.

–Me temo que no ha podido. Me enviaron para... ocuparme de usted.

–¿Quién es usted? ¿Uno de sus guardaespaldas?

–¿Se sentiría más a salvo si le dijera que sí?

«No especialmente», pensó ella.

Lo que en verdad le molestaba era aquella perturbadora arrogancia. Daba la impresión de que el emisario del príncipe la había hecho esperar a propósito.

Ella no le gustaba. Lo había presentido inmediatamente, pero no podía culparlo. Cualquier mujer dispuesta a vender su cuerpo a un príncipe desconocido se merecía aquel desprecio.

Por otra parte, un hombre que trabajase para un príncipe sin moral alguna debía de ser despreciable también.

–Digamos que contestar a mi pregunta con otra pregunta es un poco maquiavélico. Pero no debería sorprenderme. Usted ha dicho que su nombre es Niccolo. El maestro de la astucia. ¿Un rasgo heredado de su ancestro tal vez?

Los ojos del extraño brillaron con turbulenta emoción. Ella recibió la mirada como un dardo de inquietud en su corazón.

–El Príncipe se sorprenderá de sus conocimientos de la historia política de Italia, señorita. Parece que hay sorpresas por descubrir en lo profundo de su ser. ¿Vamos a recoger las maletas?

–No he traído ninguna maleta.

–Claro. Una futura princesa debe renovar por completo su guardarropa –el hombre deslizó el dedo índice por su mejilla–. Su piel parece terciopelo. No me extraña que el príncipe Enzo no pudiera resistirse a usted.

–¿Es este una de sus funciones, inspeccionar la mercancía real? –soltó ella, con el fin de disimular el sobresalto que le había causado el contacto con su dedo.

–Digamos que ha sido un impulso, algo que no he podido resistir. Ahora que es usted su prometida, el Príncipe no permitirá que ningún otro hombre la toque, bajo pena de muerte.

Ella sonrió fríamente.

–¡Muy feudal de parte de su amo enviarlo a usted para que descubra mis defectos! Se lo advierto, tengo varios.

Él sonrió con un brillo sardónico en los ojos.

–No esperaba disfrutar tanto de mi misión. Excepto el traje de novia, que fue adquirido hace tiempo, el Príncipe me ordenó que la complaciera en todos sus deseos. En cuanto abandonemos el aeropuerto, será un placer acompañarla a comprar el ajuar nupcial. En *via* Roma encontrará los salones más famosos de la alta costura de nuestro país –susurró en un tono sensual, y mirándola de arriba abajo.

Teniendo en cuenta que ella llevaba unos vaqueros que tenían varios años y un jersey tejido, la mirada que le había dedicado era un insulto.

–No me llevará a ningún sitio, porque no me hace falta un nuevo guardarropa –dijo ella.

–Entonces, realmente es usted un sueño hecho realidad, señorita. Le diré al príncipe que piensa complacerlo día y noche durante los treinta días.

–Cuidado con lo que dice, Niccolo...

–Si usted se refería a su despreocupación por la ropa, cuando antes hablaba de sus defectos, debo admitir que estoy ansioso por conocer los demás.

Ansiosa por borrar aquella expresión maligna de sus ojos, Callie dijo:

–¿Podría darle esto al príncipe de mi parte? –buscó en su bolso, donde llevaba la ropa interior y la bolsa de aseo, y sacó la caja forrada de terciopelo. Tenía el anillo de compromiso.

Después de abrirla, el hombre le agarró una mano.

–¿Sabe usted que este anillo es de principios del siglo dieciséis, cuando la casa de Piemonte y la casa de Monferrato se unieron a través de una alianza matrimonial?

Para sorpresa de ella, Niccolo le puso el anillo. Después de mirarlo detenidamente, le dijo:

–Me preguntaba por qué no lo llevaba puesto. Ahora sé la respuesta. Aunque es la pieza más valiosa de la colección de la familia Tescotti, veo que este anillo de oro tan pesado no es el adecuado para una mano delicada como la suya. Le diré a Su Alteza que elija algo más moderno de entre las joyas de la familia.

En aquel momento Callie tenía las manos cubiertas por una erupción cutánea, debido a que se las lavaba y restregaba mucho antes de las cirugías. Había usado todas las cremas del mercado, pero la erupción seguía. Ella retiró la mano, estremecida por su contacto. Se quitó el anillo, lo guardó en la caja y se lo dio.

–Tengo algo más para el príncipe –volvió a revolver en su bolso y le dio el sobre con el cheque.

El hombre lo abrió.

–Diez mil dólares. Que yo sepa, el príncipe no espera ningún regalo suyo. No obstante, hay algo que le gustaría tener, y este es el precio exactamente –la miró con ojos ardientes–. Va a convertirlo en el hombre más feliz del mundo.

Nicco metió ambas cosas en el bolsillo y la tomó del codo.

–Es una bonita tarde de otoño –dijo–. Y puesto que no quiere nada de ropa, le sugiero que demos un paseo en coche para relajarse. Es normal que eche un vistazo a su reino antes de la boda, mañana. ¿Empezamos?

Callie se soltó.

–No voy a ir a ningún sitio con usted, y ese dinero no es un regalo de boda.

Él la miró con ojos turbados.

–Está temblando. Pero no hay razón para que me tema. Yo he hecho un juramento sagrado para protegerla, incluso con mi vida si fuera necesario. En realidad, soy la única persona en el mundo que tiene toda la confianza del príncipe Enzo.

–Entonces le hará saber que no habrá boda.

Él sonrió condescendientemente.

–Pensé que solo el novio tenía lo que ustedes, los estadounidenses, llaman los nervios de antes de la boda. Usted está resultando tan sorprendente en tantos aspectos, que me siento completamente cautivado.

–Mire, Nicco, quienquiera que sea usted, voy a ser sincera.

–¿Quiere decir que no lo ha sido hasta ahora?

Callie hizo un esfuerzo por contar hasta diez.

–He estado intentando decirle algo. Así que antes de que saque más conclusiones equivocadas, tiene que escucharme. Yo no soy la mujer que escogió Su Alteza para casarse.

El brillo burlón en los ojos de Nicco la irritó. Él sacó una foto del bolsillo de atrás del pantalón y preguntó:

–Entonces ¿quién es esta?

La foto era la que Ann había enviado en su instancia.

–Sé que es igual a mí. Pero yo soy la hermana gemela de Ann,

Callie.
–Callie… –susurró él.
Luego le quitó el bolso del hombro y sacó su pasaporte. Lo abrió y puso la foto que llevaba al lado de la del pasaporte.
–Según esto, su nombre es Callie Ann Lassiter.
–Sí, lo sé. Mi hermana se llama Annabelle, pero le decimos Ann. Nuestro padre quería que ambas tuviéramos el nombre de nuestra madre.
Él torció la boca.
–Esa es una historia que se ha inventado. Evidentemente tiene miedo del paso que va a dar. Es curioso en una aspirante a actriz de Hollywood.
Ella ya estaba harta de sus burlas. Respiró hondo y dijo:
–Usted confunde la frustración con el miedo. Eso se debe a que no quiere escucharme. Voy a intentarlo una vez más. Yo no soy la persona que eligió el príncipe.
Como si tuviera derecho a hacerlo, él abrió su cartera y sacó su carnet de conducir.
–«Callie Ann Lassiter», leyó en voz alta.
–Esto no nos lleva a ninguna parte. He viajado para explicarle al príncipe que mi hermana no puede casarse con él porque está empezando una nueva película en la que es protagonista. Los diez mil dólares son para pagar los billetes de avión y otros gastos que haya ocasionado.
Como él no dijo nada, Callie continuó.
–Mi hermana lamenta mucho no poder cumplir el contrato. Le aseguro que habría aceptado todo el plan. Pero la misma noche del programa la llamó su agente para decirle que la habían seleccionado para una película que es la oportunidad de su vida. No podía dejarla escapar.
Su persistente silencio la estaba irritando.
–Comenzaron a filmar en Hollywood ayer y ella tenía que estar en el plató a las seis de la mañana. Así que vino a verme antes de ayer y me pidió que acudiera en su lugar a devolverle el anillo personalmente al príncipe y a darle el dinero.
Callie se preguntó si él la estaría escuchando.
–Si no es suficiente, dígale que se ponga en contacto con el agente de mi hermana, quien lo derivará a su abogado. Su nombre y número de teléfono están en un papel, dentro del sobre. Creo que es todo. Tengo que marcharme. Están anunciando mi vuelo a Milán.
La gente había llenado nuevamente la sala.
–Si me devuelve la cartera y el pasaporte, por favor…

Para alivio suyo, él metió todo en su bolso nuevamente y se lo dio con una expresión enigmática.

–Daré su mensaje al príncipe.

«¡Al fin una reacción!», pensó ella.

–Gracias. Por favor, dígale al príncipe que siento que mi hermana no haya sabido lo de la película antes de aceptar el premio de la función benéfica. Pero si él es tan encantador como dice mi hermana, estoy segura de que no tendrá ningún problema en encontrar otra prometida. Ann me ha dicho que la finalista estaba deseosa de ocupar su puesto. Recuérdele al príncipe que la sustituta es la atractiva morena, experta en equitación. ¡Ah, y licenciada en Arquitectura! Será una novia ideal para su alteza. Si se da prisa, podría enviar un avión privado a recogerla para que llegase a tiempo para la ceremonia de mañana. Y ahora, de verdad, tengo que marcharme.

Capítulo 2

ALIVIADA por haberse librado de aquel asunto tan engorroso, Callie le dio la tarjeta de embarque a la azafata y se dirigió al avión. Cuando encontrase su asiento y se sentase podría relajarse al fin.

Todo había resultado mejor de lo que había pensado. En cierto modo, se alegraba de no haber tenido que ver al príncipe. Al margen del método que había empleado para conseguir esposa, a ella le habría resultado embarazoso decirle que su hermana no se quería casar con él.

En cuanto a Niccolo Maquiavelo, tenía que olvidar que existía. La había perturbado de una forma un poco extraña, probablemente porque era extranjero y desconocido. Su cuerpo aún estaba estremecido por el contacto del dedo en su mejilla y en su mano.

Nunca había reaccionado así con un hombre. Y peor aún, tenía una sensación de pérdida al pensar que no lo volvería a ver...

Era muy extraño, teniendo en cuenta que Callie había llegado a pensar que Ann y ella no habían nacido con sentimientos normales en una mujer. Todas sus amigas habían encontrado marido y ya tenían hijos. Durante su juventud no les habían faltado citas con hombres, más bien había sido lo contrario. Sin embargo, ninguna de las dos había encontrado a un novio serio.

En el instituto y la universidad había habido algunos estudiantes interesados en ella. Pero estaba demasiado absorbida por los estudios como para involucrarse en una relación. A Ann le había pasado lo mismo con algunos conocidos actores. Su deseo de ser actriz era mayor que su deseo de asentarse.

Ahora, de repente, un desconocido la había estremecido y la había hecho sentir una mujer de carne y hueso con necesidades que debían de haber estado dormidas todos aquellos años. ¡Qué ironía pensar que tenía que ser un italiano quien despertase su sexualidad!

Pero no era un italiano cualquiera.

Su instinto con los animales y la gente no solía engañarla. Aquel hombre que trabajaba para el príncipe Enzo no era de una raza común, lo había intuido desde el primer momento en que lo había visto allí, indiferente a todo lo que lo rodeaba.

En lo profundo de su ser, Callie tenía la impresión de que iba a ser inolvidable. Aquel pensamiento fue tan inquietante que se puso a leer la novela que había llevado, en un intento de no pensar más en él.

Los asientos se fueron llenando. Callie trató de concentrarse en

la historia, pero era imposible.

Apareció una nueva azafata. La chica sonreía y charlaba con los pasajeros. Cuando se acercó a Callie le dijo:

–¿Señorita Lassiter? ¿Quiere venir conmigo, por favor?

–¿Por qué? ¿Qué sucede?

–No lo sé. Hay dos policías esperándola para hablar con usted.

«¡Oh, no!». Nicco debía de haberle transmitido el mensaje al príncipe. Y ahora la iban a detener. Debía de haberse imaginado que no podía ser todo tan fácil.

–He querido tener un detalle de cortesía con usted y les he dicho que vendría a buscarla. Me imagino que se habría sentido incómoda si hubieran subido a buscarla a bordo para interrogarla.

–Sí, por supuesto. Pero el avión está a punto de despegar.

–Han dicho que no les llevaría mucho tiempo.

–Comprendo. Gracias.

Se levantó de su asiento, agarró su bolso y siguió a la azafata hasta la terminal. Había dos policías de uniforme a la salida.

–¿Señorita Lassiter? –preguntó el de bigote.

–¿Sí?

–¿Señorita Ann Lassiter? –preguntó el otro.

–No –contestó–. Mi nombre es Callie. Ann es mi hermana.

–Su pasaporte, por favor.

Nuevamente abrió su bolso y sacó el pasaporte. Los policías lo agarraron y estudiaron la foto.

–Gracias –el policía lo metió en el bolsillo–. Venga con nosotros, por favor.

–¿Qué? ¡Tengo que subir al avión!

Los oficiales se sonrieron. Luego dijo el del bigote:

–Su Alteza se ha enterado de que su prometida tenía nervios por la inminencia de la boda, un problema que le resulta extremadamente encantador. Espera que ya se le hayan pasado y que vaya a su encuentro.

–No... No comprende... ¡Yo no soy su prometida! Puedo demostrárselo si me deja hacer una llamada telefónica.

Los policías se rieron.

–El Príncipe nos advirtió de que usted nos presentaría batalla. Venga, señorita. Nadie hace esperar al Príncipe. No obstante, esta vez ha hecho una excepción para su futura esposa. Nosotros la llevaremos hasta él.

Callie presintió que si seguía oponiendo resistencia, dejaría de ser una broma todo aquello. ¡Y su hermana que creía que arreglaría la historia con diez mil dólares!

A ella le había olido mal desde el principio. Era imposible que el príncipe fuera el encanto que había proclamado Ann. Y ahora lo veía muy claro. ¡El príncipe Enzo tenía un título, nada más! Por eso no había habido comitiva real para recibirla en el aeropuerto. ¡Por eso necesitaba comprar una esposa!

Probablemente también era el motivo por el cual había usado su condición de celebridad para ser el foco de atención en una gran función de Hollywood. ¡Sin duda necesitaba una esposa que lo mantuviera! ¿En qué otro lugar sino en Estados Unidos la gente estaría dispuesta a hacer donativos tan elevados a una fundación benéfica a cambio de codearse con un príncipe europeo?

¿Qué mejor que elegir a una superficial actriz de Hollywood sin cerebro y una cuenta bancaria que pudiera alimentar a todos los sin techo juntos?

Ahora empezaba a comprender la elección de su futura esposa. Todo el mundo sabía que una estrella de cine valía millones. Sería suficiente para mantener el estilo de vida al que estaba acostumbrado antes de que se le terminase el dinero o lo dilapidara.

Al parecer, el portavoz del príncipe, Nicco, no había perdido el tiempo en informar al príncipe de que la señorita Lassiter había intentado rechazar ese diabólico contrato insistiendo en que no era la verdadera novia. Probablemente Nicco le habría aconsejado al príncipe que le sacara todo el dinero que pudiera.

Ahora daba la impresión de que Callie no tenía más opción que conocer a su alteza, ese desgraciado real, y dejarle las cosas claras en lo referente a su avaricioso plan.

Una vez que pudiera demostrar que él no era más que un príncipe de pacotilla, ningún tribunal de justicia a ambos lados del Atlántico obligaría a su hermana a cumplir ese absurdo contrato hasta el final.

Para no hacer una escena, Callie se dejó escoltar por los policías. Entraron en un ascensor y bajaron al siguiente piso.

Para su desgracia, la imagen del atractivo enviado del Príncipe impidió su absoluta concentración en la confrontación que la esperaba. Sin duda, Nicco habría orquestado todo el plan con la promesa de recibir un buen pellizco de las ganancias de las películas de Ann.

Tenía razón. Nicco tenía sangre maquiavélica en sus venas. Pero no sabía que ella tenía la fiera sangre de sus antepasados noruegos corriendo por sus venas.

Cuando el ascensor llegó a la planta baja, los ojos verdes de Callie se achicaron preparándose para la batalla.

La policía la llevó hacia una puerta que había al final de un corredor. Uno de ellos la abrió con una llave. Daba a una explanada de cemento donde una camioneta de policía la estaba esperando.

La ayudaron a subir por la parte de atrás. Callie se sentó. No tenía ventanas para mirar.

Tuvo que aguantar un viaje de veinte minutos sin saber adónde la estaban llevando. Finalmente notó que la camioneta iba más despacio y que paraba.

Cuando abrieron las puertas, descubrió que la habían llevado al patio trasero de un edificio de apartamentos, en el centro de Torino.

En un aparcamiento abierto pero techado, divisó a un hombre con casco bajándose de una moto. ¡Sus ojos se agrandaron al descubrir que era un flamante nuevo modelo de Danelli! No era posible, a no ser que...

Pero... ¿cuándo habían empezado a fabricarla otra vez?

Para sorpresa suya, uno de los oficiales de policía fue hacia el conductor de la motocicleta de carreras y le dio su pasaporte. Después de una breve conversación, el policía volvió a la camioneta, dejándola aturdida.

O sea, que aquel era el príncipe.

Al parecer, tenía más dinero del que había pensado. A no ser que estuviera endeudado hasta las cejas y necesitase que una esposa ganada en el concurso pagase sus gastos. Semejante máquina le habría costado al menos cien mil dólares, tal vez más.

El hombre se quitó el casco y no se molestó en alisarse el cabello negro despeinado.

–*Buongiorno, signorina.*

Al oír aquella voz masculina, profunda y seductora que ya conocía, sintió un estremecimiento.

¡Era Nicco!, pensó.

Le dio rabia que estuviera más atractivo que nunca.

–No me diga... –balbuceó ella–. Supongo que el Príncipe vive aquí porque ha perdido todas sus propiedades hace mucho tiempo.

–¡Muy astuta!

Callie no hizo caso a su sarcasmo.

–Eso es lo que he pensado. Gracias por su sinceridad, de todos modos. Es una pena que mi hermana no sea aún una rica y famosa actriz de Hollywood. Todo esto habría tenido un final muy diferente si ella hubiera estado dispuesta a dejar su profesión y se hubiera dedicado a un príncipe venido a menos.

Él se encogió de hombros.

–No puede culpar a nadie por probar suerte...

–Supongo que no. Lamentablemente, él ha arriesgado todo por la mujer equivocada. Pero como es mi hermana, yo puedo hablar por ella. Ann a veces puede ser un poco tonta, pero es una persona agradable que quiere explicarle al Príncipe lo que ha sucedido.

Callie siguió hablando.

–Lo ha conocido y cree que es una persona encantadora, un hombre civilizado que comprenderá sus circunstancias y que aceptará un arreglo económico con su abogado por el daño ocasionado. Espero que sea cierto y que todo esto pueda quedar arreglado. Tengo que viajar a Estados Unidos esta noche.

–Entremos y averigüémoslo, ¿quiere?

La llevó por una entrada trasera y subió con ella al segundo piso. Abrió con una llave la segunda puerta a la izquierda. Callie oyó un ladrido.

–¡*Basta*, Valentino! –gritó él en italiano.

En cuanto la puerta se abrió, apareció un boxer marrón saludándolos con tal entusiasmo que conquistó el corazón de Callie. Era la primera vez que veía una sonrisa de verdad en los labios de Nicco. Este dejó su casco en una mesa y jugó con el perro.

Le habló en italiano. Ella no comprendía nada, excepto las palabras «signorina Lassiter», antes de que el hombre se diera la vuelta y le dijera:

–El perro le chocará los cinco si extiende su mano.

«Chocar los cinco» era una expresión de jerga para referirse a un apretón de manos entre dos personas. Al parecer, el dominio de Nicco del inglés era excelente.

Callie levantó la mano en el aire. Valentino alzó su pata y la chocó con la fuerza precisa para no tirarla al suelo. Encantada, Callie se agachó y le rodeó el cuello, rascándole detrás de sus orejas puntiagudas.

–¡Oh, eres precioso! –exclamó ella.

Como recompensa, el perro lamió la boca de Callie.

Ella se rio.

–Yo también te quiero –le dio un beso en la cara–. Claro que te quiero, preciosidad.

Sin poder evitarlo, se puso de rodillas e inspeccionó sus patas blancas. Tenía un color perfecto.

–Tienes las señales y los rasgos de un verdadero campeón –le dio un beso en la cabeza una vez más antes de ponerse de pie.

–Para tratarse de un perro y un ser humano, que no comprenden sus respectivos lenguajes, ustedes dos parecen haber traspasado esa barrera sin problemas –dijo el anfitrión.

El boxer la rodeó, oliéndola y lamiéndole las piernas y las manos. Era evidente que detectaba los olores de la clínica veterinaria donde vivía y trabajaba.

–Me encantan los animales. ¿Cuánto tiempo hace que lo tiene el príncipe?

–Ocho años.

–Tiene mucha suerte. ¿Y le deja sacar a Valentino a dar paseos?

–Claro.

–Si yo trabajase para él, esa sería mi obligación favorita.

Él le dedicó una mirada que ella no pudo descifrar.

–Venga a la otra habitación –dijo.

Ansiosa por conocer al príncipe y terminar con aquello, siguió a Nicco al salón del apartamento.

Estaba amueblado modestamente, con muebles que parecían de segunda mano, como su estudio detrás de la clínica.

–El príncipe Enzo realmente ha pasado apuros. Me siento como en casa.

–Se alegrará de oír eso –respondió Nicco con un leve tono de burla–. Por favor, póngase cómoda.

Callie se sentó en una de las sillas. Valentino se acurrucó a sus pies. Pasaron unos minutos de silencio antes de que ella preguntase:

–¿Por qué tarda tanto el príncipe?

–Está fuera, de momento.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó ella, alarmada.

Nicco se sentó frente a ella en un sofá.

–Como su boda es mañana, está muy ocupado. Pero vendrá pronto.

–Será mejor que se dé prisa si quiere que la finalista llegue a tiempo.

Él se apoyó en el respaldo mullido del sofá y extendió sus largas y poderosas piernas.

–¡Vamos, *signorina*! No seguirá insistiendo en esa historia ficticia de la hermana gemela, ¿verdad?

Callie se puso de pie instantáneamente. Su acción turbó al perro, quien instintivamente intentó rodearla para que no abandonase la habitación. En otras circunstancias, ella se habría reído por aquel gesto de cariño, pero aquella situación no era nada divertida.

–¿Dónde está el teléfono? Llamaré a Ann y ella se lo explicará todo.

–Me temo que el príncipe solo tiene un teléfono móvil.

Ella respiró profundamente y dijo:

–Entonces supongo que usted tendrá otro. ¿Puede dejarme el

suyo, por favor?

–Se lo daría, pero está descargado.

–Muy oportuno…

Como si quisiera proclamar su inocencia, él se encogió de hombros, con su cazadora de piel negra aún puesta. Al parecer, el sarcasmo de Callie no le había hecho efecto.

–Antes de que llegue el príncipe Enzo, debemos conversar acerca de la agenda para mañana. Es tarea mía prepararla para la boda. ¿Por qué no se sienta y se relaja? No le conviene estar tan ansiosa para la boda ni para la cámara nupcial. Desde que el príncipe vio su foto el mes pasado, ha estado pensando en la noche de bodas. Su Alteza espera que usted esté tan deseosa como él de comenzar una vida juntos como marido y mujer. Y depende de mí el asegurar que sea así y que no se decepcione.

Callie se puso colorada de rabia.

–Y por supuesto, yo no tengo nada que opinar… –dijo.

–Nada. Por voluntad propia, delante del abogado del programa y del abogado del príncipe, usted firmó un contrato. Yo mismo redacté el documento del príncipe. Está muy claro, *signorina*. No hay poder en el mundo, ni el del Papa mismo, que pueda romperlo.

–Yo no lo firmé. Fue mi hermana quien lo hizo.

Nicco la miró. Ella hizo un esfuerzo por no desviar la mirada.

–Suponiendo que sea cierto… y que usted tenga realmente una hermana gemela llamada Ann…. Eso no impediría la celebración de la boda mañana.

Algo en su tono amenazador la hizo estremecer con temor.

–Si su hermana hubiera mirado bien el perfil del príncipe Enzo que le dio el comité de la función, sabría que por sus venas corre sangre de los Borgia y de los Tescotti. Es un hecho histórico que Cesare Borgia, a quien Maquiavelo usó como modelo para su libro *El príncipe,* gobernó sin consideración moral alguna.

Nicco se inclinó hacia adelante y continuó hablando.

–Yo, en su lugar, empezaría a pensar seriamente en cómo influir en su nuevo marido para que no arreste a su hermana por enviarla a usted en su lugar. La cárcel no es lugar para la prometida del príncipe Enzo.

Callie se negaba a que la intimidase.

–Ann no está aquí para que la arreste.

–Es verdad. Pero usted sí –achicó los ojos.

–Creí que el príncipe Enzo me quería como esposa.

–Naturalmente usted será su princesa. Pero una vez conseguido el objetivo, será arrestada.

Callie sintió que sus posibilidades de escapar se iban cerrando.

–Así que ahora llegamos a la verdadera razón por la que ha montado esta farsa –dijo Callie–. Mi hermana ha extendido un cheque por diez mil dólares, que son todos sus ahorros. Después de la próxima película, podrá darle cinco veces más esa cantidad. ¿Cuál es su precio? Si ella no puede dárselo todo de una vez, yo iré al banco y veré cuánto me pueden prestar.

Si lo hacía, estaría endeudada toda su vida.

–Su lealtad hacia su hermana es admirable, si es que tiene una hermana. Pero es una pena, porque el dinero no tiene ningún valor aquí.

Nicco metió la mano en el bolsillo y puso el cheque en la mesa baja para dárselo a ella.

–Entonces ¿de qué se trata? ¿Por qué el príncipe se ha tomado la molestia de elegir una esposa estadounidense? A no ser... –ella sonrió maliciosamente y continuó–: A no ser, por supuesto, que tenga algún defecto hereditario de los Borgia que conozcan todas las italianas.

Nicco se puso de pie.

–Usted no tiene la cabeza tan vacía como había pensado, así que no voy a estropear la sorpresa. Mañana por la mañana descubrirá por sí misma con quién, o con qué, usted o su hermana aceptaron casarse.

–¡Eso es una barbaridad!

Cuando gritó aquellas palabras, el boxer gruñó y se puso en guardia.

Nicco sonrió de lado.

–Le gusta mucho a Valentino, lo que es sorprendente considerando la adoración que siente por el príncipe. No suba la voz de ese modo y no la tomará por una extraña. Es lo que menos quiere hacer. Como ve, su corta cola está moviéndose.

El perro era maravilloso, con él no tenía problemas. Pero Nicco la había acorralado como si se tratase de otro perro.

Dejando escapar la respiración que había contenido, Callie dijo:

–Me ha traído a este apartamento con falsas expectativas. No veré al príncipe hasta la boda, ¿verdad?

–Ya lo va entendiendo...

Al parecer, Nicco había vivido en Estados Unidos, porque empleaba términos del inglés más coloquial.

Ella no sería una víctima si podía evitarlo. Se le acababa de ocurrir una idea para escapar. Si no funcionaba, probaría otra cosa.

–Puesto que no me deja otra opción más que rendirme, ¿no le

parece justo conceder un último deseo a su prisionera, antes de su ejecución mañana?

Su sonrisa fue tan electrificante que el corazón de Callie casi se sale de su sitio.

–Si no se trata de un indulto, sus deseos son órdenes para mí, *signorina*.

–¿De verdad? –preguntó ella con un tono entre temeroso y humilde.

–Pruebe y verá.

–¿Podemos dar esa vuelta por la ciudad que me prometió antes?

–Por supuesto. Arreglaré todo para que vaya en limusina.

–No... Quiero decir, en su moto.

Una serenidad extraña llenó la habitación. A ella le alegró que a él le sorprendiera su petición.

–En una película que vi una vez, la protagonista iba en la moto con su chico, dando una vuelta por Nápoles. Me pareció tan divertido el modo en que se metía por las calles estrechas y los callejones... Iban por lugares emocionantes por los que un coche no puede pasar.

Él se rascó la barbilla con la mirada ausente.

–Torino es una ciudad del norte, con largos paseos, parques y jardines, y ángulos rectos, *signorina*.

Callie dejó escapar un profundo suspiro que él no pudo evitar oír.

–De acuerdo, Nicco. Comprendo. De verdad –dijo ella de un modo que parecía la forma de hablarle a un niño.

Después de un silencio, él preguntó:

–¿Qué es lo que piensa que comprende?

Bien, había logrado despertar su curiosidad.

–Que tiene la responsabilidad de protegerme hasta mañana.

–¿Y? –preguntó él mirándola con un brillo inquietante en los ojos.

–Debí darme cuenta de que no se siente seguro de mostrarme la ciudad en su moto. Podría haberme dicho la verdad, pero me he olvidado de su orgullo. Comprendo que el ego de los italianos es mayor que el del resto de los hombres del mundo.

Él no se imaginaba qué satisfacción le daba decirle aquello, pensó Callie.

Nicco se sonrió.

–Si había algo que estaba intentando proteger, era su sensibilidad femenina. Tendrá que agarrarse a mí como si fuera mi segunda piel –dijo en tono sensual, sin dejarle duda alguna de en

qué estaba pensando–. No obstante, si eso es lo que quiere, no voy a privar a la prometida del príncipe Enzo de su último deseo.

Nuevamente, ella desvió la mirada, entusiasmada al comprobar que había logrado su primer objetivo. Pero no quería engañarse pensando que conseguiría el segundo tan fácilmente.

–El cuarto de baño está en el corredor de la derecha. Iré a buscar un casco para usted.

Ella frunció el ceño a propósito.

–Pero en el film, la mujer no usaba...

–Olvídese de la película –la interrumpió sin dudarlo–. Si ocurriese algo inesperado, Dios no lo quiera, mientras estamos paseando, jamás me perdonaría que sufriese algún daño. Esté usted con el príncipe o no.

Nicco se quedó de pie con los brazos en jarras. Tenía un atractivo tan viril, que el cuerpo de Callie temblaba al pensar en estar pegada a él.

–Si ha cambiado de parecer, *signorina*...

Estaba intentando acobardarla para que se echase atrás.

–No. Estaré lista dentro de unos minutos.

–Bien. Nos queda poca luz del día.

Ella se alejó por el corredor con las piernas inestables. Ese era el efecto que aquel hombre tenía en ella.

Valentino la siguió. Callie sabía que se había quedado cuidando la puerta del cuarto de baño porque lo oía roncar. Parecía su perra. ¡Cuánto echaba de menos a Chloe!

Cuando estuvo lista y fue al vestíbulo, se encontró con Nicco esperándola con un casco en la mano y otro en el brazo.

Le dijo algo en italiano al boxer, el cual inmediatamente se sentó. Luego Nicco abrió la puerta.

–Después de usted –dijo indicándole que debía salir primero.

Salieron al exterior del edificio. Cuando ella se acercó a la moto, él se puso el casco. Ella vio la marca. Era una Danelli NT-1.

–¿Cuánto vale una moto como esa? –preguntó ella.

–¿En liras o en dólares?

–En dólares.

–Alrededor de ciento cincuenta mil, o más.

Más de lo que ella había imaginado.

–Para tratarse de un príncipe venido a menos, debe de pagarle un buen salario si puede usted permitirse comprar algo así.

Él no hizo caso a su comentario y le puso el casco en la cabeza. Luego abrochó la tira de la barbilla. La miró intensamente antes de bajar el estribo de atrás.

Luego alzó la pierna por encima del asiento y montó la moto. Tras ponerla en marcha, la miró.

–Cuando se suba, ponga los pies en el estribo y agárrese a mi cintura fuertemente. Es todo lo que tiene que hacer –él bajó su visera y esperó.

Desde que lo había visto, había sabido que Nicco era un hombre peligroso. Pero nunca se había imaginado que ella pudiera acercarse a una moto como aquella, y menos que montaría. Debía de alcanzar cien kilómetros en menos de diez segundos. Sentir esa sensación iba a ser emocionante.

¡Dios santo! Si no hubiera sido por el lío en el que se había metido Ann, Callie se lo estarían pasando estupendamente.

Su corazón latía aceleradamente mientras lo observaba mover la moto y poner los cambios. Estaba impaciente por salir.

Con unas ganas que no podía reprimir, se subió detrás y se ajustó el bolso al hombro.

–Estoy lista –dijo poniendo los pies en el estribo.

Bajó la visera de su casco y se apretó contra él rodeando su musculoso cuerpo. En cuanto lo hizo, la moto salió corriendo como si tuviera voluntad propia.

Atravesó un callejón hacia la calle.

Hubo un movimiento inicial y después, literalmente, volaron por la ciudad.

Capítulo 3

AQUELLO fue un éxtasis.

Niccolo tenía un gran dominio de la moto y se movía como pez en el agua entre los coches. Tomaba las curvas con absoluta precisión. Tenía la destreza de un experto en carreras de motos.

¿Participaría en carreras cuando no estaba trabajando para el Príncipe? ¿Era ese el modo en que ganaba el dinero para permitirse esos lujos?

¿O aquel modelo era un modelo especial pagado por los patrocinadores?

Un chorro de adrenalina corrió por sus venas ante la posibilidad de estar montando en moto con uno de los mejores motoristas del mundo. No obstante, ella notaba que tenía mucho cuidado de que no sucediera nada.

Callie se preguntó adónde estaban yendo. La avenida parecía conducir a algún lugar fuera de Torino, hacia las afueras. Pasaron por mansiones con varios siglos de existencia y palacios de estilo barroco como los de los cuentos de hadas.

Cuando el sol se escondió en el horizonte, ya habían dejado atrás Turín, con sus kilómetros de jardines y sus cuatro ríos. Habían llegado a un valle alpino que parecía una obra de arte hecha de sembrados de viñedos. Un aroma exquisito a fruta embriagaba la atmósfera.

Aunque había refrescado, el calor de Nicco la había invadido de los pies a la cabeza. Se habían fundido como dos metales. La sensación de ser un solo cuerpo era indescriptible.

Callie deseaba que el paseo no se acabase nunca. Y cuando él se apartó de la carretera para meterse por un sendero entre la vegetación, ella se sintió decepcionada. Era evidente que él conocía aquel lugar. Ella supuso que quería descansar un poco antes de volver a la ciudad.

Pronto llegaron a una casa de tres plantas con un pórtico. Pertenecía a una granja. Tenía unas contraventanas de madera verde pastel que resaltaban sobre el fondo anaranjado de la fachada.

Nicco paró en un patio vacío. El lugar parecía deshabitado. Recordó su plan, y se dijo que aquel era el momento indicado para desembarazarse de aquella situación. No tendría otra oportunidad.

Callie se bajó de la moto y levantó la visera de su casco. Mientras esperaba que él se bajara, miró alrededor. La silueta de

unos cipreses se dibujaba contra el horizonte, anunciando la llegada de la noche. Necesitaría las luces de la moto para encontrar el camino.

–Ha sido un paseo muy excitante. Antes de volver a la ciudad, ¿puedo montarla un momento yo sola?

Nicco tenía puesto el casco todavía, y era imposible ver su expresión. Él levantó la visera.

–Adelante.

–¿Puede ayudarme a subir, por favor?

Él chasqueó la lengua, pero hizo lo que le pedía. Con una economía de esfuerzo masculina, la levantó en el aire y ella se puso a horcajadas.

–¡Esto es más excitante que abrir mi regalo de Navidad! ¿Cómo hace para que los faros iluminen como el morro de un avión?

Con un suave movimiento, él giró la llave, que aún estaba encendida.

Su movimiento hizo que le rozara el pecho. Ese contacto íntimo, aunque hubiera sido accidental, aceleró el pulso de Callie.

–Es una obra de arte, ¿no es cierto? –comentó Callie; su voz casi temblaba después de aquel roce.

–¿Seguimos hablando de la moto? –preguntó él en tono sensual.

La oscuridad ocultó sus mejillas coloradas.

Para sorpresa suya, él se desabrochó la tira del casco. Ella no lo comprendió, porque se suponía que iban a volver a la ciudad. No obstante, era el tipo de distracción de la que pensaba sacar partido.

Esperó a que empezara a quitárselo. Entonces, sin perder el tiempo, puso el pie en el acelerador y puso la moto en marcha. Al mismo tiempo tiró de la moto y despegó como si fuera un misil.

Callie oyó una inmediata explosión de insultos en italiano a su espalda. Pero pronto se apagaron, tapados por el ruido del motor. Rogando ganar el mayor tiempo posible, se metió en un camino de barro.

Aquella moto tenía una fuerza impresionante. Casi perdió el control mientras avanzaba kilómetros y kilómetros hasta la carretera principal hacia Torino.

Si podía llegar a la embajada estadounidense, pediría ayuda para volver. Entonces Nicco podría exigir su moto y su hermana, encontrar un abogado para llegar a un arreglo con el príncipe Enzo.

A unos ocho kilómetros, pasó por el pequeño pueblo de Monferrato. A un kilómetro y medio de allí, la moto empezó a perder fuerza.

Horrorizada, se dio cuenta de que no tenía más gasolina.

«¡Oh, no!», pensó.

No tenía más remedio que apartarse de la carretera y parar.

Aunque tuviera ganas de hacer autostop a algún coche que pasara por allí, no se atrevía a dejar una moto de ciento cincuenta mil dólares en la carretera. Era demasiado pesada como para llevarla a otro lugar, así que lo único que podía hacer era esperar a que apareciera un motorista y pedirle que le comprase una lata de gasolina en Monferrato.

Alguien debía de haberla observado, porque vio un viejo camión azul por la carretera en dirección a ella. El conductor fue aminorando la velocidad y paró. Dejó las luces encendidas y se bajó de la cabina.

Observó que un hombre alto y bien constituido se acercaba a ella con una lata de gasolina y un casco en la mano. Cuando se dio cuenta de quién era, sus piernas empezaron a temblar.

No podía negar que Nicco era un hombre excepcionalmente guapo.

En el reino animal había diferentes grados de belleza. Valentino era un honor para la raza de los boxer. Si hubiera esa misma gradación en la raza humana, Nicco habría sido el campeón. Sentirse atraída por él hacía más difícil recordar que era su enemigo.

Encontrarla había sido fácil para Nicco, quien sabía que su moto estaba casi sin gasolina.

Ahora comprendía por qué había decidido parar en aquella granja. Evidentemente pertenecía a un amigo dispuesto a hacerle un favor, incluso había estado dispuesto a darle gasolina o prestarle un camión.

–La he subestimado, *signorina* –dijo Nicco con voz profunda antes de ponerse el casco–. Créame, no volverá a suceder.

El desprecio de sus ojos negros fue muy hiriente para ella, sorprendentemente.

–No puede culpar a nadie por probar –se burló ella con sus mismas palabras de antes.

Él no le hizo caso y abrió el tapón del tanque de gasolina.

Ella, para entonces, estaba temblando de frío y de nervios.

Cuando Nicco terminó de llenar el tanque, tiró la lata a un lado de la carretera. Y luego hizo algo inesperado. Se quitó la chaqueta.

–Póngase esto.

Ella agitó la cabeza.

–Estoy bien. No la necesito.

–El príncipe Enzo jamás me perdonará que se resfríe el día de su

boda. Así que será mejor que se la ponga, aunque tenga que atársela.

Era evidente que lo haría como fuese.

Callie se la puso dejándose el bolso dentro de la prenda, después de cerrar su cremallera. Pero no le diría nunca lo bien que se sentía envuelta en aquel calor suyo.

–Súbase a la moto, *signorina* –le ordenó Nicco.

Ella se sentó detrás de él y le rodeó la cintura. El calor de su cuerpo le llegó a través de las manos, entrelazadas a su musculoso vientre.

Nicco puso en marcha la moto.

–¿Y ese camión? –preguntó ella.

–Es un poco tarde para demostrar preocupación por la propiedad de otra persona.

Su comentario no hizo sino agregar culpa al sentimiento que tenía por robar una moto como aquella para escapar.

Nicco maniobró y colocó la moto en sentido contrario.

Salieron a gran velocidad rumbo a Monferrato. Aquella vez ella se dio cuenta de que él no hacía caso alguno a la pasajera que llevaba detrás.

Ahora que le había demostrado que sabía conducir motos, él se deleitaba en correr por el simple placer de hacerlo y como una forma de expresar su rabia. Ella sabía que no tendría otra oportunidad para escapar.

Puesto que Nicco le había impedido hablar por teléfono para pedir ayuda, tendría que pensar en algo más ingenioso. Estaban en guerra y la obligación de una prisionera era escapar.

Callie no podía casarse con el príncipe Enzo.

¡No lo haría!

A los pocos minutos llegaron a la granja y lo oyó decir:

–Después de usted, *signorina*.

Nicco abrió la puerta de la casa. Las plantas de arriba parecían cerradas, pero alguien vivía en la planta baja.

Entraron en una cocina grande con suelo de terrazo original. Había algo en el fuego que olía deliciosamente. Ella tenía tanta hambre que se le hizo la boca agua.

Nicco se quitó el casco y luego le desabrochó el suyo y se lo quitó. Callie se movió hacia un lado para no dejar que le quitase la chaqueta, si es que se le ocurría hacerlo. Estaba muy alerta a lo que le hacía sentir cada vez que la rozaba.

Después de que Callie se la quitase, él dejó todo encima de una mesa que había contra la pared.

–Hay un cuarto de baño para invitados al fondo de la habitación. Póngase cómoda. Luego comeremos.

–¿De quién es esta casa de campo?

–De un amigo. En lo alto de la colina vive una pareja que la cuida. Usted y yo dormiremos aquí hasta mañana, cuando la lleve a la iglesia para casarse.

Era inútil pelear con él verbalmente. Nicco se negaba a escucharla. De momento, lo único que podía hacer era fingir complacer sus deseos hasta que pudiera pensar en un plan para escapar.

–Venga conmigo –dijo él cuando salió del cuarto de baño unos minutos más tarde.

Ella se sentó frente a él a la mesa que había frente a la chimenea encendida. El calor era agradable después del fresco de la noche.

Callie comió el venado y la pasta con ganas, pero rechazó el vino que él le ofreció. No tomaba alcohol. Era mejor, porque debía tener la mente lúcida hasta que pudiera escapar.

No vio rejas en las ventanas. Después de que Nicco se fuera a dormir, treparía por una de ellas y correría a través de los bosques hasta llegar a una carretera, donde haría autostop hasta Torino.

Nicco terminó la copa de vino y se echó hacia atrás en su silla de madera. Cruzó sus largas piernas a la altura de sus tobillos.

–No tiene que ponerse nerviosa por la ceremonia de mañana. La celebrará un sacerdote en una capilla privada del palacio de Tescotti, solo con la familia del Príncipe como testigos. Le indicarán el momento justo en que tendrá que decir «Sí, quiero» en inglés y habrá acabado todo.

Callie se puso de pie.

–Es posible que usted me arrastre hasta allí, pero no me sacará una palabra.

Él le clavó los ojos negros con burlona indiferencia.

–No hay problema. Si es tan tonta como para permanecer callada, el Príncipe contestará por usted.

Ella gritó de rabia:

–¡No pienso usar un vestido de novia tampoco!

–Como quiera, *signorina*. Como a usted, al Príncipe no le importa lo que lleve puesto...

Ella sintió un calor repentino.

–¿Realmente cree usted que Dios aceptaría algo así?

–No puedo hablar por él, así que no tengo ni idea –Nicco se puso de pie–. Lo que importa es que se casará ante los ojos de la iglesia y del país, y por supuesto ante la ley.

Callie se quedó de pie allí, inmóvil de rabia. Nicco limpió la mesa y apagó la vela.

–La noche pasará sin darnos cuenta. Y aunque usted no necesite embellecerse durmiendo, estoy seguro de que estará cansada después de un viaje tan largo desde Los Ángeles. La habitación está a la derecha del cuarto de baño. Aunque no es muy lujosa, está limpia. Sígame.

Ahora que había comido y que se sentía mejor, estaba ansiosa por planear su liberación. Pero sus esperanzas se vieron frustradas al entrar en una habitación que parecía llevar años vacía.

–¿Qué cama prefiere? –preguntó él–. ¿La de la ventana o la que está al lado de la puerta?

–¡No estoy lista para irme a la cama! –exclamó ella con rabia.

–Cuando lo esté, recuerde que las plantas de arriba están cerradas. Pero, por favor, no se preocupe. Ninguna de mis amantes me ha acusado de roncar o de sonambulismo. De todos modos, si tiene miedo de que esos problemas sean parte de sus fatales defectos, le prometo que no se lo diré al Príncipe. Mañana por la noche él mismo podrá descubrir sus secretos.

Como un niño con una repentina rabieta, Callie tiró el bolso en la otra cama y caminó hacia la ventana. Había dos grandes ventanales que podían abrirse sin dificultad.

–Puede probar... –lo oyó susurrar.

Ella se dio la vuelta y vio que él ya se había tendido en la cama que había al lado de la puerta, vestido y con las botas puestas.

Sin mirarlo, ella corrió de la habitación a la puerta de entrada de la casa. Naturalmente, él la había cerrado.

En cuanto a las ventanas de la cocina, no eran de las que se abrían. Era su prisionera.

Frustrada, Callie se sentó en el suelo frente a la chimenea. Se abrazó las rodillas y miró el fuego.

Al parecer, no había modo alguno de escapar de Nicco. No tendría más opción que enfrentarse al Príncipe en el altar al día siguiente, antes de encontrar otra oportunidad de escapar.

Pero conociendo a Nicco, suponía que habría más guardias observándola, para asegurarse de que nada iba mal en la ceremonia. Si intentaba escapar, seguramente no podría abrir las puertas de la capilla.

No veía nada que pudiera hacer para que el príncipe cancelara la boda. No veía forma de salir de aquella pesadilla.

Pero debía pensar en alguna estrategia...

Una hora más tarde, después de contemplar varias posibilidades,

se le ocurrió una sola idea que podía funcionar, si tenía el coraje de llevarla a cabo.

Era una locura. En cualquier otra circunstancia le habría parecido impensable. Pero estaba desesperada.

Cuando el fuego se fue extinguiendo, Callie se levantó del suelo y volvió al dormitorio. No podía postergar su plan mucho más tiempo.

Por la ventana entraba luz de luna suficiente como para ver la silueta de su carcelero, vestido aún.

–¿Nicco? –susurró ella.

–¿Sí, *signorina*?

Ella tragó saliva, incapaz de decir si lo había despertado o nunca se había dormido.

–Se ha apagado el fuego de la chimenea.

–Era inevitable.

–Me doy cuenta. El tema es que yo… Estoy lista para irme a la cama, pero estoy acostumbrada a distinto clima. Hace frío al lado de la ventana y la manta es muy fina.

–Entonces, intercambiaremos las camas –él se puso de pie sin esfuerzo–. Métase en esta –él abrió la cama para que se metiera.

Callie murmuró un «gracias». Se quitó los zapatos y los calcetines y se acostó.

Cuando puso la cabeza en la almohada, él la tapó. Luego caminó hasta la otra cama y se echó. Ella se dio cuenta de que había tenido mucho cuidado en no tocarla.

Antes le había demostrado que si tenía la más mínima posibilidad y ella lo animaba, no se pensaría dos veces aprovecharse de la situación.

Debía darle una señal más clara. Si lograba al menos que la besara, le diría al Príncipe que el hombre que había enviado para que la custodiara no era de confianza. Si podía convencer al Príncipe de que se había visto comprometida en algo, Enzo cancelaría la boda.

Ella suspiró y se incorporó en la cama.

–¿Qué está haciendo ahora? –preguntó él.

–Todavía tengo frío, así que he decidido que me voy a soltar el cabello. Me dará un poco más de calor.

Se oyó un chasquido de impaciencia y luego él desapareció de la habitación. Cuando volvió, llevaba su cazadora de piel en las manos. Ella tenía el pelo suelto.

–Échese y le pondré esto encima.

Eso no era lo que se suponía que debía decir él. Al parecer, las

cosas no estaban saliendo como ella esperaba.

–Gracias –dijo Callie, reuniendo todo el coraje que podía–. Seguro que su chaqueta me ayuda. Pero no estoy acostumbrada a dormir sola. Necesito el calor de otro cuerpo.

Estaba demasiado oscuro como para ver las facciones de Nicco claramente.

–¿Sabe el hombre con el que ha dormido hasta ayer que será la compañera de cama del príncipe Enzo durante los próximos treinta días? –preguntó él.

–Me refería a Chloe, una perrita que encontré abandonada y que nadie quería. La pobrecilla nació sin un dedo de las patas delanteras... Pero como no la tengo conmigo, tenía la esperanza de que usted se echase en mi cama, encima de las mantas. Solo para sentir su calor. Eso me ayudaría a dormir.

Tenía que fingir que no quería seducirlo. Lo que necesitaba era que la besara. Pero lo que sucediera entre ellos tenía que parecer natural.

Un extraño silencio llenó la habitación. Nicco colocó su cazadora sobre ella.

–No hace tanto frío.

–Tal vez, no. Pero para mí lo hace, porque... porque estoy asustada.

Hubo otro silencio.

–No tiene que temer nada. El Príncipe no le pedirá nada que usted no pueda dar. Él firmó el contrato también.

Ella se irguió de repente.

–Veo que tienen una relación muy estrecha ustedes. Pero nadie sabe lo que ocurre en realidad entre un hombre y una mujer que se encierran en una habitación. Aunque me parece que usted cree sinceramente lo que está diciendo, no puede asegurar algo por otra persona. Una vez que me obliguen a casarme con él, podría suceder cualquier cosa –dijo ella.

–Tiene razón. Es posible que usted lo encuentre más atractivo de lo que creía y decida hacer el amor con él.

Nicco había retorcido sus palabras a propósito.

–Por la foto que me mostró mi hermana, el príncipe Enzo parece apuesto, pero ese no es el tema. Para mí es un absoluto desconocido. ¡Yo siempre quise que mi primera experiencia fuera con el hombre al que amase!

–¿Quiere que me crea que no ha tenido relaciones sexuales con ningún hombre?

–No, yo no espero nada de usted. No me cree cuando le digo que

no soy la mujer del concurso, así que no creo que pueda convencerlo de ninguna otra cosa, y menos de algo que hasta a mí me parece increíble.

Callie comprendía su incredulidad. Su falta de experiencia con hombres era algo que le provocaba cierta incomodidad.

Se puso de lado y se tapó con la cazadora hasta la barbilla. Su plan de mujer fatal le estaba saliendo mal.

–Hacer el amor no es peor destino que la muerte. Puede ser una experiencia muy agradable. No es posible que sea tan ingenua –dijo Nicco.

–Comprendo muy bien lo que ocurre, pero me niego a ser un juguete de placer del Príncipe.

–Debió pensarlo antes de bajar del avión en Torino.

–Quería ayudar a mi hermana, así que le otorgué el beneficio de la duda al Príncipe. Debí imaginar que enviaría a otra persona para que se ocupara de la situación. Sé que usted está haciendo el trabajo por el que le paga, pero he pensado que podría ser amable conmigo esta noche.

Mientras esperaba, le parecía oír los pensamientos de Nicco dar vueltas para un lado y para otro. No era muy halagador.

Si Ann hubiera estado en su lugar, Nicco se habría sentido tan atraído que habría buscado una habitación con cama doble arriba.

Pero si Ann hubiera ido allí, le habría pedido a Nicco que la llevara a ver al Príncipe inmediatamente.

–¿No me tiene miedo? –preguntó él con voz de seda.

–No. El Príncipe confía en usted plenamente. Además, cualquier hombre que posee y monta una moto Danelli solo tiene una amante en mente, y no es una mujer.

Un chasquido escapó de la boca de Nicco antes de echarse encima de la cama.

«¡Dios santo! ¿Qué he hecho?», se preguntó Callie.

Nicco puso un brazo por debajo de su almohada, y con el otro la rodeó por encima de la cazadora.

No tardó en sentir su calor por encima de las mantas. Luego olió la fragancia del jabón que usaba para ducharse.

–¿Cómo sabe tanto de motos? –preguntó él.

Su respiración le rozó el cuello y ella se estremeció.

¡Aquello no había sido buena idea!

–Tuvimos unos vecinos bastante adinerados. Su hijo mayor, Jerry, tenía una gran variedad de motos. Las guardaba en un taller mecánico especial, al fondo de su casa. Yo solía ir a hablar con él. Cuando crecí, me enseñó a conducir motos y a arreglarlas. Al poco

tiempo empecé a leer todas las revistas de motociclismo que llegaban a mis manos. Un día Jerry apareció con una hermosa Danelli 100 Strada deportiva, negra y amarilla. Me enamoré de ella y aprendí todo lo que pude acerca de esas motos. Me prometió que si alguna vez tenía que venderla, me la vendería a mí.

El brazo de Nicco la apretó más.

–Usted no podía tener más de diez años cuando se fabricó ese modelo en Milán –dijo él.

Evidentemente se había fijado en su pasaporte y había calculado bien su edad.

–Así es. Aunque se casó, Jerry volvió a casa de sus padres muy a menudo, y seguimos manteniendo nuestra amistad. Hace seis meses me llamó para decirme que iba a vender sus motos. Yo seguía interesada en su Danelli Strada, así que, por supuesto, salté de alegría, porque las Danelli Strada son las mejores motos que se han hecho.

–Estoy de acuerdo.

–¿Sabe que todavía funciona perfectamente?

–No me sorprende.

¿Por qué no se levantaba?, se preguntó ella.

–Cuándo no trabaja para el príncipe, ¿participa en carreras?

–Solía hacerlo, hace tiempo.

–¿Para la marca Danelli?

Él asintió.

–Entre otras.

Al parecer, Nicco no le iba a dar más información.

–Para ser un hombre que ha pasado cierta edad, es muy buen piloto –comentó Callie.

En realidad, era un piloto sensacional, pero no quería reconocerlo delante de él.

–¡Qué halago! Me siento abrumado.

–¿Conoce al dueño, Luca Danelli?

–Sí –susurró él a centímetros del cuello de Callie.

Ella se estremeció. Se apartó un poco y se incorporó.

–¿Sabe por qué su empresa dejó de fabricar motos?

Nicco la miró especulativamente, como si estuviera pensando si contestarle o no.

–El hombre que era su mano derecha en la empresa, y compañero suyo durante la segunda guerra mundial, murió inesperadamente. Un ataque al corazón. Y cuando las otras marcas empezaron a fabricar, Luca Danelli dejó de hacerlo.

–No leí nada de eso en las revistas de motos.

–Luca no solía hacer públicos sus negocios.
–¿Quién era su socio?
–Ernesto Strada.
Ella abrió mucho los ojos.
–Ese es el nombre de mi moto. Yo creí que «strada» significaba «calle» en italiano, y que la mía era una moto de calle.
–Mucha gente debe suponer lo mismo.
–El señor Danelli debe ser muy viejo...
Nicco se rio profundamente.
–¿No sabe que no hay italianos viejos?
–Si lo que quiere decir es que hasta un hombre de noventa años pretende seducir mujeres, le diré que los italianos no son una excepción.
Él sonrió maliciosamente.
–Usted debe saberlo muy bien.
–Hablando en serio, Nicco... Puesto que se ha puesto a fabricar nuevamente, ¿no podría pasar a visitar su fábrica de Milán antes de ir al aeropuerto a tomar el avión a Los Ángeles?
–No –él le retiró un mechón de cabello detrás de la oreja–. Desde que ha empezado a fabricar otra vez, mantiene en secreto los modelos hasta que los saca a la venta o los exhibe en exposiciones.
–¿Y la moto que tiene usted?
–Mi moto es la de carreras de este año.
–¿El señor Danelli no hace nunca una excepción?
–¿Me está pidiendo que interceda ante el príncipe Enzo para que le consiga una visita a la fábrica Danelli?
Callie asintió.
–Posiblemente haga una excepción, sí.
–Dígame su precio y se lo pagaré –dijo ella, sin darse cuenta de cómo sonaba aquello.
La mano de Nicco se movió acariciando ambos lados de la boca de ella.
–Aunque sea una gran tentación, me temo que rompería el juramento que he hecho al Príncipe.
Callie se volvió a estremecer.
Antes quería que Nicco la besara para que el Príncipe no quisiera casarse con alguien que había tenido una aventura con su guardaespaldas. Ahora, en cambio, se moría por un beso de aquella boca.
–¿Es necesario que se entere el Príncipe? –Callie no podía creer que le hubiera preguntado aquello.
–No, pero basta con que yo lo sepa.

Frustrada, ella suspiró y se puso de cara a la pared.

Al parecer, Nicco era un hombre honorable a su manera.

Él le tocó el cabello y ella sintió una electricidad que parecía devolverle la vida.

–Se me ha ocurrido una idea que tal vez nos ponga contentos a los dos, *signorina*.

–¿Cuál es? –preguntó ella con voz débil.

–No se oponga a la ceremonia de mañana y yo le prometo que intercederé por usted ante el señor Danelli. De hecho, si es una esposa obediente, después de la luna de miel la dejaré escoger alguna moto como regalo de bodas,

Callie pestañeó.

–Es muy generoso de su parte, pero usted no puede permitirse regalarme una moto como esa.

–¿Por qué dice eso?

–Lo que usted gana ciertamente no alcanzaría para comprarme una moto de ciento cincuenta mil dólares. Esta conversación es ridícula de todos modos, puesto que no tengo intención de casarme con el príncipe.

–No tiene elección, *bellisima*.

–¡No me llame así! ¡Para su información, es hora de que se vaya a dormir a su propia cama! Estoy abrigada con su cazadora. Gracias por prestármela.

–En realidad estoy muy cómodo aquí, con mi cazadora cubriéndonos a los dos. ¿Le importa?

–No, si no le molestan mis ronquidos.

Él le tomó un mechón de pelo entrelazando sus dedos.

–Si no ha tenido un amante nunca, ¿cómo sabe que ronca por la noche?

–Porque mi hermana lo hace. Y somos idénticas.

–No hay problema –murmuró él–. Me he acostumbrado al ronquido de Valentino, así que el suyo no me molestará.

Daba igual lo que dijera. Él siempre tenía una respuesta inteligente.

–He oído roncar a Valentino mientras me estaba custodiando en el vestíbulo. ¿Sabe que existe una operación para arreglar ese problema?

–Me temo que el Príncipe está conforme de este modo. El ruido es reconfortante en la oscuridad de la noche.

–¿Valentino duerme con el Príncipe?

–Todas las noches. ¿Le molesta la idea?

–No, por supuesto que no. Creo que es dulce.

El Príncipe acababa de ganarse un punto en su estimación.

–La mayoría de las recién casadas no soportarían a un tercero –comentó él.

–El príncipe debería haber aclarado ese punto a las potenciales novias antes de la función.

Pero lamentablemente, Ann no se habría echado atrás. A su hermana también le encantaban los animales.

–Afortunadamente para él, escogió una mujer que duerme con una perra llamada Chloe. Usted y su futuro esposo tienen en común algo muy importante. Es un buen comienzo para una vida en común. Me los imagino a los cuatro en la alcoba real…

–Entonces su imaginación es mejor que la mía –ella se imaginó otras cosas menos castas.

–¿Qué tipo de perro me ha dicho que es?

–No se lo he dicho. Es un perro callejero.

–Ah… Una raza muy conocida por sus ronquidos.

–Sí, y también es muy guardiana.

–A Valentino le encantará.

–No lo creo. A Chloe no le gustan los animales y la gente desconocida. Ni siquiera el cartero ha sido capaz de ganarse su amistad, y es la persona más encantadora que conozco.

–Tal vez sea porque el hombre que le deja las cartas tenga interés en usted, y su pequeña perrita sienta el peligro.

–No creo. Debe de ser más bien que su antiguo dueño no la trataba bien.

La mano de Nicco se detuvo en su brazo.

–¡Qué pena! Pero estoy seguro de que el Príncipe se ganará su cariño.

–Es una conversación sin sentido. Si no le importa, me gustaría dormir un poco.

Su plan había fallado, entre otras cosas, porque ella se sentía demasiado atraída por él, y besarlo para librarse de la ceremonia del matrimonio le traería otros problemas.

Su plan era una locura.

La culpa era de Nicco. Era irresistible. Cada vez se sentía más atraída por él. A esas alturas tenía más de una razón para huir de Italia cuanto antes.

–Le deseo dulces sueños, pero no los necesitará, porque en menos de veinticuatro horas será una princesa de verdad. Su futuro esposo es un hombre muy afortunado. Buenas noches, señorita.

La boca de Nicco tan cerca de su sien era una bendición o una tortura. Ella se puso rígida para que él no adivinase su reacción.

A pesar de toda aquella masculinidad, Callie sabía que estaba a salvo con él, como si fuera su hermana. Eso debería ser tranquilizador. Pero en lo profundo de su ser, se lamentaba de no haber conocido a Nicco en otras circunstancias.

Mientras se dormía, no podía dejar de fantasear pensando cómo habrían sido las cosas si ella hubiera sido simplemente una turista en Torino.

¿La habría llevado a pasear en su moto? Y con el tiempo… ¡quién sabe si no se habrían enamorado!

Capítulo 4

SIGNORINA Lassiter?

Ella pensó que era Nicco, pero su voz parecía venir de lejos y, además, él no le hablaba como el ardiente amante que ella había imaginado en sueños.

–Hoy es el día de su boda. No querrá llegar tarde, ¿verdad? Tengo café recién hecho y panecillos del día para usted.

¿El día de su boda?

Callie se despertó de pronto y se incorporó en la cama.

En lugar de encontrarse en brazos de Nicco, mirando las olas del Big Sur en California, se había despertado en la misma habitación de la granja de Italia, donde Nicco la había tenido prisionera durante la noche.

–¡No tengo hambre! –gritó antes de saltar de la cama.

–Es mejor que coma algo si no quiere desmayarse en la ceremonia –contestó él mientras ella se ponía las zapatillas.

Bien, él estaba aún en la cocina.

Sin perder más tiempo, Callie corrió hacia la ventana y la abrió. Habría saltado, pero había un hombre de mediana edad trabajando en el jardín.

–*Buongiorno, signorina* –saludó el hombre inocentemente.

Estaba segura de que Nicco lo había instalado allí para que no se escapase.

–Buenos días –murmuró ella antes de volver a cerrar.

No le quedaba más que hacer que agarrar su bolso y dirigirse al cuarto de baño.

Mientras se refrescaba y se recogía el cabello, pensó en otro plan para escapar de Nicco. Suponía que él la llevaría en moto de regreso a Torino.

Si esperaba hasta llegar a un semáforo, podría saltar de la moto y escaparse. Aunque tuvieran que llevarla al hospital por sufrir daños en la caída, valía la pena para evitar esa absurda boda.

Armada con su última estrategia, Callie abandonó el cuarto de baño, ansiosa por llevar a cabo su plan.

Nicco ya había desaparecido de la cocina. Aunque tenía hambre, pasó junto a la comida que Nicco le había preparado y siguió de largo hasta salir al aire libre.

–Al fin... –dijo Nicco burlonamente–. ¡Qué mañana de otoño tan bonita para una boda!

Ya se había puesto el casco y estaba de pie al lado de la moto.

Después de ayudarla a ponerse su cazadora de piel, le colocó el otro casco.

Más allá estaba el camión aparcado. Callie suponía que pertenecía a los guardeses de la granja, que lo habrían traído de vuelta en algún momento de la noche. Pero no lo había oído porque había dormido profundamente, soñando con estar en brazos de Nicco.

–Este es un día muy especial para usted. Espero que disfrute del viaje de regreso a Torino –dijo él después de subirse a la moto. Giró la llave y la puso en marcha.

El hombre que estaba en el jardín los saludó con la mano cuando salieron en dirección a la autopista.

Callie se quedó con la boca abierta cuando vio aparecer dos limusinas con banderas reales que los escoltaban en su descenso por la montaña. Iban delante y detrás de la moto. Imposible saltar y escaparse.

Aunque no podía ver nada a través de los cristales de las ventanillas de la limusina, ella suponía que dentro iban los guardias de seguridad del príncipe, que se ocuparían de que no hubiera ningún contratiempo que impidiera la boda.

Naturalmente, Nicco le había mentido al decirle que su teléfono móvil estaba descargado. Era imposible que hubiese podido arreglar todo aquello sin comunicarse por teléfono.

¿Cómo diablos iba a poder salir de todo aquello?

Si fingía estar enferma, Nicco no le haría caso y se limitaría a cumplir las órdenes del príncipe. Sintió pánico al pensar que podían secuestrarla de aquel modo en plena luz del día. Sus cuerpos estaban tan juntos que él se habría dado cuenta de cualquier movimiento que ella intentase hacer.

Cientos de personas los veían pasar fascinadas, desde otros coches, acompañados por el escueto cortejo real con el emblema de los Tescotti. Aunque decidiera gritar para pedir socorro, nadie la oiría.

Cuando llegaron a las afueras de Torino, dos coches de policía se unieron a las limusinas. Encendieron sus sirenas para lograr abrirse paso entre el tráfico.

Cuando ella se dio cuenta de que iban en dirección a uno de los palacios barrocos que había visto saliendo de la ciudad el día anterior, Callie sintió un frío estremecedor, por la sensación de inevitabilidad.

Si hubiera sido una mujer proclive a desmayarse, se habría desmayado. Pero era fuerte. Si el príncipe estaba obstinado en

hacerla su esposa, tendría que aguantar que ella chillase y pataleara camino del altar.

Llegaron a un portón donde un guardia uniformado les permitió el paso al palacio. Ella pensó que aunque el príncipe estuviera tan empobrecido como para vivir en una apartamento, sus padres debían de ocupar un ala del palacio. Sin duda lo mantendría el Estado con visitas del público a la mayoría de sus habitaciones.

Suponía que la familia conservaría ciertos privilegios, como el uso de la capilla real para bautizos y bodas.

¡Dios santo! ¡Su boda… con un desconocido!, pensó.

La limusina se dirigió a una calle privada que daba a una entrada lateral del palacio. Nicco la siguió, luego finalmente se detuvo y se bajó de la moto.

Cuando la ayudó a bajar, una docena de guardias uniformados los rodeó. Nicco le dio a uno de ellos su casco.

–La aligeraré de esto –dijo Nicco, quitándole la cazadora de piel, el bolso y el casco. Un guardia se preparó para sujetarlos.

Ella tragó saliva.

–Nicco..., por favor, no me haga esto.

Él la miró con ojos turbios.

–Es solo por treinta días, ¿no lo recuerda? Si después de ese tiempo quiere divorciarse, puede hacerlo sin dar explicaciones.

Ella sintió ganas de llorar, pero se reprimió.

–Pero todo esto es un error terrible. Si llamase a mi hermana, se convencería de que es verdad.

–Es tarde para la verdad. Se casará con el príncipe hoy por la mañana. Una vez que pasemos estas puertas, caminaremos por el corredor que nos llevará a la capilla. Yo la acompañaré al altar y le diré cuándo tiene que decir que sí.

Para entonces, los ojos verdes de Callie estaban húmedos. No podía creer lo que estaba pasando.

Él pareció leer sus pensamientos.

–Si opone resistencia o grita, la cargaré en mi hombro hasta que el sacerdote dé la bendición, ¿ha comprendido?

Ella echó la cabeza hacia atrás.

–¡Es una locura!

Él sonrió maliciosamente.

–Tiene razón, pero es lo que quiere el Príncipe.

–¡Debe ser el hombre más caprichoso del planeta!

–Puesto que va a convertirse en su esposa, supongo que será la primera en descubrirlo. ¿Necesita ir al aseo antes de la boda?

–¡No!

–Muy bien. Ponga su mano encima de la mía –él alzó un brazo.

–No lo haré –dijo ella con las mejillas encendidas.

En cuanto pronunció aquellas palabras, él hizo lo que había dicho que haría. La cargó encima de su hombro.

–¡Bájeme, Nicco!

Él desoyó su protesta y pasó por la puerta que estaba abierta para ellos.

Callie vio un suelo de mármol y espejos dorados mientras se agitaba cabeza abajo, despeinándose el moño.

–¡No puede tenerme así delante del sacerdote!

–No se preocupe. Tanto él como la familia del Príncipe supondrán que su comportamiento es típico de su nacionalidad... Una falta de respeto por las tradiciones en el día de la boda del Príncipe. Los estadounidenses son famosos por su comportamiento poco civilizado. Su ruidosa presencia encima de mi hombro simplemente subrayará los rasgos indeseables de sus compatriotas.

–¡Cómo se atreve a decirme eso! ¡Si usted estuviera en mi pellejo, le aseguro que haría todo lo posible por escapar.

–*Signorina,* ahora es usted quien tiene más imaginación que yo, si es capaz de verme en su lugar.

–¡Basta! ¡Pare! –ella le agarró la pierna con ambas manos, tratando de impedir que avanzara. Pero él siguió caminando–. Por favor, Nicco, se lo ruego. Bájeme.

–Ya ha tenido una oportunidad.

–Le estoy pidiendo otra. Usted gana, ¿de acuerdo?

Él se detuvo delante de los barrotes dorados de la reja de la capilla.

–¿Y cómo sé que este no es otro de sus creativos trucos?

–No lo sabe... Pero yo no quiero ofender a Dios, que los juzgará al Príncipe y a usted por este delito.

–Estoy deseoso de aceptar su castigo –dijo él–. Y el Príncipe también. Está ansioso por verla.

En ese momento la bajó al suelo. Seguramente se había dado cuenta de que estaba temblando, de rabia y de miedo.

Ella miró alrededor. Había guardias de seguridad por todas partes.

Nicco le agarró la mano. Debía de imaginar que aún podía querer escapar.

–Cuando hayamos pasado este portón, iremos hacia el altar. Vamos –dijo.

Casi la arrastró.

Hasta que llegaron al altar, ella solo fijó sus ojos en el mármol

cubierto por la alfombra roja.

Entonces descubrió a la Familia Real; todos iban muy elegantes y las mujeres, cubiertas de joyas.

El príncipe Enzo estaba frente al santuario de la pequeña capilla. Con uniforme de gala era aún más guapo que en la foto que le había mostrado Ann.

A su izquierda había una joven morena muy atractiva con un traje blanco y una corona. Nicco no había dicho nada de que el príncipe tuviera una hermana. Al lado de ella, había dos mujeres morenas también, de alrededor de sesenta años, elegantemente vestidas.

Una de ellas también llevaba corona. Evidentemente era la madre del Príncipe. Posiblemente, la otra mujer era una tía.

Callie miró a los dos hombres de mediana edad que estaban en la parte izquierda del altar. Uno de ellos, de cabello moreno y aspecto aristocrático, estaba vestido igual que el Príncipe. Debía de ser su padre aunque no se parecían mucho. Callie supuso que el otro hombre sería algún tío o familiar cercano.

Mientras Nicco la arrastraba hasta allí, un sacerdote se colocó delante del grupo. Pareció ser la señal para que todos se dieran la vuelta y observasen aproximarse a Callie y a Nicco.

Aunque la habían llevado allí contra su voluntad, la solemnidad de la ocasión era evidente, y ella se sentía fuera de lugar y ridícula en un escenario tan sagrado.

Su ropa parecía la de una mendiga, comparada con la de la familia Tescotti. Vaqueros, zapatillas y una camiseta de algodón no eran un atuendo apropiado para una boda. Llevar puesto aquello en la iglesia parecía un pecado. Pero lo único que podía hacer era alzar la cabeza y, con la frente muy alta, esperar a que pasara todo aquello.

La marcha nupcial acompañó su entrada, para más humillación.

El príncipe Enzo le tomó la mano libre. La miró y sonrió antes de besar el reverso de su palma.

Ann tenía razón, pensó Callie. El Príncipe parecía agradable, y tenía unos ojos marrones hermosos, además de unos hoyuelos muy atractivos.

Pero era su hombre de confianza, Nicco, quien había organizado toda aquella escena de cuento.

El Príncipe le hizo sitio a su lado. Callie quedó en medio de Nicco y de Enzo Tescotti. Nicco no le soltó la mano en ningún momento. Cualquiera que la hubiera visto habría pensado que se estaba casando con Nicco. ¡Era todo muy ridículo!

El sacerdote empezó a hablar en italiano. Ella no entendía nada.

No comprendía por qué un hombre tan atractivo como el príncipe Enzo, que podría haber conquistado el corazón de cualquier italiana, había elegido a una estadounidense de un concurso. Y menos a una chica que quería ser estrella de Hollywood.

Después de haber visto al príncipe Enzo en persona, estaba segura de que no lo había hecho por el dinero que pudiera conseguir de sus películas. Si no, no habría puesto la cláusula de los treinta días en el contrato.

No tenía sentido. Ann no tenía nada de valor como para que el príncipe se hubiera querido casar por interés. Había algo raro en todo aquello, aunque ella no supiera bien de qué se trataba. ¡Y encima Nicco no la dejaba pensar con claridad, porque le estaba acariciando la palma de la mano con el pulgar!

Tal vez no se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Callie trató de soltarse, pero él no la dejó.

Estaba tan preocupada por el efecto que tenían sus caricias que apenas comprendió algo que le susurró al oído.

–Es el momento de decir «sí». Si no lo hace, yo lo diré por usted.

El sacerdote le clavó los ojos esperando algo. ¡El pobre no tenía la culpa de que la hubieran llevado allí a la fuerza! Al fin y al cabo, Nicco y el Príncipe tendrían que dar cuentas a Dios por aquello algún día.

–¡Adelante, dígale usted «sí» al sacerdote! –le susurró Callie con rabia a Nicco.

Nicco sonrió, satisfecho. Sacó de su bolsillo el anillo de compromiso y se lo puso en el dedo izquierdo. Luego dijo algo en italiano al sacerdote, quien asintió antes de dirigirse al príncipe.

Por un momento, ella tuvo la impresión de que se estaba casando con Nicco en lugar de con el príncipe Enzo, pero no podía ser...

Nicco no podía ser un príncipe.

Callie intentó prestar atención a las palabras del príncipe, rogando que se arrepintiera en el último momento. Pero Nicco le apretó suavemente la mano y ella se distrajo. Parecía satisfecho de haber cumplido con su trabajo. ¡Lo había hecho perfectamente!

No solo la había llevado al altar, sino que había ayudado al Príncipe a obligarla a casarse con él.

Hasta que no oyó el órgano no se dio cuenta de que la ceremonia había terminado. El sacerdote hizo la señal de la cruz antes de abandonar el altar y caminar por el pasillo central. La

familia Tescotti lo siguió.

Callie se quedó esperando que el Príncipe se girase hacia ella, pero en ese momento Nicco tiró de ella, obligándola a seguirlo.

Ella se preguntó qué estaba sucediendo. Se dio la vuelta para mirar por encima del hombro. El Príncipe iba del brazo de su hermana, detrás de ellos, en dirección a la salida de la capilla.

Evidentemente, Nicco había temido que ella hiciera una escena y huyese de su nuevo marido, y por eso seguía siendo su prisionera y no habían respetado el protocolo de una boda real.

Se figuraba que no la soltaría hasta que la dejara en el apartamento del Príncipe. Pero primero tendría que saludar a los asistentes que quisieran felicitarla en la Galería de los Espejos.

El sacerdote dio un paso adelante y dijo en un inglés con fuerte acento italiano:

–Felicidades, Princesa. ¡Que Dios la bendiga!

«Princesa Tescotti», pensó Callie. No había nada más absurdo.

–Gracias, padre –respondió ella.

Nicco susurró algo en privado al sacerdote. Para sorpresa de Callie, el hombre respondió en inglés.

–Ha sido un gran honor, hijo mío.

–Niccolino... –la mujer que se parecía tanto al príncipe fue a abrazar a Nicco. Al parecer, la familia lo tenía en alta estima. Unas lágrimas de felicidad se deslizaron por las mejillas de la mujer. Habló un rato con él en italiano.

Finalmente, Nicco le dijo a la mujer:

–Tengo el honor de presentarte a Callie Ann Lassiter, que ya forma parte de esta familia.

La mujer besó a Callie en ambas mejillas.

–Creí que jamás llegaría este día. Llevamos rezando tanto tiempo por que esto sucediera, ¿no es cierto, Carlo? –le dijo a su marido, que estaba de pie, al lado de ellos.

De cerca, Callie no lo veía tan parecido a su hijo, con aquel cabello tan negro.

El padre del príncipe le dio un beso en la frente.

–Mi hijo ha elegido una esposa muy bella, y al parecer, una mujer muy apropiada para él...

¿Apropiada para él? ¿El Príncipe querría ser actor? Tal vez por eso había elegido a Ann, porque pensaba que podría ayudarlo en su profesión. ¿Cómo no se lo había imaginado antes?

–Después de vuestra luna de miel, debéis venir al palacio para que nos conozcamos mejor –siguió diciendo el hombre.

Nuevamente, Nicco respondió en italiano por ella. El hombre

mayor asintió.

Callie estaba furiosa. Si Nicco estaba pensando en una luna de miel, se equivocaba. En cuanto estuviera a solas con el Príncipe, pensaría en una estrategia para escaparse.

Por el momento, seguía siendo prisionera de Nicco.

Se acercó otra pareja a felicitarlos. Nicco le explicó que eran amigos íntimos de la familia. Cuando terminaron de saludar, Nicco salió con ella por una puerta lateral de la capilla. Su motocicleta estaba aparcada en medio de las limusinas.

Al parecer, hasta que estuviera segura en su apartamento, no iba a cruzar una palabra con el Príncipe.

¡Daba igual! ¡Intentaría atar unas sábanas y se escaparía descolgándose por la ventana!

Mientras se estaba imaginando esa escena, se acercaron dos guardias para darles su bolso y los cascos. Ella se colgó el bolso y se colocó el casco. Nicco se puso la cazadora y el casco. Se subieron a la moto. Antes de arrancar, Nicco hizo una señal a las limusinas y estas fueron delante de ellos. Salieron por un callejón privado, custodiado por guardias. Enseguida estuvieron en la calle y se metieron por un bulevar a gran velocidad.

A los quince minutos, Nicco giró a la izquierda, dejando atrás las limusinas y el tráfico. Entró en un puerto privado que conducía al río.

Fueron en dirección a un embarcadero donde había atracado un pequeño barco.

Solo un experimentado motorista con una Danelli como aquella podía ser capaz de hacer la maniobra que hizo Nicco sin causar un accidente. La llevó hasta el barco, donde se detuvo y la ayudó a bajar.

Sorprendida, porque no volvían al apartamento del Príncipe, miró cómo Nicco desanudaba cabos. Solo entonces se dio cuenta de que había perdido la oportunidad de escapar.

El río parecía más profundo de lo que había pensado. Podría ahogarse.

–Yo no lo intentaría, si estuviera en su lugar –murmuró él mientras subían al barco. Luego se metió en la cabina.

Después de unos segundos, ella oyó el motor.

¿Cuál sería el plan de Nicco y el Príncipe?

Decidida a saberlo, entró en la cabina para hablar con él.

El barco no era de la Casa Real. Recordó que Nicco le había dicho que el Príncipe no era rico. No podría permitirse algo más caro, pero contenía lo indispensable: un cuarto de baño, cocina,

salón…

Y un dormitorio.

Todas la comodidades de una casa. A Callie le habría encantado si hubiera estado realmente de luna de miel con el hombre amado.

Nicco estaba de pie en la cabina del motor, con la puerta abierta. Se había quitado el casco y la cazadora. Su pelo largo y su barba de un día deberían de haberle quitado atractivo, pero de algún modo, su aspecto desaliñado subrayaba su deslumbrante masculinidad, hasta el punto de que ella era incapaz de mirar a otro lado.

Estaba en el asiento del capitán.

–Bienvenida abordo del Serpentina, Princesa. Se me ocurre que debe estar muerta de hambre. Se alegrará de saber que en la siguiente bahía, el príncipe Enzo se unirá a nosotros.

–Es muy astuto, Nicco. ¡No me extraña que el Príncipe lo haya empleado para llevar a cabo el trabajo sucio! –exclamó ella.

Por segunda vez en veinticuatro horas, Callie se quitó el anillo de compromiso y se lo tiró. Él lo agarró y se lo metió en el bolsillo.

–¿Puedo hacer algo más por Su Alteza? –preguntó él.

Ella se dio vuelta furiosa y caminó hasta la cubierta. Estaba un poco mareada y, después de mirar la marea, se sintió peor.

Cerró los ojos y se aferró a la barandilla. La debilidad que sentía no tenía tanto que ver con el hambre como con aquella situación.

Nicco había logrado aislarla de la civilización. La había alejado de todo, dejándola a merced del Príncipe y de él, dos hombres sin escrúpulos que practicaban un juego diabólico con ella.

Empezó a sospechar que el Príncipe debía tener alguna enfermedad mental realmente. Había logrado obligarla a casarse con él, ¡pero no se acostaría con él!

Debía de haber salvavidas en el barco. En cuanto pudiera encontrarlos, se tiraría al agua y pediría ayuda.

Abrió una puerta de un cuarto trastero y encontró varios salvavidas. Sin dudarlo, se puso uno de ellos.

–¿Va a algún sitio? –oyó la voz de Nicco antes de sentir que dos brazos de acero la atraían hacia él.

–¡Déjeme marchar!

–Antes de arriesgarse a arrojarse al agua, le sugiero que escuche al príncipe Enzo. La está esperando en la cabina.

Callie pestañeó.

No había ruido de motores. Debían de haberse acercado a tierra sin que ella se diera cuenta.

–Le quitaré esto –Nicco le quitó el salvavidas–. ¿Necesita ayuda

para caminar?

Ella intentó quitar a Nicco de su camino, pero fue imposible.

–Si no quiere salir en las revistas de chismes, le aconsejo que se comporte con un poco de decoro. No solo nos están observando los guardaespaldas desde la costa, sino también un enjambre de periodistas, esperando una foto.

–¡Bien! ¡Tal vez se imaginen que me están raptando!

–Se enteraron de su reacción de ayer en el aeropuerto. Si la vieran arrojarse a las profundidades del río, confirmarían sus rumores acerca de usted.

–¿De qué rumores me habla?

–Se rumorea que el Príncipe ha podido casarse con una muchacha virgen increíblemente tímida. Se me ocurre que deben de haber compartido unas risas a su costa.

–¡Esperemos que se atraganten con su risa!

Dijo eso y salió furiosa hacia la cabina, donde se encontró cara a cara con el príncipe Enzo.

Llevaba unos pantalones hechos a medida y una camisa sport. Sin toda la parafernalia real, parecía un joven de su edad, totalmente accesible. Al verla, le sonrió.

–*Signorina*, antes de que diga nada, quiero agradecerle que estuviera en esa función de Hollywood y que cumpliera su compromiso conmigo. Gracias a usted, he podido casarme con la mujer que amo. Maria y yo estamos en nuestra luna de miel en este momento, pero nos gustaría hacerle un regalo a nuestro regreso, por lo que ha hecho por nosotros. Elija un regalo, lo que quiera. No mire el precio. Nosotros estaremos encantados de regalárselo.

Callie pensó que se sentía tan mareada que hasta había pensado que el príncipe le había dicho que estaba de luna de miel con otra persona llamada Maria.

–No comprendo. ¿No nos hemos casado usted y yo hoy?

Callie oyó el claxon de una limusina en la costa.

–Sí, pero usted no se ha casado conmigo. Ahora tengo que marcharme. Mi hermano se lo explicará todo.

–¿Quién es su hermano?

El Príncipe frunció el ceño y preguntó extrañado:

–¿Nicco no se lo ha dicho?

–Aún no –dijo Nicco, por detrás de ellos–. Primero vamos a comer y luego hablaremos.

Dijo algo más en italiano que hizo sonreír al príncipe Enzo antes de marcharse.

–¿Le apetece comer? –Nicco le ofreció una silla.

Confusa, Callie se sentó. Miró los sandwiches y la ensalada que había servido Nicco.

Este se sentó frente a ella y sirvió dos copas de vino. Por primera vez en su vida, Callie decidió que necesitaba una copa y sorbió varias veces.

–¿Se encuentra mejor ahora?

–No. ¿Quiere decirme, por favor, qué está sucediendo aquí?

–Se lo diré en cuanto terminemos de comer.

–No podré comer un solo bocado hasta que no me explique qué ha querido decir el príncipe Enzo. Si él se ha casado con la mujer morena que yo creí que era su hermana, ¡con el único hombre que puedo haberme casado en la capilla es con usted!

–Sí, *signorina*.

La copa se le resbaló de las manos y cayó al suelo. Afortunadamente solo se rompió en dos trozos. Nicco los recogió y los puso encima de la mesa.

–¡No es posible! El sacerdote me llamó «princesa».

–El padre Luigi tiene mucho sentido del humor.

–Tal vez, pero no lo hubiera dicho si no fuera verdad. ¡Dios santo! ¡Usted es el Príncipe!

–¡Fue un accidente que yo naciera primero! Cuando cumplí veinticinco años, debería haber aceptado el trono y haberme casado con la chica que mis padres habían elegido para mí. Como hijo mayor de los Tescotti, era mi obligación. Pero yo no estaba enamorado de la princesa Benedetta y sabía que la vida de la realeza no era para mí. Así que renuncié al trono, a mis propiedades y al dinero. Lamentablemente, mi padre se lo tomó como algo contra él y mi familia. No pude convencerlo de que mi decisión no tenía nada que ver con el cariño que siento hacia ellos. Tuvimos una pelea y me fui del palacio con lo puesto. Con la boda de hoy, mi hermano Enzo ha heredado todo lo que yo rechacé.

«¿Hermano?», pensó Callie.

De pronto recordó el cabello negro de su padre y a su mente acudieron algunas cosas que le había dicho Nicco el día anterior.

–Debí adivinar la relación que había entre ustedes... Ahora estoy más confusa que nunca. Si Enzo estaba enamorado de Maria, ¿por qué diablos fue a Hollywood a buscar una esposa?

–Porque yo necesitaba una esposa.

–Lo siento, pero no tiene sentido todo esto. Mi hermana firmó un documento con el nombre del príncipe Enzo.

–Si se toma el tiempo necesario para leer el contrato nupcial, verá mi nombre, y no el de Enzo, como el príncipe con el que

prometió casarse usted. Él fue a Hollywood en mi lugar, porque con su aspecto era más fácil conseguir a una chica dispuesta a protagonizar un cuento de hadas. Era un riesgo que había que correr. Usted tenía razón acerca de mis tendencias maquiavélicas.

Los pensamientos de Callie empezaron a chirriar en su cabeza al recordar cierta conversación con su hermana: «Esta mañana, antes de volar hasta aquí, le pedí a mi abogado que mirase el contrato que firmé. Me ha dicho que no hay forma de incumplirlo. Por ese motivo, tú eres la única persona en este planeta que puede ayudarme».

¡Ni el abogado de Ann se había dado cuenta del error!

Nicco la miró enigmáticamente.

–Enzo debería haberse casado con Maria cuando cumplió veinticinco años, y debería haber heredado el trono que yo rechacé. Pero mi padre estaba tan resentido por lo que había hecho yo, que le negó todos sus derechos. Esperaba que yo cambiase de opinión. El mes pasado descubrí que Maria estaba embarazada. Entonces me di cuenta de que había que hacer algo para que mi padre les permitiera casarse con su bendición. Me pasé toda una noche pensando en un plan y, al día siguiente, fui a ver a mi padre.

Nicco siguió hablando.

–Convencí a mi padre de que no volvería a aceptar mi título, y le expliqué que finalmente había encontrado a la mujer adecuada. Le dije que, como concesión a ellos, consentiría casarme en la capilla de la familia, pero con la condición de que se celebrase una boda doble.

Callie se quedó con la boca abierta.

–Los diez años que he vivido lejos de mi familia al parecer han ablandado a mi padre, porque aceptó. Yo me alegré mucho por Enzo, pero me encontré con otro dilema.

–Lo dice porque es alérgico al matrimonio y al trono, supongo.

–Sí.

Capítulo 5

COMO le dije ayer, es usted más inteligente de lo que esperaba.

Saber que él habría preferido seguir soltero no debería molestarle tanto, se dijo Callie.

–Usted es muy astuto, Nicco. No me extraña que haya buscado a una estadounidense aspirante a actriz de Hollywood y de poco cerebro. Seguramente no habría permanecido casada al descubrir que usted ya no era príncipe.

Él torció la boca.

Ella siguió hablando:

–Tiene suerte de haber firmado el contrato con mi hermana Ann y no conmigo.

–¡Sigue insistiendo en que tiene una gemela...!

–Sí. Afortunadamente para usted, a ella no le interesa nada que no tenga que ver con su profesión, así que ha quedado libre del anzuelo. Y como yo ya he cumplido con mi papel, en beneficio de mi hermana, de la familia Tescotti y de usted, ya puedo volver a mi vida en Prunedale.

Después de decir eso, Callie tomó un sándwich de pollo y lo devoró.

–¡Está muy bueno! Debería probar uno –después de comer otra mitad, se sirvió ensalada de fruta.

Él la miró.

–Cuénteme algo sobre Prunedale. No he oído hablar nunca de ese lugar.

Ella tragó el último bocado de ensalada.

–Poca gente lo conoce. Es una comunidad de granjas, en el norte de California. Hay muchas huertas y animales.

–Le deben gustar los animales, porque se ha hecho amiga de Valentino inmediatamente.

–Valentino es encantador.

–Entonces... si de verdad no es actriz, ¿es mucha curiosidad querer saber si es granjera?

Nicco estaba jugando con ella.

–Lo es. Pero la respuesta es no.

Los ojos negros de Nicco brillaron.

–¿No va a satisfacer mi curiosidad?

–Tal vez, si usted satisface la mía primero.

–¿Qué quiere saber?

–¿Cuánto tiempo tardaremos en ir al aeropuerto? Quisiera tomar

un avión de conexión a Milán antes de que termine el día.

–Me gustaría complacerla, pero sus treinta días no han terminado. Durante este tiempo debemos convencer a mis padres de que estamos locamente enamorados y de que queremos que nuestro matrimonio funcione.

–No estamos legalmente casados.

–Me temo que sí. Cuando me ha dicho que le dijera «sí» al padre Luigi, ha firmado su destino, se llame Ann Callie o Callie Ann. Si tiene dudas, pregúntele al cura.

No tenía que hacerlo. Había habido un momento durante la ceremonia en que había tenido el presentimiento de que se estaba casando con Nicco. La noche anterior a la boda había soñado que se casaba con él. ¿Un sueño profético?

–Hemos empezado bien. Como ha aparecido con la ropa con la que había viajado, ha demostrado que es tan rebelde como su flamante marido. Demás está decir que ninguna de las mujeres de la realeza con las que mis padres querían casarme hubiera aparecido con el aspecto que tenía usted esta mañana. Eso le dio un toque de autenticidad a la escena.

Callie comprendió entonces las palabras del padre de Nicco.

Este pareció leerle el pensamiento, porque agregó:

–Por eso debe permanecer un tiempo aquí, el que especifica el contrato. Si se marcha de Italia antes de que pase un mes, mi padre se dará cuenta de que es una farsa.

–¡Es una farsa maquiavélica y yo no quiero participar más en ella!

–Usted ha aceptado participar. Me temo que se ha metido en el juego conmigo al firmar ese contrato. Yo no tengo nada que perder. Pero mi hermano menor es un inocente que pagará las consecuencias.

Alarmada por sus palabras, aunque hubiera sido Ann la que la había metido en aquel lío, Callie empezó a inquietarse.

–¿Qué quiere decir?

–Exactamente eso… Si usted se marcha antes de que mi padre se convenza de que este es un verdadero matrimonio, se vengará con Enzo y le quitará el título.

–¿Por qué? Me acaba de decir que su padre se ha ablandado últimamente.

–Hasta cierto punto. Pero si descubre que ha sido una farsa de mi parte, no dudará en hacerme daño a través de mi hermano. Al contrario que yo, Enzo siempre quiso el trono y ser el orgullo de la familia. Tiene muchas ideas de reformas, ideas que hay que poner

en práctica. ¡No se imagina cuánto desea complacer a mi padre! ¡Para él es muy importante su aprobación, pero jamás lo logrará si mi padre se enfada! Le costaría mucho aceptar que ha perdido sus derechos. Sería muy duro volver de la luna de miel y encontrarse con esa sorpresa, sobre todo porque su esposa está esperando un bebé...

Nicco bebió el resto de vino antes de levantarse de la mesa. Luego continuó hablando:

–Si su conciencia le permite romper el contrato, que yo suponía que había firmado de buena fe, entonces márchese antes de que suelte amarras. Su pasaporte está en su bolso nuevamente. Pero sepa que habrá una nube de periodistas en la costa tomando fotos del comienzo de nuestra luna de miel. Ellos sacarán partido a cualquier escándalo. Claro que si desea marcharse aun antes de que el avión de mi hermano haya despegado...

Era injusto de su parte hacerla sentir culpable...

–¡Yo no he sido la que ha firmado el contrato!

Él la miró.

–Conocí una vez a un par de gemelos idénticos. Tenían la misma pena al mismo tiempo. Cuando uno se cortaba, el otro sangraba. Cuando uno necesitaba ayuda, el otro presentía el peligro e iba a rescatarlo.

–¡Yo he acudido para ayudar a mi hermana!

–La cosa podría haber sido peor. ¡Podría haberse casado con un hombre que quisiera estar casado! Cuando pasen los treinta días, la prensa se enterará de todo. Habrá una foto del hijo mayor de los Tescotti con el corazón roto por una estadounidense que ha decidido separarse por diferencias insalvables debido a sus nacionalidades. Los monárquicos estarán de mi parte. Mi padre no será capaz de ponerse en mi contra, y a Enzo le permitirán satisfacer su destino. Con Maria a su lado, al menos habrá una persona en la familia Tescotti que habrá vivido su sueño...

Callie escuchó el contestador de Ann.

–¿Ann? Soy Callie. Sé que estás ahí, que no te has ido al trabajo todavía. Te llamaré dentro de dos minutos, así que, por favor, contéstame. Es muy importan...

–¿Callie?

–¡Menos mal que has contestado! No tengo mucho tiempo.

No era del todo cierto. Pero estaba usando el teléfono móvil de Nicco, que había vuelto a funcionar milagrosamente y no quería

tener una conversación privada con su hermana delante de él.

–Ya estás de camino a casa, ¿verdad?. No te preocupes. Podemos hablar más tarde. Esta noche iré a recogerte al aeropuerto de Los Ángeles, como habíamos planeado.

–No… Por eso te llamo…

–¿Qué sucede? Estás un poco rara. ¿Has tenido algún problema con el Príncipe?

–Mira, Ann… Es una larga historia… Tendré que quedarme en Torino los próximos treinta días…

Oyó una exclamación al otro lado de la línea.

–¿Significa eso lo que creo?

–No… No exactamente. Bueno, sí. En cierto modo. Mira…

–¡Oh! ¡Te has enamorado de ese príncipe de ensueño y te has casado! ¡No puedo creerlo!

Nicco se acercó. Estaba sentado en el sofá con ella.

–Ahora me toca a mí –susurró antes de agarrar el teléfono.

–*Buongiorno*, Annabelle.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

Al menos ahora se convencería de que tenía una hermana gemela, se dijo Callie.

–Soy Nicco Tescotti. Callie me ha dicho que usted es la hermana gemela que conoció a mi hermano en Hollywood, en la función benéfica. Según me han dicho, es actriz y acaba de empezar su carrera en Hollywood.

Nadie hablaba en inglés con aquel acento tan seductor, pensó Callie.

Para sorpresa suya, Nicco le rodeó los hombros con naturalidad.

–Perdone la confusión de mi esposa. Lo que sucede es que se ha casado conmigo en lugar de con Enzo. Mi hermano me envió al aeropuerto a recogerla… y fue amor a primera vista. Tengo que agradecerle que la enviara en su lugar. Debe haber sido el destino.

Callie no podía creerlo…

–Después de pasar la noche juntos, decidimos hacerlo todo legal. Fue una boda doble. Enzo se ha casado con el amor de su vida.

Callie gruñó. Nicco la apretó más.

–Ahora que somos familia, no veo la hora de conocerla. Afortunadamente nos veremos pronto. ¡Ah! Se me olvidaba, Callie y yo estaremos de luna de miel durante los próximos días. Pero no podíamos marcharnos sin decirselo y darle la noticia. Le pasaré con su hermana nuevamente. Se muere por hablar con usted. *Ciao*, Annabelle.

Le dio el teléfono a Callie.

–¿Ann?

–Bueno, bueno, bueno… Las aguas estancadas parecen tener un remolino en su interior. ¡Cuando les cuente a mis compañeros del plató que mi hermana es la princesa Tescotti…!

–No soy princesa, Ann. Nicco renunció al trono hace años.

–Parece entusiasmado, no sé si comprendes lo que quiero decir… ¿Cuántos años tiene?

–Es mayor que su hermano.

Sintió los labios de Nicco contra su mejilla diciendo:

–Tengo treinta y cinco años.

–Mientras no tenga tantos años como el doctor Wood –bromeó Ann.

Callie sintió un nudo en la garganta. Si su hermana llegaba a conocer a Nicco algún día, pensaría que era el hombre más atractivo del mundo…

–Por el modo en que conduce su Danelli, no lo creo.

–¿Tiene una moto?

–La he conducido –dijo Callie, y sintió un pellizco de Nicco en el brazo, recordándole su delito.

–Ahora comprendo por qué ha sucedido esto. Hazme un favor y envíame por fax una foto suya.

–Lo… intentaré. Oye, Ann, tengo que colgar ahora.

–Espera, una sola cosa más. ¿Qué tal ha sido la primera vez?

–Ya hablaremos de eso. Adiós –colgó rápidamente.

Nicco la miró de arriba abajo antes de tomar el móvil y guardarlo. Luego se puso de pie.

–Antes de que soltemos amarras, supongo que querrá ducharse.

–Sí. Gracias.

–Yo también me ducharé, después de usted. En el cuarto de baño tiene todo lo que necesita. Hay un armario con un par de camisetas limpias que puede usar. Más tarde pondremos una lavadora.

–¿Tiene lavadora aquí?

–Es importante para los viajes largos.

Callie se alegró de esa noticia. Se puso de pie y fue hacia el cuarto de baño con su bolso.

–No sabía que un barco podía tener tantas comodidades…

–Lo compré hace varios años. Navegando por los ríos de Europa se pueden ver paisajes que jamás descubriría de otro modo. Así la prensa no podrá invadirnos en nuestra luna de miel.

Ella se sobresaltó. ¿Luna de miel?

–Lo máximo que pueden lograr es tomar algunas fotos del barco con teleobjetivo.

Ella se dio la vuelta y preguntó con el ceño fruncido:

–¿Siempre lleva a los paparazzi detrás?

–¡No se imagina lo horrible que es!

–Pero usted renunció al trono hace años...

–Me temo que una vez que uno nace príncipe...

–¡Qué horror! –exclamó ella.

–Si se ponen intrépidos y deciden perseguirnos en otro bote, podemos evitarlos buscando un camino alternativo con la moto...

La moto significaba mucho para él, más que el deporte. Representaba la libertad.

–No me extraña que la haya traído a bordo.

–Después de un día de duro trabajo, no hay nada que me guste más que dar una vuelta.

Ella lo comprendía muy bien.

–¿De qué vive?

–De nada que no me guste.

No le había dicho nada.

–¿Se da cuenta de que hay poca gente que disfrute con su trabajo? Cuando cumplí veinticinco años decidí que quería saber cómo era aquello.

–¿Encontró la felicidad? –ella respiró profundamente.

–Esa es una pregunta interesante. No sé si existe realmente.

Minutos más tarde, ella seguía pensando en aquello debajo de la ducha.

A medida que iba conociendo más a Nicco, se daba cuenta de que había sufrido mucho al elegir algo diferente de lo que se suponía que era su destino. No obstante, Callie se preguntaba si además no tendría otro problema. El que le había provocado esa aversión al matrimonio.

¿Una mujer?

La mujer que hubiera puesto de rodillas a Nicco Tescotti debía ser especial. Inolvidable. Daba igual lo que hubiera sucedido entre ellos. El caso era que le había dejado una cicatriz, pensó ella.

De pronto, recordó el comentario que había hecho Nicco acerca de que al cabo de un mes saldría una nota de prensa anunciando el fracaso matrimonial del hijo mayor de los Tescotti, y lo vio con una luz nueva.

Cuando ella se marchase al cabo de un mes, iba a haber un corazón roto, sí. El de ella.

Durante los siguientes tres días, viajaron por el Dora Riparia

Sangone y el río Po. Aunque Nicco le había advertido a Callie que la prensa seguiría sus pasos, los paisajes de los Alpes y las colinas le hicieron olvidar por completo el resto del mundo.

Pasaron los días disfrutando del sol. Ella estaba fascinada, tanto por las vistas como por Nicco.

Más que un guía turístico, era un privilegiado miembro de la realeza, un hombre culto que podía contarle la historia y anécdotas de aquellos lugares.

–Cada vez que tomamos una curva, aparece un nuevo paisaje paradisíaco. ¡Es increíble, Nicco! Me pasaría la vida viajando por estos lugares...

–¿Sabes qué dice Le Corbusier?

–¿El arquitecto francés? –preguntó ella, consciente de que él la había tuteado.

–Sí, esposa mia, dijo en italiano. Según él, nuestra ciudad tiene la mejor ubicación natural de toda Europa.

–¡Estoy de acuerdo! –gritó ella, dándose cuenta de que se estaba entusiasmando demasiado. Pero no sabía cómo reprimir sus emociones.

A medida que pasaba más tiempo con Nicco, se sentía más fascinada por él. Y el hecho de que la estuviera tratando como a la hermana de su mejor amigo, la estaba seduciendo lentamente.

Aunque había querido mantenerse alejado de los paparazzi, sabía lo que estaba haciendo al llevarla sola en su barco. Dentro de la cabina tenía libertad para ser él mismo. No necesitaba fingir estar enamorado de su esposa.

Todas las noches, atracaban en algún sitio para dormir. Él dormía en un sofá y ella en la cama doble, donde esperaba que él encontrase alguna excusa para acompañarla, aunque solo fuera para hablar; pero él no lo había hecho nunca.

–¿Cómo se llama esa montaña que se ve allí?

–La que está detrás del Castillo de Valentino es Mount Rosa, el segundo pico más alto después de Mont Blanc.

–Valentino... ¡es el nombre de tu perro!

–Sí –sonrió Nicco.

–¿Le pusiste ese nombre por el castillo? –preguntó Callie, sorprendida.

–Creías que se lo había puesto por Valentino, el famoso amante italiano de las películas mudas, ¿verdad?

Ella apartó la vista al notar el cinismo en su tono de voz.

–No lo sabía.

–El Castillo de Valentino forma parte del patrimonio de la casa

de los Savoya. Maria Cristina, hija de Enrique IV y esposa del rey Victor Amadeo I de Savoya, lo hizo reconstruir al gusto francés. Debajo del Parco del Valentino está el famoso Cerea Rowing Club. La zona por la que estamos pasando es parte del recorrido de la carrera del río Silver Skiff, en la que compiten los diferentes clubs de remo.

–¿Has participado en carreras alguna vez?

–Hace tiempo –respondió él.

Era la segunda vez que empleaba una expresión de ese estilo. No debía de haberle preguntado algo que le hiciera recordar el pasado, pero al parecer, ella no podía evitar su curiosidad por todo lo que lo rodeaba. Con aquella personalidad, seguramente habría practicado varios deportes.

Hijo primogénito de una familia real, seguramente se habría esperado de él que hiciera muchas cosas sin pedirle su opinión al respecto. Callie no podía imaginar una vida así.

Pasaron por debajo del puente Isabella y llegaron a la sección central de un submarino, que según le explicó, era una reliquia de la primera guerra mundial. Algo más lejos había una draga de la primera guerra mundial convertida en restaurante.

Apareció un nuevo puente a la vista.

–Un día, si tenemos tiempo antes de que vuelvas a Estados Unidos, deberías ir al Museo Nacional del Automóvil. Está allí, en la orilla izquierda. Tiene coches antiguos y motos que pueden interesarte.

Por el modo en que lo dijo, no la pensaba acompañar él necesariamente. Leyendo entre líneas, Callie comprendió que él no quería que se olvidara de que pronto llegaría el momento de su partida. Era como decirle «así que no te sientas tan cómoda conmigo».

Herida por su comentario, salió de la cabina y fue hacia la barandilla. Los árboles que había a lo largo de la orilla del río proyectaban sus sombras en aquel momento en que se estaba poniendo el sol.

Al cabo de pocos minutos, atracarían en un puerto privado que se veía a lo lejos.

Un hombre que trabajaba allí ató los cabos del barco mientras Nicco arrimaba el barco a la costa.

Su luna de miel había acabado.

Si hubieran sido amantes, no habría podido pedir una luna de miel más idílica.

–¿Callie? –la llamó Nicco.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre. A ella le encantaba cómo lo pronunciaba, con aquel énfasis en la última sílaba–. Ven a ponerte el casco. Quiero salir rápidamente de aquí, antes de que nos avasallen todos los periodistas de Torino.

Ella se dio prisa y fue a buscar su bolso. Unos minutos más tarde estaba ya en su moto. Con la maestría de costumbre, Nicco se alejó del embarcadero y se alejó de aquel lugar. A su paso por la calle, vieron varias camionetas de la televisión entrando en el puerto.

Nicco no había exagerado acerca de los medios de comunicación. ¡Qué desagradable debía ser que lo persiguieran de aquel modo!

Se dirigieron a gran velocidad a su apartamento.

Al ver el edificio, Callie pensó que ya estaban a salvo, pero cuando entraron en su calle tuvieron que vérselas con los flashes de los fotógrafos.

Como un rayo, Nicco llevó la moto al aparcamiento. Ambos saltaron al suelo y Nicco la hizo entrar rápidamente al edificio, pasando por delante de un reportero que llevaba un micrófono.

Cuando Nicco abrió la puerta de entrada de su apartamento, para sorpresa y decepción de Callie, Valentino no acudió a saludarla,

Ella se quitó el casco y lo dejó en la mesa del vestíbulo.

–¿Dónde está tu perro?

–En casa de unos vecinos. Llamaré a los Loti. Su hijo, Giovanni, ha estado cuidándolo. Ahora lo traerá.

–¿No podemos ir a buscarlo nosotros?

Nicco se quitó la cazadora y el casco. La miró detenidamente.

–Si quieres encontrarte con los reporteros, cara a cara, adelante...

–¿Quieres decir que han tenido la desfachatez de entrar en el edificio?

–Hacen lo que haga falta para conseguir lo que quieren.

–Por eso me trajo la policía el primer día, ¿verdad? Para evitar que me viera la prensa.

Él asintió.

–Hemos tenido que tomar medidas extremas para mantener en secreto nuestros planes de boda. No obstante, ahora la prensa ya sabe que estoy casado, y quiere conocerte.

–Pues démosles lo que quieren y se marcharán...

–¿No te importa? –él la miró enigmáticamente.

–Esto es nuevo para mí, pero puesto que quieres convencer a tus padres de que estamos felizmente casados, ¿qué más da? Si no

huimos de la prensa, tal vez los periodistas sean más compasivos. Lo que debemos hacer es rehuir las respuestas a sus preguntas. Hasta puede ser divertido.

Nicco la miró asombrado. Se rascó la nuca, pensativo. Tenía unos pequeños bucles negros que a ella le habría gustado acariciar.

–Te dejaré hablar a ti –dijo él–. Vamos.

Callie estaba muy desaliñada. Se le estaba soltando el moño y no tenía una pizca de maquillaje. Seguía con la misma ropa, y los padres de Nicco se preguntarían si no tenía otra cosa. Pero nada de eso importaba si Enzo lograba cumplir sus sueños.

Nicco quería a su hermano; eso estaba claro. Lo había demostrado al pasar por aquel matrimonio por él. Ahora que conocía la historia, Callie sentía que ella habría sido un monstruo si no se hubiera quedado un mes allí por el bien de Enzo.

Pero ¿a quién quería convencer de aquello? Si no hubiera estado enamorada de Nicco, habría desaparecido inmediatamente.

Enfadada consigo misma, abrió la puerta y salió al vestíbulo.

Capítulo 6

EH! ¡PRINCESA, mire aquí, por favor!

Ella giró la cabeza hacia los dos reporteros y estos le hicieron varias fotos.

–Venid, muchachos, os diré algo –les dijo ella, aún encandilada por los flashes–. Si me prometéis no llamarme «princesa», cooperaré con vosotros. Mi nombre es, sencillamente, señora Tescotti. Soy una recién casada y, como cualquier otra recién casada, me gustaría tener unos días de intimidad en mi casa con mi flamante marido. Me gustaría que se lo dijerais a los demás periodistas: si quieren venir aquí dentro de dos semanas, a las seis, serán bienvenidos. Con la condición de que no nos persigáis. Os haré pasar a mi casa y os daré media hora para tomar fotos y hacer preguntas. ¿Qué os parece?

–¿Estará aquí su marido también? –preguntó el otro periodista.

Callie notó que Nicco se movía detrás de ella.

–Por supuesto.

Más flashes.

–¡Gracias! ¡*Molto grazie*! –dijeron antes de salir del edificio.

Cuando reinó la calma, Nicco susurró:

–Acabas de conseguir un pequeño milagro.

Su comentario gustó a Callie. Y que le apretase brevemente los brazos antes de proponerle:

–Vamos a buscar a mi perro, ¿quieres?

Callie caminó por el corredor junto a Nicco, con miedo de que pudiera oír el latido de su corazón. ¡No sabía cuánto le habría gustado que él siguiera abrazándola!

Nicco llamó al timbre del vecino, al otro extremo del corredor. Callie oía voces. En cuanto la puerta se abrió, Valentino fue corriendo a saludar a su amo con gran alegría. Tres días de separación parecían una eternidad para un animal tan querido y cuidado por su amo.

Un adolescente y su madre aparecieron tras él. Ambos hablaron muy rápidamente en italiano a Nicco, antes de que este les presentase a Callie. Aunque la mujer parecía una persona muy cálida y cordial, se notaba que estaba preocupada por algo. Y el niño parecía ansioso también.

–¿Qué sucede? –susurró Callie.

–Hace pocos días trajeron a su gato del hospital. Ahora está enfermo otra vez y no tienen coche para llevarlo nuevamente,

porque su marido está fuera de la ciudad. Les he dicho que lo metan en una jaula y que yo lo llevaré a la clínica en mi moto.

–¿Puedo ver a tu gato, Giovanni?

–Sí. Venga por aquí, *signora*.

Callie siguió al muchacho por su pequeño apartamento. En la cocina había un gato marrón grisáceo muy aletargado.

Callie se arrodilló a su lado.

–¿Cómo se llama?

–Figaro.

–¡Oh, pobre Figaro! ¡Eres un gato muy bonito! –murmuró ella mientras lo examinaba–. ¿Qué le sucedió la otra vez?

–El veterinario nos dijo que estaba deshidratado –contestó el chico–. Estaba bien cuando lo trajimos a casa. Y ahora se ha puesto otra vez.

–Tráeme su agua, ¿quieres?

–Sí, *signora*.

El chico hizo lo que le pidió y puso el cuenco de agua cerca de ella. Figaro no se movió. Callie metió los dedos en el agua, luego los acercó a la boca del gato. Al principio, el animal dudó, pero luego empezó a lamérselos.

Callie lo hizo varias veces. Poco a poco, el gato empezó a estar más animado hasta que se acercó a beber del cuenco.

Callie miró a Giovanni.

–Tu gato tiene sed. ¿Le dejas el agua a su alcance siempre?

El niño miró a su madre, que apenas hablaba inglés, y se lo preguntó. Después de que su madre contestase, el chico dijo:

–*Mama* pensó que Figaro debía de estar enfermo.

–Pero ¿no me has contado que la vez anterior el veterinario te dijo que estaba deshidratado?

–Sí.

–¿Cuánto tiempo estuvo sin su cuenco de agua?

Callie le estaba hablando a la madre, que en aquel momento empezó a frotarse las manos nerviosamente.

–Mi madre dice que no sabe. El gato suele saltar al lavabo para beber.

–¿Quieres decir que llenas el lavabo para Fígaro?

–No. El grifo pierde agua desde hace meses, pero hace unos días mi padre lo arregló.

–¡Ah! Eso lo explica todo.

En aquel momento, Nicco se agachó a la altura de Callie. Valentino se metía entre ellos.

–¿Explica qué? –preguntó.

Callie le sonrió.

–Figaro es un animal de costumbres. Está tan acostumbrado a beber del lavabo que, al no encontrar agua allí, dejó de beber, simplemente.

Giovanni se rio antes de decírselo a su madre. Enseguida se rieron todos, incluido Nicco.

–Debes enseñar a tu gato a beber de su plato. Quédate con él esta noche. Ayúdalo a beber el agua de tus dedos hasta que se dé cuenta de que quieres que beba del cuenco. Si lo ves dirigirse al cuarto de baño, dale la vuelta. Aunque su total recuperación lleve unos días, mañana estará bien.

Giovanni sonrió.

–Es usted un genio, dice mi madre.

Callie sonrió. Después de rascar las orejas del gato, se puso de pie.

–Me gustaría serlo. En este caso, me alegro de haber podido ayudar, al menos. Ha sido un placer conoceros a los tres –dijo Callie.

La mujer le agradeció a Callie su ayuda y practicó con el dedo varias veces. Después de que se cerrase la puerta de los vecinos, Nicco y Callie caminaron por el corredor del apartamento juntos, en silencio. Valentino se metía todo el tiempo entre ellos.

En el momento en que entraron en el apartamento de Nicco, este cerró la puerta y la acorraló contra la pared. El boxer los miró, expectante.

–¿Cómo has sabido qué hacer? No quiero que me digas que es porque te gustan los animales. De eso ya me he dado cuenta.

–¿Me creerías si te lo digo?

Después de las risas que habían compartido aquel día, su grave expresión sorprendía a Callie.

–Supongo que me lo merezco.

–No hay ningún misterio, Nicco. Soy veterinaria.

Él la miró como si ella fuera un rompecabezas por resolver.

–En Prunedale –dijo por fin él.

–Sí.

–Evidentemente, tendría que haberte llamado todo el tiempo doctora Lassiter.

Ella meneó la cabeza.

–Al igual que a ti, a mí no me gustan los títulos. El doctor Wood me llama Callie.

–¿El doctor Wood?

–Es el director del Hospital Veterinario del Condado de North

Monterey. Yo trabajo con él y vivo allí.

–¿Vives allí? –preguntó él, sorprendido.

–En una habitación que hay en la parte trasera.

–¿Vive él también allí? –preguntó Nicco.

–En la otra puerta.

–Muy graciosa... –dijo con sarcasmo él.

–¡Es cierto! El doctor Wood es mi jefe y mi casero a la vez. Me ha dado la oportunidad de ganarme un sueldo y de ahorrar algo de dinero al mismo tiempo.

–¿Cocinas para él también? –preguntó Nicco.

–A veces.

A menudo era el doctor quien le resolvía el tema de la cena. Era un hobby que tenía desde que había fallecido su esposa. Era mejor cocinero de lo que Callie había imaginado, pero no quería reconocerlo.

Nicco se quedó pensativo y dijo:

–Tu jefe esperaría que volvieras pronto.

–No. Ann le pidió que me diera un permiso de varios días aun antes de hablar conmigo de su problema. Mi hermana le contó que había ganado un viaje a Europa o algo así. Y él tuvo la amabilidad de darme unos días libres. En realidad, era yo quien quería volver a trabajar. La yegua de la familia Selander iba a dar a luz y quería estar allí para el parto.

–Y en su lugar, el ex príncipe de los Tescotti te encerró en su torre –Nicco la miró de arriba abajo–. Si no te hubiera obligado a casarte conmigo, ahora estarías trabajando en lo que te gusta.

–Sí.

–Seguro que el doctor Wood puede arreglárselas sin ti otros veintisiete días.

Cansada de su cinismo, ella contestó:

–¡Claro que puede arreglarse sin mí!

Nicco alzó una ceja.

–Bueno, si es así, dejaré de sentirme culpable por privarlo de su eficiente ayudante. En realidad, tu ausencia ha resultado una bendición para el gato de Giovanni y para nosotros, ¿no es así, Valentino?

Por fin se separó de la pared y se agachó a acariciar las orejas del boxer. El perro ladró como si comprendiera sus palabras. Tal vez fuera así. Callie había trabajado con animales durante bastante tiempo como para saber que había una comunicación telepática entre los humanos y ellos.

De pronto, Nicco levantó la cabeza y la miró.

–Tú no habrías mencionado el ronquido de Valentino si no te hubiese preocupado, ¿verdad? ¿Qué sucede?

Ella se mordió el labio. Valentino era muy importante para Nicco.

–Déjame que te haga una pregunta primero. ¿Lo tienes desde que nació?

–No. Lo encontré hace ocho años. Daba pena verlo. Era un cachorrito. No debía de estar ni destetado aún. Lo traje a casa y lo cuidé. Cuando se recobró, no pude separarme de él.

Era un hombre con un gran corazón, pensó Callie.

–La raza de tu perro tiene un problema de ronquido, Nicco. Si se diagnostica cuando el perro es joven, se puede quitar un trozo de carne que tienen en la parte de atrás de la garganta para aliviar el bloqueo. Si no se hace de pequeños, más tarde pueden tener problemas para respirar. A los ocho años no sé si puede solucionarse con una operación.

–El veterinario no me ha explicado nunca eso –dijo Nicco con gesto de preocupación.

–Tal vez no hicieron hincapié en el problema durante su carrera de veterinaria. Si te soy sincera, yo no me di cuenta de lo serio que era este tema en las razas de nariz chata hasta que empecé a trabajar con el doctor Wood. Aprendo mucho con él.

Nicco acarició el lomo del perro.

–¿Podrías operar tú misma a Valentino?

–¿Quieres decir aquí? ¿En Torino?

–¿Y dónde si no? Si viajáramos a California para que pudieras operarlo allí, Valentino tendría que estar en cuarentena primero. No quiero esperar tanto para aliviar su molestia.

Callie se acercó al perro. Se arrodilló a su lado y le acarició la cabeza.

–No lo pasa tan mal como supones. El problema ha ido creciendo con él. Y como te he dicho, no sabemos si una operación resultará efectiva. Por otro lado, solucionar ese problema podría alargarle la vida.

–¿Cuánto?

–Entre seis meses y dos años, dependiendo de su estado de salud. Los boxers viven entre diez y catorce años. Pero debes recordar algo. Aunque el riesgo es mínimo, algunos animales no sobreviven a una anestesia general.

Él la miró.

–¿Y qué harías si fuera tu perro?

Sus palabras le llegaron al alma.

–No dudaría en hacer lo que fuera necesario para mejorar su calidad de vida.

–Eso es lo que yo pienso.

–Nicco… Dudo que ningún hospital permita entrar a un veterinario ajeno a su equipo y usar sus aparatos e instrumental. No se suele hacer eso.

–Tienes razón, pero conozco un lugar donde no habrá problema.

–¿Dónde es?

–Las tierras de los Tescotti son muy extensas y hay muchos animales en ellas. Mi padre tiene un veterinario que los cuida. Hay una sala de operaciones en el establo con todo lo que necesitas.

–Creí que tú…

–Yo también. Pero en un caso así, acudiré a mi familia. Tanto por Valentino como por mi hermano, haré lo que haga falta.

–¿Qué quieres decir?

–Cuando llame a mi padre para pedirle permiso para que mi esposa, veterinaria, use las instalaciones e instrumental del hospital para curar a mi perro, mi madre y él se convencerán de que nuestro matrimonio es sólido. Es algo con lo que no había contado antes de irnos de luna de miel.

Callie desvió la mirada y se puso de pie. Si sus padres eran como la mayoría de la gente que conocía, se preguntarían luego cómo era posible que un matrimonio que parecía haber empezado tan bien pudiera terminar de pronto, un mes después. Una cosa era sacarse fotos con Nicco jugando a ser su mujer para la prensa, y otra, desempeñar el papel de amante esposa en las fincas reales, donde los rumores correrían directamente al palacio. A Callie no le gustaba esa idea.

–Yo… No creo que…

–Está decidido –la interrumpió él con un tono de acero.

Seguía habiendo rastros de príncipe en Nicco, aunque él se negase a reconocerlo.

Ella respiró profundamente.

–¿No crees que el veterinario de tu padre puede ofenderse si descubre que has traído a otro profesional?

–Tú eres mi esposa. Tendrá que aceptarlo –dijo mirándola, desafiante.

Dicho eso, caminó hacia el vestíbulo para recoger su casco y su cazadora. El perro y ella lo siguieron.

–Si tienes hambre mira, en el frigorífico. Deben de haberlo llenado en nuestra ausencia. Si quieres ducharte, el agua caliente dura dos minutos solamente. Te lo advierto para que lo tengas en

cuenta.

Ella intentó ocultar su sonrisa al pensar cuánto debía haber cambiado su vida desde que se había ido del palacio.

–Puedes usar mi habitación y mi ropa, si quieres. Mañana tenemos muchas cosas que hacer, incluyendo una mudanza, así que será mejor que duermas bien.

¿Una mudanza?, pensó ella.

Antes de que pudiera preguntárselo, Nicco se marchó, dejándola con un perro que lloriqueaba porque su amo se había ido.

Algo le decía que Nicco había decidido hacer una visita a sus padres. Seguramente tardaría un rato en volver.

Callie se sintió tan abandonada como el perro. Después de cuatro días y cuatro noches, se había acostumbrado a su presencia.

–Venga, Valentino. Puedes dormir conmigo. Sé que no hay comparación, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Yo también necesito consuelo.

El perro la siguió hasta que se metió en la cama de Nicco, vestida con una de sus camisetas. En cuanto se acomodó, Valentino se subió a la cama y se acurrucó contra ella.

Callie lo acarició. En la oscuridad, roncaba igual que Chloe. Era casi como tener nuevamente a su perra. Chloe era más pequeña y dormía encima de las mantas, entre las piernas de Callie. No obstante, se sintió acompañada con Valentino y se durmió.

Callie se había propuesto levantarse temprano al día siguiente, para preparar el desayuno. Aunque su matrimonio temporal no era real, era hora de que hiciera algo. Hasta entonces, Nicco lo había hecho todo, incluso cocinar.

Pero cuando Callie se vistió y fue a la cocina, encontró a Nicco allí. Llevaba una camiseta y unos vaqueros que marcaban sus poderosas piernas. Tenía el cabello húmedo aún de la ducha. Olía muy bien. Igual que el desayuno de huevos con jamón. Había pan recién hecho en una mesa pequeña. Probablemente lo había comprado esa mañana en una panadería que había en la esquina.

Valentino la miró cuando apareció y luego siguió comiendo como si fuera la última vez que fuese a tener un plato de comida a su alcance. Nicco y Callie chasquearon la lengua al mismo tiempo.

Él la miró como admirando su aspecto y dijo:

–Nunca te interpongas entre un perro y su comida –dio un sorbo a su café.

–Nunca –susurró ella con voz temblorosa.

Se sentó en la otra silla.

Cuando la miraba así…

–En cuanto estés lista, he pensado que podríamos hacer algunas compras. Necesitas algo de ropa.

Callie asintió, pero no habló. Estaba demasiado ocupada recordando la conversación que habían tenido en el aeropuerto, cuando ella le había dicho que no necesitaba ropa y él le había contestado que ella era un sueño hecho realidad, porque tendría al príncipe muy contento si se pasaba treinta días y treinta noches en la cama con él. Seguramente Nicco se estaba acordando también.

–Te lo… iba a sugerir –dijo ella antes de volver a concentrarse en los huevos.

–Cuando terminemos, volveremos aquí a buscar a Valentino y lo llevaremos para operarlo.

–¿Has arreglado todo tan rápido?

–Mi padre habló con el doctor Donatti. La sala de operaciones estará libre después de almorzar.

–Debe de haberle extrañado que fueras por allí.

–Yo diría que fue un shock, más bien. Mi padre y mi madre se pusieron ambos al teléfono. Les dije que interrumpimos nuestra luna de miel por el problema de Valentino. Cuando se enteraron de que eras veterinaria, estuvieron muy contentos de poder ayudarnos.

Ella notó algo en el tono de su voz.

–¿Qué te ocurre, Nicco? ¿Qué te preocupa? ¿Se alegraron demasiado?

–Algo así.

–¿Quieres decir que temes que hieran a Enzo presionándote nuevamente para que aceptes el título?

Nicco agitó la cabeza.

–No. Por primera vez en su vida, no me han dicho una palabra sobre ese tema.

–Entonces debes de estar refiriéndote a nuestro matrimonio. Tus padres están demasiado contentos. ¿Es eso lo que te preocupa?

Su expresión se ensombreció. Lo había adivinado, pensó Callie.

–Te sientes culpable, porque el matrimonio no es para ti y no ves la hora de que se acabe. Lo siento, Nicco. Supongo que cuando Enzo y tú planeasteis todo, no pensaste en este aspecto. Comprendo que no quieres volver a decepcionar a tus padres, pero yo lo he estado pensando y tal vez haya una solución.

–¿Cuál?

–Bueno, por un lado, van a ser abuelos. Un bebé les quitará parte de su tristeza.

Él se quedó callado.

–Algún día se reconciliarán con el hecho de que no todos los hombres están hechos para el matrimonio. Yo he vivido unos días contigo y veo que eres un soltero convencido. No necesitas una mujer.

Nicco achicó los ojos.

–Nicco, no es un pecado. Conozco a muchos hombres que no cambiarían su soltería por nada. La libertad es demasiado importante para ellos. Tal vez, lo que tienes que hacer una vez que me vaya a California, es salir con tus amigos y llevar a tus amigas a cenar al palacio o algo así. Para que tus padres vean que te gustan las mujeres, pero que después de tu divorcio has decidido no volver a atarte a nadie. Con el tiempo se convencerán de que vives mejor solo y...

Nicco murmuró algo indescifrable en italiano y luego se puso de pie. Ella hizo lo mismo.

–Cuando termines el desayuno, nos iremos –dijo él, y se marchó.

Valentino lo siguió.

–¡Eh! ¡No te enfades! Solo quería ayudarte a sentirte mejor.

Callie entró en el salón detrás de él, pero no estaba allí. Lo encontró en su dormitorio, metiendo ropa en un bolso.

–Si he dicho algo que te enfadó, te pido disculpas. En realidad, he estado pensando por qué no quieres casarte.

–¿Y qué has pensado?

–No es asunto mío, por supuesto, pero tengo el presentimiento de que te ha herido una mujer. Si no quieres hablar de eso, está bien. Pero si quieres hablar, te escucharé. Muchos de los dueños de mis pacientes me dicen que sé escuchar cuando tienen un problema. Ahora Valentino es mi paciente, así que si tienes necesidad de...

–Tengo varias necesidades, pero este no es el momento de hablar de ellas. Quédate, Valentino –le ordenó a su perro–. Volveremos enseguida.

Nicco levantó la cabeza inesperadamente. Se miraron.

–Después de usted, *signora* Tescotti.

¡Oh! Debía estar realmente enfadado para llamarla así.

Cuando llegaron a la entrada, Callie buscó su casco. No estaba en la mesa.

–No te preocupes. He puesto los cascos en la parte de atrás del camión.

Callie asintió. Bajaron al aparcamiento y se dirigieron hacia el camión azul que había visto antes. Al parecer, Nicco había ido a buscarlo a Monferrato. Ella había pensado cómo llevarían al perro

al establo.

Él dejó el bolso en la parte de atrás y luego le abrió la puerta a ella. Cuando estuvieron sentados, arrancó.

Aunque no era como su moto, lo conducía con la misma maestría.

Cuando se detuvo el camión ella se dispuso a bajar, pero como él fue a ayudarla, sus cuerpos se chocaron, y las manos fuertes de Nicco le rodearon las caderas para sujetarla.

El contacto despertó un tumulto en su interior. No estaba acostumbrada a esa excitación. Dejó escapar un leve gemido y luego se sobresaltó al pensar que él podría haberla oído.

Se sonrojó. Sin esperar a Nicco, entró en los grandes almacenes y fue directamente hacia una sección de ropa sport que vio a la izquierda.

Él le había dicho que era un lugar de precios asequibles donde podría comprarse todo lo que le hiciera falta. No necesitaba mucho. Solo dos pares de vaqueros, camisetas, varias mudas de ropa interior y un camisón...

Nicco la alcanzó y la acompañó. Le hizo la conversión de los precios a dólares, mientras las dependientas intentaban llamar su atención. Ella intentó concentrarse en la ropa.

Era imposible, porque no podía evitar mirarlo para ver si respondía a la atención que recibía de las mujeres que entraban a la tienda.

Más de una vez él la sorprendió mirándolo. Fue humillante. Ella se apartó, tratando de fingir que no se había dado cuenta. En un momento Nicco le sugirió que se comprase unas sandalias de piel, para variar.

Por lo demás, hablaron poco, si bien había una cierta tensión entre ellos que aceleraba el pulso de Callie.

Como no aguantaba más aquella tensión, ella decidió que no necesitaba nada más y se fue de la tienda. Si volvía a tocarla para ayudarla a subir al camión, se derretiría...

Y haría cualquier cosa por evitar esa situación.

Se quedó esperándolo. Nicco regresó con algunas bolsas en la mano. Debían de ser cosas que le hacían falta.

Las dejó en el asiento, puso en marcha el camión y volvieron al apartamento.

–Quédate aquí –dijo Nicco–. Voy a traer a Valentino.

Puso los paquetes en la parte de atrás y desapareció.

Más tarde regresó con el perro. Valentino trepó al camión y se sentó entre ellos.

–Tu perro no sabe que no es una persona.

Él sonrió por primera vez aquel día. La sonrisa sensual de Nicco era como el sol en el horizonte, pensó ella.

–¿Vamos a ir a la misma finca donde nos casamos?

–No, los establos están en unas tierras que bordean el Po, donde Enzo y Maria van a vivir ahora que él es el Príncipe. Mi hermano es un gran jinete, y su esposa también.

–¿Tú montas a caballo también?

–Antes de irme del palacio me gustaba hacerlo de vez en cuando.

–Cualquiera que tenga una moto como la tuya, probablemente ha disfrutado de otros deportes.

–Tú comprendes lo que pocas mujeres entienden.

–Muchas mujeres lo comprenderían si supieran conducir una Danelli, para empezar. La moto es perfecta para mi trabajo. Cuando voy a ver animales enfermos a las granjas, sujeto mi maletín en la parte de atrás, me pongo el casco y salgo como un torpedo. Es una sensación inigualable. Puedo ir a cualquier sitio, incluso puedo meterme a campo traviesa.

–Debes de parecer un astronauta extraviado –dijo él.

Ella se rio.

–Estoy segura que la gente que me conoce cree que tengo un aspecto gracioso. Ann me llama «la veterinaria loca». Con mi casco, los niños pequeños me preguntan a veces si vengo del espacio.

Nicco se rio y ella se sintió feliz.

Llegaron a una zona llena de bosques. Había un palacio con guardias. Y a lo lejos, entre árboles, divisó un camino.

Alguna vez todo aquello debía de haber sido un lugar de juegos para Nicco, y debería haber sido suyo. Pero tenía un alto precio. Como les pasaba a algunos animales, Nicco había nacido para ser libre.

Ella había pasado suficiente tiempo con él como para ver que era muy especial. Eso era lo que la atraía de Nicco. Su corazón estaba henchido de amor por él. Por todo lo que había sufrido y todo lo que había luchado para ser quien era.

Sin pensarlo, abrazó al perro.

–Valentino... Sé que no tienes ni idea de lo que va a sucederte, pero te prometo que cuando te recuperes, te sentirás mejor.

–Yo también –dijo Nicco, inmerso en sus pensamientos.

La carretera hizo una curva hasta que vieron un refugio de cazadores que parecía del siglo XVII. Ella se lo dijo a Nicco.

–Mi abuelo hizo que convirtieran una parte del refugio en

hospital, con el establo en la parte de atrás. Pero quiso mantener la fachada como era originalmente.

–Es hermoso… Es como retroceder en el tiempo…

A excepción de un hombre montando a caballo, no veía señal de actividad.

Callie no esperó a que Nicco la ayudara a bajar. Saltó del camión y miró los árboles centenarios que salpicaban el paisaje.

–¡Nicco! –gritó una voz masculina.

Un hombre mayor lo saludó en italiano desde la puerta de entrada. Nicco le contestó antes de mirarla y decirle:

–Ese es el doctor Donatti. Su esposa, Bianca, y él viven en el apartamento de arriba. Mi padre le ha pedido que te ayude.

Ella sabía que se trataba de una situación delicada que necesitaba manejarse con tacto.

Valentino debía de haber olido a veterinario, porque se pegó a las piernas de Callie y hubo que ordenarle que acompañase a Nicco al refugio.

–Sé cómo se siente el pobre Valentino –le susurró Callie a Nicco–. Es lo que siento yo cuando voy al dentista.

Nicco sonrió.

El refugio contaba con una zona que parecía una sala de estar. Tenía muebles y tapices en las paredes y una enorme chimenea. La otra zona era un comedor con una mesa muy grande y una impresionante araña.

–Doctor Donatti, esta es mi esposa, Callie.

–¡Es un placer, *signora*! Enhorabuena por su boda.

–Gracias.

El viejo veterinario le dio la mano y le sonrió.

Callie se sentía incómoda invadiendo su espacio.

El doctor no tenía más opción que complacer a la familia Tescotti.

–No queremos entretenerlo más de lo necesario. Sé que tiene trabajo… Si fuera tan amable de mostrar a Callie la sala de operaciones… –dijo él.

–Por supuesto. Venga por aquí. Mi esposa está ansiosa por conocerla. Vendrá dentro de un rato del pueblo.

Callie siguió al veterinario hasta el fondo del edificio.

Allí se sintió en territorio conocido: había una antesala y la sala de operaciones propiamente dicha. No era muy distinto de la clínica del doctor Wood.

Mientras ella conversaba con el hombre acerca de lo que iba a hacer, Nicco entró con el perro, un poco asustado. Ella se excusó y

saludó a Valentino.

–Venga, chico. No voy a hacerte daño. Doctor Donatti, ¿puede darle un tranquilizante? Luego empezaremos.

El veterinario le puso una inyección a Valentino. Luego sacó una radiografía. Cuando la tuvo lista consultó con Callie sus resultados.

–Es lo que pensaba, Nicco. Valentino tiene un paladar blando extremadamente carnoso que no le deja respirar bien. Le quitaré un trozo y estará mejor.

Era más complicado que eso, por supuesto, pero lo que importaba era que se hiciera rápido y bien.

Los tres se pusieron máscaras.

–Cuando le ponga la anestesia, podemos empezar, doctor Donatti.

Callie vio los ojos de Valentino clavarse en los de ella.

¡Dios! ¡Que saliera todo bien!, pensó.

–Está todo listo –dijo el veterinario.

Ella se puso los guantes esterilizados y empezó la operación.

El doctor Donatti era un ayudante magnífico, que se anticipaba a todas sus necesidades.

Callie fue explicándole a Nicco lo que iba haciendo.

No llevó mucho tiempo.

Cuando terminó miró a Nicco. Parecía muy pálido.

Se acercó a él, le tomó el brazo y lo acompañó a un banco que había contra la pared. Lo hizo sentar y le quitó la máscara.

–Baja la cabeza y respira hondo –le dijo Callie.

Capítulo 7

CUANDO Callie volvió con su paciente canino, el doctor Donatti se había quitado la máscara. Ella se quitó la suya y miró al hombre con complicidad.

Usó su estetoscopio y escuchó la respiración de Valentino. Estaba bien.

El doctor Donatti le tocó el brazo afectivamente.

–No se preocupe. El perro de Niccolino se pondrá bien. Ha estado en manos expertas.

El veterinario habló con cariño hacia el hijo mayor de la familia Tescotti. El doctor Donatti sabía lo asustada que estaba por Nicco. Si le pasaba algo a Valentino...

–Ha sido un honor colaborar con usted, doctor. Gracias por su ayuda –susurró Callie reprimiendo unas lágrimas.

–El honor ha sido mío.

–Me quedaré aquí con Valentino hasta que se despierte. ¿Puede llevar a Nicco a la cocina para darle algo que lo reanime?

–Justamente iba a proponérselo. Siempre tuvo debilidad por los animales, desde muy joven. Solía traer a casa todo bicho que se encontraba, desde un conejo con una oreja partida a un faisán con un ala rota. Venía con los ojos llenos de lágrimas a rogarme que los curase. Luego salía fuera porque no aguantaba ver la cura.

–¿De qué están hablando? –quiso saber Nicco desde donde estaba sentado.

–Le estaba diciendo a tu esposa que ha hecho un gran trabajo. Tengo ganas de beber algo. Vamos a tomar una taza de café, Nicco. Cuando volvamos, tu perro estará despierto.

–Ve si quieres, Nicco. Yo me quedaré con Valentino –dijo Callie.

–Volveré enseguida –prometió Nicco antes de marcharse con el veterinario.

¡Pobre Nicco!, pensó ella. Tendría que haberse dado cuenta de que sería una experiencia muy traumática para él y haberlo dejado en la sala de espera para que no presenciara la operación.

Como predijo el doctor Donatti, al cabo de un rato Valentino empezó a reaccionar. Contenta, Callie comprobó sus constantes vitales. Todo iba bien.

Aunque iba a dolerle la garganta durante un par de semanas, luego estaría mejor.

Finalmente, el perro abrió los ojos.

–Buenas tardes, Valentino. ¡Me alegro tanto de ver que estás

despierto! ¿Cómo está mi niño? Has sido un buen paciente. Te quiero... –le dio un beso en la cabeza.

–Si sigues así, terminará siendo tu perro.

Al oír la voz de su amo, Valentino alzó la cabeza y lanzó un gemido.

Callie sonrió.

–Eso es imposible. ¡Mira cómo te está mirando!

Nicco se acercó a ella y acarició el lomo de Valentino.

–Gracias a ti, vivirá un año más… O dos –dijo Nicco.

De repente, la estrechó entre sus brazos y, sorpresivamente, le dio un cálido y firme beso en la boca.

¡Pareció tan natural y normal aquel beso que ella lo besó también!

Sin saber cómo, sus labios se abrieron al sentir la presión de los de él. El alivio por el resultado de la operación debía de haber provocado en ambos aquella extraña reacción.

Pero durante el beso, el ritmo de sus respiraciones cambió. la alegría del comienzo pareció transformarse en pasión. Una oleada de ardientes besos la dejó sin sentido.

–¿Nicco, cariño? –gritó una voz femenina desde la puerta–. ¡Oh, perdona...!

–No te preocupes, madre –Nicco dejó de abrasar a Callie con la mirada y dirigió sus ojos hacia la puerta–. Entra, solo estaba dando las gracias a mi esposa por la exitosa operación de Valentino.

Callie se puso colorada.

Sabía por qué se había dejado llevar Nicco, pero su madre debía de pensar que aún seguían de luna de miel. Turbada, Callie dio un paso atrás.

–No quiero interrumpir, hijo. Volveremos más tarde –dijo su madre con un leve toque de burla.

Ahora sabía Callie de quién había heredado Nicco ese tono burlón.

Su padre también había sido testigo del beso.

¡Cuánto lamentaba que hubiera sido así!

Se sintió torpe. Tenía que hacer algo con las manos. Empezó a quitarse la bata. Para horror suyo, se dio cuenta de que llevaba puesta la misma ropa que había usado en la boda.

Aunque se había comprado ropa nueva, no se había molestado en cambiarse. Había preferido usar la ropa vieja en la operación. Pero sus padres no sabían eso y habrían pensado que su nuera era una persona rara.

Volvió a tomar las constantes vitales de Valentino. Mientras

Nicco conversaba con su madre, su padre se acercó a ella.

–¿Cómo está el perro?

–Hasta ahora, bien.

–¿Tenías alguna duda de que saliera bien?

–Nunca se sabe –dijo ella.

–Nicco tiene mucha confianza en ti. Y viniendo del cabezota de mi hijo, puedes tomarlo como un cumplido. Nos alegramos mucho de que se haya casado con una mujer tan maravillosa. Bienvenida a la familia, Callie. ¿Puedo llamarte así, verdad?

–Por supuesto...

La sinceridad del padre de Nicco le llegó al alma. Cuando llegase el momento de marcharse de Italia, se sentiría mal por haber engañado a sus suegros.

Sabía que a Nicco también le preocupaba que sus padres se tomasen demasiado en serio su matrimonio.

–Nuestro hijo nos ha contado que perdiste a tus padres hace años.

–Sí... –ella empezó a temblar.

–Tal vez con el tiempo puedas verme como a un padre y llamarme «papo». ¿Tal vez cuando tengáis un bebé?

Callie se quería morir al oír aquello.

–¿Callie? –interrumpió la madre de Nicco desde el otro extremo de la habitación–. Por favor, ¿podrías usar tu influencia con nuestro hijo y convencerlo de que vengáis a cenar esta noche? Dice que tenéis otros planes, pero seguro que podéis pasar un rato al menos...

–Nos gustaría ir pero... no me atrevo a dejar a Valentino. ¿No podríamos dejarlo para otra oportunidad?

Tal vez el mismo día que recibieran a los periodistas pudieran cumplir con el compromiso de ir a cenar con sus padres. ¡Y nunca más!

–Es una idea estupenda. Os llamaremos para que vengáis otro día –la madre de Nicco palmeó el brazo de Callie antes de acariciar la cabeza de Valentino–. Tú también estás invitado, Valentino, así que haz caso a tu nueva mamá y cúrate pronto.

Lo de su «nueva mamá» fue otro golpe.

–Recuerda lo que te he dicho –susurró el padre de Nicco. La abrazó y luego se arrodilló al lado de Valentino–. Estás en las mejores manos –besó al perro detrás de las orejas.

Toda la familia Tescotti era amante de los animales.

A las nueve y media de la noche, Valentino estaba despierto y

quería marcharse de la sala de operaciones. Callie le quitó el suero. Ya podía irse a casa.

Mientras echaban un vistazo a Valentino, Callie y el doctor Donatti habían estado conversando todo el día acerca de otros casos. A Nicco le habían recomendado que fuera a montar a caballo para que dejara de caminar impacientemente de un lado a otro. Por suerte, les había hecho caso y había desaparecido varias horas.

Callie intentó olvidar su beso de gratitud, pero lamentablemente, empezó a tomarlo de otro modo.

Seguramente Nicco se estaría arrepintiendo de haberla besado.

¡Era una tonta por albergar falsas esperanzas!

La solución era marchase al día siguiente, pero desgraciadamente eso causaría problemas a Enzo.

No obstante, era posible que Nicco prefiriese ese trauma a tener que seguir unos días con una mujer que no amaba.

Si era así, ella se marcharía enseguida, aun sabiendo que se le partiría el corazón cuando lo hiciera.

La idea de separarse de Nicco le resultaba odiosa.

Nicco volvió de mejor humor. La señora Donatti, una mujer encantadora, había preparado comida casera.

–Sigues siendo la mejor cocinera de Torino, Bianca –le dijo Nicco a la esposa del doctor–. Es un privilegio comer en tu mesa. Se está haciendo tarde. Tenemos que llevar a casa a Valentino. Y es hora de que vosotros os acostéis... Ve al camión y siéntate –dijo Nicco mirando a Callie–. Yo llevaré a Valentino. Puede poner la cabeza en tu regazo...

–De acuerdo.

Después de agradecer la cena a sus anfitriones, ella salió. Luego se acomodó en el camión. Era de noche. Nicco apareció enseguida con el perro en brazos. Lo dejó en el asiento. El animal apoyó automáticamente la cabeza en el regazo de Callie.

El doctor Donatti se acercó al camión para darles un frasco de analgésicos.

–Gracias por todo –le dijo ella y le dio la mano.

–Habla como si no fuéramos a vernos nunca más –sonrió el hombre–. Espero que venga por aquí con Valentino dentro de unos días.

–Lo intentaremos –aseguró Nicco.

Aquella falta de compromiso la hirió. Había sido un día maravilloso, pero no era real.

Su matrimonio era una mentira.

Nicco puso en marcha el camión. Después de un rato de viaje

Callie se dio cuenta de que estaban saliendo de la ciudad.

–¿Adónde vamos?

–A la granja.

–¿Por qué?

–A Valentino le gusta mucho estar allí. Puede echarse delante de la chimenea, disfrutar del aire libre, andar por donde quiera. En el apartamento está encerrado. Quiero que esté cómodo en su convalecencia –después de un breve silencio agregó–: ¿Tienes algún problema?

–Hay una sola habitación.

–Nos hemos arreglado antes sin problema.

–Tú y yo no estamos realmente casados...

–Ya hemos hablado de esto en otra oportunidad.

–Sabes a qué me refiero. Cuanto más tiempo continuemos con esta farsa, mayor será el daño que haremos a otras personas, sobre todo a tus padres. Después de lo que han visto hoy, todo esto es muy real para ellos.

–Si este es el modo de decirme que quieres romper con este matrimonio antes de lo acordado, puedes olvidarte de ello.

–Por favor, escúchame. Si quieres, iré yo misma a hablar con tus padres. Cuando sepan que lo has hecho por tu hermano, lo comprenderán.

–¿Has terminado?

–¡No! Tus padres parecen muy felices juntos. No creo que quieran verte condenado a un matrimonio sin amor. ¡Sé que les haría daño!

Él la miró.

–¿Por qué te han dado tantas ganas de volver a California?, ¿porque te he besado? –preguntó él.

Ella se puso colorada.

–Eso creo. Si mi intención fuera acostarme contigo, lo habría hecho la primera noche, cuando tú me invitaste a hacerlo.

Ella cerró los ojos, recordando aquel episodio.

Nicco aminoró la velocidad para dejar pasar a un coche.

–No tienes nada que temer. Si has sobrevivido a la luna de miel, deberías estar tranquila conmigo. Si estuviera buscando ese tipo de placer, conozco a muchas mujeres que...

–¡No hace falta que sigas! ¡Ya lo he comprendido!

–Si ese no es el problema, ¿qué te ha dicho mi padre que te ha puesto tan nerviosa?

–Me ha dicho que podía llamarlo «papo» cuando tengamos un bebé.

Nicco se rio.

–¿Y no le has dicho que de momento es suficiente con Valentino, que es como un bebé?

–No te rías, Nicco. Tu padre hablaba completamente en serio. Tus padres van a sufrir cuando se enteren de que nos vamos a divorciar. Al principio tú también estabas preocupado por ello, así que no intentes negarlo.

–¿Y quién lo niega? Pero recuerda que no hay garantía de que dos personas sigan juntas, ni siquiera cuando su relación está basada en un amor sincero y profundo. Mis padres son adultos que podrán superarlo cuando llegue el momento. Ahora lo que me preocupa es tu estado de inquietud.

–¿El mío?

–Sí. ¿Por qué tienes tanta prisa en marcharte? ¿Hay algo que no me hayas contado?

–No sé a qué te refieres –ella se sintió intimidada por el tono de su voz.

–Yo creo que sabes de qué estoy hablando. ¿Hay algún hombre en tu vida del que no me has hablado?

Ella se quedó callada. Porque él era ese hombre.

–Tu silencio es muy elocuente. ¿Quién es? ¿El doctor Wood?

–¡Oh, por Dios, no! ¡El doctor es mayor, ya tenía hijos cuando yo era pequeña!

–Entonces es ese muchacho que te vendió la Strada 100. Jerry, creo que me has dicho que se llama.

Nicco tenía muy buena memoria.

–Esta es una conversación absurda. No quiero hablar más sobre este tema.

–Me has dicho que está casado, ¿no?

–¡Sí!

–Pero va a verte cada tanto.

–¡Va a ver a su familia!

–Le estará bien empleado encontrarse con la noticia de que estás casada y que vives fuera del país. Sabrá que no sigues a sus pies.

–Él me enseñó a conducir motos, Nicco. Y eso no lo olvidaré jamás.

–Deberías ser lo suficientemente madura como para olvidarte de un sueño de juventud.

Ella sintió una punzada en el corazón. ¿Tenía celos Nicco?

–Tienes casi treinta años. ¿A cuántas chicas has enseñado a conducir motos en tu vida?

Nicco fue disminuyendo la velocidad para meterse en la

carretera que conducía a la granja.

–La única mujer que ha osado acercarse a una de mis motos me dio una lección que jamás olvidaré.

Ella se puso colorada.

–¿Quiere decir eso que tienes otras motos que podría conducir?

–Decide de una vez si te quedas o te marchas.

–¡Por el amor de Dios, Nicco! ¡Sabes que no voy a hacer nada que pueda perjudicar a tu hermano!

Él detuvo el camión en la granja y paró el motor.

–Era lo que pensaba. Pero tenía que estar seguro. Valentino no comprendería que te fueses ahora de su lado.

–¡No podría hacerlo! –susurró ella al perro, que estaba echado con los ojos entrecerrados.

–Espera aquí un momento. Iré adentro a poner una manta en el suelo, frente al fuego.

Cuando Nicco abrió la puerta del camión, entró aire muy frío.

–Aguantaré unas semanas más, Valentino. Cuando el dolor sea insoportable, me marcharé, ¿qué te parece?

Sumida en sus pensamientos, no oyó aproximarse a Nicco y se sorprendió cuando este abrió la puerta del camión.

–Está todo listo. Ven, chico...

El perro alzó la cabeza e intentó levantarse, pero aún estaba inestable. Nicco lo tomó en brazos y lo llevó a la casa. Callie lo siguió con la caja de analgésicos.

El guardés debía de haber encendido el fuego hacía bastante tiempo, porque estaba muy caldeado el ambiente. A ambos lados de la manta había dos colchones. Valentino se echó en la manta.

–Quédate aquí con él mientras traigo el resto de cosas del camión.

Ella asintió. Cuando Nicco se marchó, Callie fue a la cocina a deshacer el comprimido con un cuchillo. Lo mezcló con zumo de naranja y fue a dárselo al perro.

–Venga, bebe, Valentino. Te duele la garganta, pero sé que tienes sed.

Callie hizo lo mismo que había hecho con el gato de Giovanni. Valentino lamió sus dedos y, cuando descubrió que era un sabor dulce, bebió del cuenco.

–Muy bien, muchacho.

Al ver que se lo había bebido todo, ella le sirvió más zumo.

Nicco entró en la habitación con las manos llenas de bolsas. Las puso en la encimera de la cocina y miró con curiosidad el frasco casi vacío.

–Ya ha tomado su medicina –le dijo ella.

–Haces magia…

–No, es sentido común. Cuando me quitaron las amígdalas, tomaba zumo helado. Un perro no es diferente.

–Si quieres irte a la cama, yo puedo ocuparme de que se lo termine –dijo él.

Callie se alegraba de poder tener algo más de ropa. Dejó a Valentino y a su dueño y se marchó a la habitación con las compras que había hecho ese día por la mañana.

Después de ducharse, se puso un camisón y una bata.

Cuando volvió a la chimenea, notó que Nicco había echado más leña. También había llevado mantas y almohadas.

Ansiosa por ayudar, llenó el cuenco de Valentino con agua. Cuando no tuvo nada más que hacer, se echó en el colchón y se deshizo el moño. Empezó a cepillarse el pelo.

Al rato Nicco se echó también. Se había puesto un par de pantalones de chándal azul marino. Estaba muy atractivo con su cabello negro, su piel aceituna y la ropa sport.

Habló con Valentino en italiano. El perro movió la cola.

Ella sonrió.

–¿Qué le has dicho?

Nicco le sonrió, haciéndola derretirse.

–Le he dicho que mañana jugaremos a la pelota en el jardín. Le encanta que se la esconda para que él la vaya a buscar. Y le he preguntado si siente frío o calor.

–¿Valentino? ¡Eres muy listo! –exclamó ella.

Él se rio.

Callie recordó que el doctor Donatti le había sugerido que usara una crema para las manos. Buscó el tubo y se la aplicó.

Nicco la miró.

–¿Eres alérgica?

–Sí. Al jabón que tengo que usar antes de operar.

Él se incorporó con el ceño fruncido.

–Noté la erupción de tus manos cuando te puse el anillo.

–Es inevitable. La mayoría de las mujeres tiene manos hermosas y suaves. Yo no tengo manos de princesa, es irónico, ¿no?

–La mayoría de las mujeres no tiene tu talento.

–Gracias, Nicco. Lo aceptaré como un piropo.

–Lo es.

–Nicco… –ella cerró el tubo de crema–. Yo no estoy acostumbrada a no hacer nada. Cuidaré a Valentino hasta que se cure. Pero dentro de pocos días estará bien…

–Entonces te llevaré a trabajar conmigo.

¡Al fin se lo había dicho!, pensó ella.

–¿A qué te dedicas? ¿Por qué no me lo dices? Con ese contrato que has redactado, debes de ser abogado.

–Frío, frío, frío... No acierta, Valentino.

–¿Marinero entonces?

–Más frío aún. Si tienes paciencia, dentro de unos días lo sabrás.

–¿Es tan misterioso que no puedes decírmelo?

–No. Simplemente quiero tener la satisfacción de sorprenderte y ver tu reacción.

–Me estás intrigando...

–Bien. La intriga es la sal de la vida.

–Con esos genes de la casa Borgia, es natural que me intrigues.

Se miraron a la luz del fuego.

–¿Y mis genes maquiavélicos?

–Esos también.

–¿Te pongo nerviosa?

«Nerviosa, excitada, enamorada, todo...», pensó ella.

–Es posible. No me digas que te conviertes en un monstruo a medianoche…

–Será mejor que no lo descubramos –comentó él.

Se puso de pie y la miró fijamente.

Valentino no era el único que lo miraba embelesado. Una vez más, él la había sorprendido mirándolo embobada.

–Tengo que hablar con los Cozza antes de que se haga más tarde –dijo Nicco.

–¿Son los guardeses?

–Sí. No tardaré. Quédate tranquila. Cerraré la puerta con llave.

–No hay problema.

Cuando se marchó, Callie se quitó la bata y se metió debajo de las mantas.

Nicco estaba un poco extraño. No sabía por qué.

Había tantos aspectos de su personalidad que no conocía... Pero lo único que importaba en aquel momento era que él estaba allí, y que ella se quedaría.

Capítulo 8

AL CABO de tres noches, Callie dejó a Nicco y al perro durmiendo frente al fuego. Salió de puntillas para hablar con su jefe por el teléfono celular de Nicco.

Eran las dos de la madrugada. Esperaba encontrar al doctor Wood aún en la clínica, antes de que se marchara a cenar.

–Hospital Veterinario del condado de Monterey Norte.

–Hola, Janie. Soy Callie. ¿Cómo va todo?

–¡Callie! Va todo muy bien, pero el doctor Wood no se encuentra aquí. Está en casa de los Selander.

–¡No me digas! Por eso llamaba. Quería saber si había parido su yegua.

–Está de parto en este momento.

–Debería estar allí.

–¿En lugar de estar de vacaciones? ¡Estás loca! A mí me hubiera encantado ganar unas vacaciones en Italia. Con todos esos hombres tan seductores, bellos como estatuas... No sé si comprendes lo que quiero decir...

¡Cómo no iba a comprenderlo!

–¿Cómo está Chloe?

–Está en el vestíbulo, entre la sala de operaciones y tu apartamento. Está esperándote.

–¡Oh! –los ojos de Callie se llenaron de lágrimas.

–El doctor Wood se la lleva todas las noches a su casa, con Roxy, para que no se sienta sola. Cree que algo la ayuda.

–¡Es un amor el doctor Wood! ¿Janie? ¿Puedes decirle que he llamado?

–Por supuesto. Le pasaría el teléfono a Chloe, pero no le gusta que se acerquen a ella, excepto el doctor Wood.

–Lo sé, gracias de todos modos, Janie.

–Y hazme caso: diviértete antes de volver a tu casa.

¿Su casa?, pensó Callie.

Prunedale ya no le parecía su casa si Nicco no estaba allí.

Tal vez no hubiera sido buena idea llamar a la clínica. Tenía las emociones a flor de piel.

–¿Callie, estás ahí todavía? –preguntó la recepcionista.

–¿Qué? Sí, por supuesto –contestó mientras se enjugaba unas lágrimas–. Llamaré otro día, Janie, adiós.

Su mundo jamás volvería a ser el mismo, pensó.

Entró en la habitación. Dejó el teléfono sobre la encimera y se

echó en el colchón otra vez.

–¿Echas de menos tu mundo? –dijo él.

Ella se estremeció.

–Quería saber cómo iba todo.

–¿Va todo bien?

–Sí. Siento haberte despertado.

–No me has despertado. No he podido dormir.

–¿Por qué? –Callie lo miró–. ¿Estás enfermo?

–No.

–Entonces ¿qué ocurre? –preguntó Callie, alarmada.

–¿No te has dado cuenta?

Ella se sentó y se quitó el cabello de los ojos.

–¿Notar qué? No comprendo...

–Escucha...

Nicco era un hombre, pero en los días que habían compartido, ella se había dado cuenta de que por momentos podía actuar como un niño.

Valentino estaba despierto. Se levantó en sus cuatro patas, en guardia.

–No oigo nada.

–¡Exactamente! ¡Yo estaba acostumbrado al ronquido de Valentino! Ahora tengo que acostumbrarme al silencio.

Su respuesta fue tan inesperada, que Callie se rio.

–Debiste pensar en eso antes.

–Eso no es todo. Desde que has aparecido tú, ya no es mi perro. Su lugar favorito para dormir es tu pierna. Y yo me siento solo...

–Cierra los ojos y te contaré un cuento.

–¿De qué tipo?

–Del único posible. Había una vez un apuesto príncipe que vivía lejos del reino...

–Mi madre intentó leerme ese cuento de hadas una vez –la interrumpió Nicco–. Pero no me gustó.

–No me extraña. Como tú, el príncipe fue bendecido con todas las riquezas que puede tener un mortal. Sin embargo estaba triste... Como su palacio se hallaba rodeado de bosques, tenía la posibilidad de correr todos los días, lo que lo convirtió en un atleta. Con los años, se hizo amigo de la gente e hizo muchas obras de caridad, pero había un gran desasosiego en él... Todas las tardes, antes de que se pusiera el sol, subía a la torre del castillo y miraba a través de las rejas invisibles de su castillo, deseando ser tan libre como la gente de la ciudad.

Valentino decidió acostarse otra vez. Al menos, el cuento de

Callie estaba sirviendo para dormir al perro.

–Irónicamente, la gente de la ciudad que vivía en el valle, soñaba su propio sueño. Miraban por la ventana de sus apartamentos. Más allá del ruido, más allá de la ropa colgada en la cuerda, miraban con anhelo el castillo que había en la colina, deseando ser el príncipe para poder pasear todo el día en su limusina real con un chófer mientras comían chocolate.

–¿Chocolate? –se rio él.

–Trufas y peras de los árboles frutales de su reino.

–No creo que el príncipe tuviera idea de lo que pensaba esa gente –dijo Nicco, después de reírse nuevamente.

–Es posible. Puesto que toda su energía la consumía en pensar cómo recobrar su libertad.

–¿Para hacer qué?

–¡Ah! ¿No me has dicho que no te gustaban los cuentos de hadas?

–He cambiado de idea.

–Lamentablemente, no sé el resto.

–No me dejes sin saber cómo sigue, ahora que venía lo mejor... Invéntatelo si es necesario. Arriésgate.

Callie lo miró.

–Creí que eso estaba haciendo quedándome aquí contigo.

Él se pasó una mano por el cabello como si estuviera pensando en algo.

–Mañana te mostraré lo que le sucedió al príncipe, así sabrás el final de la historia.

Aunque ella estaba contenta, apenas asintió.

–Me parece bien. Ahora... no sé tú, pero yo tengo sueño.

En cuanto apoyó la cabeza en la almohada, lo sintió moverse a su lado.

Nicco se había tumbado en su cama, como la primera noche en la granja.

–¿Qué estás haciendo?

Él hundió la cabeza en su cabello recién lavado.

–No te importa que me abrace a ti, ¿verdad? Tengo frío.

Eran las mismas palabras que había usado ella la primera noche.

–¿No hay... más leña fuera? –preguntó Callie.

–No. Tengo que cortar más –él la rodeó con su brazo.

Ella esperó interminablemente que él le diera un beso. Al ver que no ocurría, lo ayudó girándose un poco. Desde que la había besado en la sala de operaciones, había estado deseando encontrarse en sus brazos nuevamente.

–¿Nicco?
No contestó.
Callie levantó la cabeza y vio que se había quedado dormido.
El resto de la noche fue una agonía, atrapada entre un perro y el hombre que amaba.
Pero logró dormirse. Cuando se despertó, se encontró sola.
Nicco le había dejado una nota en la cocina, en la que le decía que había llevado a Valentino a casa de los Cozza.

...cuando vuelva, iremos a dar una vuelta en moto. Hace frío. Será mejor que te pongas algo de abrigo.

Callie se emocionó ante el plan. Al fin se enteraría de qué hacía aquel ex príncipe para ganarse la vida. Seguramente estaría deseando volver a su actividad diaria y olvidarse de aquel matrimonio.
Después de desayunar frugalmente, se recogió el cabello y se pintó los labios. Hasta entonces no había usado maquillaje.
Miró lo que había comprado sentada en la cama. Decidió ponerse un pantalón vaquero color crema y un jersey de manga larga y cuello de cisne. Quedaba muy bien con su nueva chaqueta y sus sandalias de piel.
Cuando Nicco apareció no dijo nada de su atuendo. Sin embargo, la miró algo más de lo normal, y eso hizo que le temblaran las rodillas.
Salieron juntos de la casa. Nicco ya había sacado la moto del garaje. Callie se acercó.
–Al sol parece una llama... Tiene mucha personalidad. Es como si dijera: «estoy aquí, móntame si te atreves».
–Si no recuerdo mal, ya has montado.
Se miraron un momento.
–Siento haberlo hecho, Nicco.
–Es mejor que no digas nada –se burló él–. Ambos sabemos, que llegado el caso, lo volverías a intentar. Te conozco lo suficiente como para saber que somos de la misma especie –Nicco se subió a la moto.
«¿De la misma especie?»
Ella se subió y se agarró a él.
–Para que lo sepas: ¡yo desciendo de los vikingos!
Él se rio.
–Eso es lo que pensé cuando te vi el primer día en el aeropuerto. Eres mucha mujer, *esposa mia.* La mayoría de los hombres te

temerían.

Callie le contestó, pero el ruido del motor ahogó sus palabras.

Era feliz con aquel hombre.

Después de pasar por las afueras de Torino, Nicco se dirigió al este hasta llegar a un desvío que los llevó a una zona industrial.

Se detuvo en la parte trasera de un edificio pequeño. Cuando bajaron de la moto, Nicco abrió la puerta de entrada y la hizo pasar a una oficina.

Estaba llena de ordenadores.

Él se quitó el casco y se dirigió a su escritorio.

–¿Tienes una empresa de ordenadores o algo así? –preguntó ella.

Lo vio encender un ordenador. Le pareció que no había oído su pregunta.

Se acercó a él y miró la pantalla.

Apareció un diseño de una Danelli NT-1. Con un movimiento del ratón, pasaron al diseño del motor.

–NT... Nicco Tescotti –susurró ella, como si las piezas de un puzzle empezaran a encajar.

¡Nicco era ingeniero mecánico!, reflexionó.

–¡Has reemplazado a Ernesto Strada...!

¡Por eso Nicco había tenido acceso a información privilegiada!

Él meneó la cabeza.

–Nunca podré igualar a semejante genio. Era un hombre fuera de serie. Todos pensaban que estaba loco, todos menos Luca.

–Mi Strada 100 todavía sirve para competiciones.

Nicco asintió.

–Yo solo he afinado un poco usando diseño digital EDF. Ahora va todo con inyección de fuel. A Luca le gustaron estos cambios. Una cosa llevó a la otra. Decidió sacar al mercado nuevamente motos Danelli y me hizo participar en su proyecto.

–No seas tan modesto, Nicco. Por favor, muéstrame qué más has diseñado.

Él tecleó algo. Mientras esperaban que apareciera en pantalla, Nicco dijo:

–Las motos que vas a ver son de carretera, no para competiciones. A excepción de ciertos contactos con unos pocos distribuidores en Europa, he hecho la mayoría de las ventas por internet.

–Apuesto a que tienes pedidos de todo el mundo...

Él asintió.

–Es una pena que Ernesto no contase con Internet entonces. Aquí tienes uno de nuestros modelos más populares. Es el de seiscientos

centímetros cúbicos. especialmente diseñado para comodidad en los viajes largos. Cada vez conducen más mujeres. Quería atraer al sexo femenino con estos modelos, pero a los hombres parecen gustarles también.

Vieron todos los modelos en pantalla. Eran increíbles.

–¡Oh! ¡No sabría cuál escoger! –gritó, excitada–. Son todas hermosas.

–A este modelo lo he bautizado *La Dolce Vita*.

–«La buena vida» –ella leyó la traducción en voz alta–. Es un nombre perfecto para esta moto.

Nicco sonrió.

–¡Y yo que creí que el pobre príncipe no sabía nada de esto! No me extraña que se vendan como rosquillas. Muéstrame más.

Ella oyó el ruido del ratón y otro modelo apareció en la pantalla.

–Esta es de mil centímetros cúbicos, para atraer al piloto de carreras que quiere algo potente aun cuando no compite. Está en colores primarios.

–La has llamado *Sidewinder*. Eso quiere decir «serpiente de cascabel» en el sitio de donde yo provengo.

–Esa serpiente tiene movimientos laterales y echa veneno por el costado. Exactamente lo que quiere el conductor de esta moto cuando anda por la montaña.

–¡Muéstramelas todas!

Nicco se las fue enseñando una a una.

Cuando terminó ella protestó.

–No me digas que no tienes más…

–El resto son motos de carreras.

–¿Como la tuya roja?

–Sí.

–¿Cómo se llama la tuya?

–«El monstruo».

–¡Muy apropiado!

Él se rio.

–Bien, Nicco Tescotti. Confiesa. Ahora quiero ver tu arma secreta para la mujer piloto de carreras.

–¿Crees que tengo una?

–Sé que tienes una.

Él se puso de pie. Cuando se miraron, el fuego de la pasión ardió en sus ojos. Pero era una pasión que él se reservaba para su trabajo.

–Esa fe merece una recompensa –dijo.

Ella lo siguió. Nicco se dirigió a una habitación al final del corredor. Cuando la hizo entrar, ella dejó escapar un suspiro de

asombro.

En medio de la habitación había una moto diferente a todas las que había visto en su vida. Encandilada por los colores de la máquina dorada, plateada y crema, Callie se quedó sin palabras.

–¿Te gusta?

–¿Cómo puedes preguntármelo? ¡No he visto nada tan hermoso en mi vida! ¡Realmente es un arma secreta! Si la vieran en la carretera, habría muchos accidentes, porque los demás conductores la mirarían y se olvidarían de lo que están haciendo...

–Estoy de acuerdo –dijo él con voz sensual.

–Yo... Imagino que Lancelot debe de haber producido el mismo impacto en quien lo viera cuando galopaba bajo en sol con su armadura...

Nicco sonrió.

–En realidad, yo tenía en mente a Lady Godiva cuando la diseñé. El brillo de su cabello bajo en sol... Impresionante...

–Te refieres a cuando hay viento. ¿Así que eso es lo que estaba soñando el príncipe cuando miraba por la ventana de su torre? –bromeó ella.

–Algo así –dijo él con picardía.

Ella sintió que le fallaban las piernas.

–¿Cómo la has llamado?

–Todavía no lo he decidido. Tengo dos nombres.

–¿No me los vas a decir?

–Me temo que no. Este modelo no está a la venta todavía.

–¿Por qué?

–Lo he probado en pista, pero no en carretera.

–Casi preferiría no haberla visto –dijo Callie–. Hay un mandamiento que prohíbe codiciar lo ajeno... –dijo ella seriamente.

Nicco se rio. A ella le encantaba verlo reír así.

–No es gracioso, Nicco. Cuando vuelva a mi casa, tendré que conformarme con mi Strada 100. Claro que soy feliz con ella. Pero sabes qué quiero decir. Gracias por traerme a tu trabajo. Me ha encantado. Ahora será mejor que me lleves a la granja. Valentino estará esperando para dar un paseo.

–¿No quieres que demos una vuelta por la fábrica primero?

–No, prefiero que no. Como solía decir mi madre: si no puedes permitírtelo, es mejor que no vayas a ver escaparates.

–Tu madre debe haber sido una persona sabia.

–Lo era. Si hubiera vivido debajo del castillo del príncipe, habría mirado hacia arriba solo una vez, nunca más.

–No es común semejante disciplina.

–Lo sé. Mi hermana se ha sentido tan frustrada que se ha jurado no volver a pasar estrecheces. Estoy empezando a pensar que tiene razón. Con mi sueldo de veterinaria, solo podría permitírmelo ahorrando durante treinta años. Pero entonces seré demasiado vieja para conducir motos –se quejó Callie.

–Bueno, entonces será mejor que aceptes mi oferta ahora.

–¿Qué oferta?

–Desde que te vi robar mi moto quiero llevarte de viaje conmigo.

–Estás de broma, ¿verdad?

–Verás... Tienes que llevar la ropa adecuada.

Nicco se puso a buscar en estantes. Sacó un conjunto de cazadora, guantes y casco a juego. La ayudó a ponérselo.

–Nicco... ¡No sabía que hacían accesorios para motos de este color!

–Este conjunto ha sido diseñado especialmente para que hiciera juego con la moto.

Ella se quedó petrificada.

–¿Vas a dejarme conducir esta moto?

–¿Por qué no? ¿Dónde está la osada que planeó su huida en cuanto vio mi moto?

Callie se sonrojó.

–¿Y si sucede algo...?

–Dios mediante, volveremos sanos y salvos ambos –le dijo Nicco–. Ven. Yo la llevaré afuera. Puedes probarla en el aparcamiento unos minutos antes de salir a la carretera.

Callie estaba excitada.

–¿Adónde iremos?

–¡Ahora que sé que te gusta el chocolate, he pensado que podríamos ir a Suiza! –gritó él por encima del hombro.

–¡Siempre he querido ir! –gritó ella corriendo detrás.

Al cabo de pocos minutos, Callie estaba montada en la magnífica moto. No podía creerlo.

Nicco entró a buscar su equipo. Cerró y se dispuso a partir. La observó acercarse a él.

–¿Qué le parece, *signora* Tescotti?

–Si Jerry pudiera verme en este momento, no lo creería... ¡Oh, Nicco, es el día más emocionante de mi vida! No tengo palabras para agradecerte lo...

Pero antes de que pudiera terminar de agradecérselo, Nicco salió con su moto a gran velocidad.

¿Qué sucedía? ¿Por qué se había ido así sin decirle nada?

Si ella hubiera tenido su Strada, habría sido distinto. ¡Pero estaba con la moto de carreras mejor del mundo! Una moto que no era suya y que jamás podría pagar.

Tal vez él estuviera retándola, a ver si era capaz de correr en carretera. Algo maquiavélico, seguramente. En ese caso tendría que demostrarle quién era ella y rogar que no le sucediera nada a la moto…

Callie salió a gran velocidad. Un par de chicos en vespas le silbaron y trataron en vano de alcanzarla. Ella aumentó la velocidad para alcanzar a Nicco.

La persecución terminó porque su moto era muy potente. Al poco rato, dejaron Torino y empezaron a subir la montaña.

El tráfico era aceptable, así que pudo moverse con facilidad sin cambiar de marcha.

Nicco se debía de haber apiadado de ella, porque en la siguiente curva se acercó.

Cuando Callie lo miró, él levantó los pulgares en señal de victoria. Ella se sintió halagada.

Ahora que parecía el mismo de antes, se sentía aliviada y podía disfrutar del paisaje.

No había visto el lago Maggiore más que en fotos. ¡Era increíble al natural!

Atravesaron un valle y salieron en la siguiente desviación. Luego tomaron otra carretera que se alejaba del lago y rodeaba las montañas.

No había tráfico en aquella zona y pudieron disfrutar de las curvas mientras seguían rumbo al norte.

Aunque parecían oírse truenos, Nicco no hizo caso.

Como si fueran niños que han salido a jugar, disfrutaron de viajar sin rumbo y de la magia de aquel lugar.

Todo habría sido perfecto si no hubiera empezado a llover. Al rato se levantó viento.

Nicco le hizo señas de que lo siguiera. Empezaron a bajar la montaña hacia el pueblo que ella había visto en el extremo norte del lago.

Por suerte, él no condujo tan rápido como debía de hacerlo cuando iba solo. La carretera estaba mojada y las ruedas no se agarraban muy bien.

Cuando finalmente llegaron a Locarno, donde ella vio la bandera suiza ondeando en los hoteles, llovía torrencialmente.

Afortunadamente Nicco sabía adónde ir. Encontraron una estación de servicio donde aparcar y llenar los depósitos.

Hacía mucho frío.

–He oído decir que esta tormenta no parará hasta mañana y he llamado a una casa de huéspedes donde me he quedado otras veces, no muy lejos de aquí. Tienen sitio. Vamos...

Callie se puso nerviosa. Desde que estaba en Italia había compartido con él el apartamento, el barco y la granja. Pasar una noche con él en el hotel no debía ser diferente.

Pero lo era.

Aquella noche no tendría a Valentino como escudo.

Capítulo 9

AQUÍ tiene. *Affettato musto, cazzola, nocino y torte della nonna* –dijo una mujer suiza de mejillas rosadas. Regentaba la casa de huéspedes con su marido. Dejó la cena en la habitación y la puso sobre la mesa que había cerca de la chimenea–. Que disfruten de la cena –dijo en inglés con acento de Ticino.

–*Grazie* –respondió Nicco y cerró la puerta cuando la mujer se marchó.

El fuego ardía en la chimenea; la lluvia golpeaba en los cristales. La escena no podía ser más acogedora. O más romántica.

Pero ¿qué significaba ella para él?

–¡Todo suena tan especial cuando lo dices en italiano! –comentó ella–. ¿Qué es *affettato*?

–Nada excitante.

Por primera vez, Nicco parecía aburrido. Y a Callie le dolió.

–Es salami y jamón. Y de segundo plato, distintos tipos de salchichas con patatas y queso. El postre es una tarta con azúcar quemada que es deliciosa. El *nocino* no creo que te interese.

–¿Qué es?

–Licor de grappa de sabor fuerte. Es excelente para terminar la cena, después de una taza de café.

–Tengo que probarlo luego.

–Nuestro paseo parece haber despertado tu faceta más aventurera.

Nicco estaba actuando de forma un poco extraña nuevamente. Algo sucedía. Callie comenzó a comer y entonces el silencio se instaló entre ellos. A mitad de la cena, ella no aguantó más y habló.

–Jamás voy a olvidar el día de hoy, Nicco. Empecé a darte las gracias cuando llegamos a tu oficina, pero te marchaste antes de que pudiera terminar de decírtelo.

Él terminó sus patatas.

–No tienes que agradecerme nada. Te dije que si cooperabas en la ceremonia, podrías elegir la moto que quisieras como regalo de boda. Yo siempre cumplo mis promesas.

Callie dejó el tenedor. Había perdido el apetito.

–No puedo quedarme con la moto.

–¿Por qué? ¿Porque tu extraño código del honor no te permite aceptar un regalo mío si antes no hemos dormido juntos? Si eso es lo que te está impidiendo aceptarla, podemos remediar la situación esta noche.

–No bromees con algo que es sagrado para mí –respondió ella.

–¿Quieres decir que tienes intención de reservarte para ese...?, ¿cómo se llama?, ¡ah, sí!, Jerry…, ¿de reservarte para ese Jerry hasta el fin de tus días?

–De adolescente estaba colada por Jerry, pero él tenía ocho años más que yo y me trataba como a una niña. Siempre hemos compartido nuestra afición por las motos, por eso seguimos siendo amigos...

–Pero Jerry ha estado en tu mente hasta hoy... –insistió Nicco.

Callie se puso de pie.

–Es posible, porque tenía una Danelli y fue él quien me inició en el deporte. Si supiera que he estado conduciendo por los Alpes una moto de carreras último modelo, creación del ingeniero jefe de Danelli, le daría un ataque. No me creería.

–¿Sigue corriendo carreras?

–No. Ahora que tienen dos niños, su esposa le ha hecho dejarlas.

–¡Pobre hombre! –murmuró Nicco en voz baja.

–No todos los hombres aman la libertad tanto como tú, Nicco. Te prometo que desapareceré de tu vida en cuanto terminen los treinta días –ella caminó hacia la puerta.

–¿Adónde vas?

–Abajo. A comprar unos mapas y unas postales que he visto en la recepción del hotel.

–Iré contigo.

–No... Por favor, quédate y disfruta de tu café.

Él se puso de pie.

–Prefiero acompañar a mi esposa en vez de quedarme solo bebiendo café.

Callie dudó antes de abrir la puerta.

–Por favor, no te refieras a mí de ese modo.

–¿De qué modo? –preguntó él, frunciendo el ceño–. Para bien o para mal, eres mi esposa. Y la moto es tuya, lo aceptes o no.

–No he hecho nada para merecerla. Tuviste que llevarme a rastras a la iglesia.

–Es cierto –él se acercó–. Pero podrías haber hecho una escena delante del sacerdote, y no la hiciste. Por ese gesto, no solo tienes mi gratitud sino la de Enzo.

–Pero no por eso tienes que regalarme algo que vale ciento cincuenta mil dólares. Si hay alguien que debe comprender, eres tú.

Él la miró con aquellos ojos negros, impenetrables.

Ella continuó:

–Me imagino que una de las razones por la que has renunciado

al trono es que no te sentías con derecho a todos esos títulos y tierras que no habías ganado con el sudor de tu frente. Yo te respeto mucho por haber actuado de acuerdo a tus principios.

–Admito que ese fue uno de los motivos, pero no el único.

Al parecer, Nicco no quería compartir aquello. Así que no había nada más que decir. Callie abrió la puerta.

–¡Príncipe Tescotti, Princesa! ¡Mírennos, por favor!

Callie no estaba acostumbrada a aquel ataque de flashes y se resguardó en el pecho de Nicco.

Él cerró la puerta y rodeó a Callie con sus brazos.

–Temía que los paparazzi pudieran estar aquí. Por eso no quería que bajaras sola.

–Me han pillado por sorpresa, eso es todo. Debí recordar cuánto odiabas a la prensa y haberme quedado aquí por ti.

–Olvídalo, Callie. Eres tú quien necesita protección. Hasta que regreses a California, creo que permaneceremos en la granja, donde puedas disfrutar de tu libertad en relativa intimidad.

Ella cerró los ojos con fuerza. Él había dejado muy claro que habría divorcio.

Bebería algo para sentirse más fuerte.

–Me gustaría probar ese licor –ella se liberó de su abrazo–. ¿Quieres una copa? –Callie se acercó a la mesa.

Él no contestó.

Pero ella se la sirvió igualmente.

–Antes de pedirte un favor, me gustaría hacer un brindis. Por ti, Nicco. No eres un lobo vestido de cordero, de lo que te acusé cuando mi hermana me propuso reemplazarla.

Chocaron sus copas. Luego Callie sorbió el oscuro líquido.

Nicco no bebió. Se quedó quieto, una actitud que la puso más nerviosa aún.

–Ahora, el favor: ¿Podrías ser tan amable de preguntar al doctor Donatti si puedo quedarme en su consulta hasta que nos separemos? Tú necesitas volver a tu trabajo y yo tengo que ocuparme en algo. Como la clínica está ubicada en una finca llena de bosques con su fauna, hay mucho que hacer. Si a él no le importase, yo podría aprender mucho allí.

Nicco sorbió su licor.

–No serías capaz de quedarte allí por la noche –dijo él un poco agresivamente.

–No, claro que no. Eso echaría por tierra todo tu plan. Pero podrías dejarme en la granja cuando te fueras a trabajar, y recogerme cuando volvieses de la oficina. Mantendríamos la

apariencia de un matrimonio normal.

–Si eso te hace feliz… –dijo él con gesto de contrariedad.

Había sido más fácil de lo que pensaba. Sin duda Nicco se había estado preguntando qué hacer con ella las semanas que faltaban.

–Te agradecería que se lo consultases. Gracias –ella dejó su copa en la mesa–. A no ser que prefieras hacerlo tú primero, yo me daría una ducha...

Él hizo un asentimiento de cabeza casi imperceptible.

–No tengo prisa. El favor que quiero pedirte yo… puede esperar.

Ella se sintió excitada y alarmada a la vez.

Cuando volvió de la ducha, Nicco estaba hablando por teléfono. Alguien había ido a recoger los restos de la cena.

Callie se acostó.

–¡Oh! –exclamó al encontrar una barra de chocolate encima de la almohada que acababa de destapar–. Gracias, Nicco. Has sido muy amable.

–Cualquier cosa para complacer a mi esposa.

¿Qué buscaría con aquella actitud tan solícita?, se preguntó Callie.

–¿Qué... qué favor querías pedirme?

–Al ver la maestría con la que conduces la moto, me han venido varias ideas a la cabeza.

–Ambos sabemos que soy una aficionada –dijo ella meneando la cabeza.

–Aunque no te has dedicado a las carreras, tienes un talento natural que muchos profesionales quisieran para sí. Yo sé lo que te digo. Tienes que creerme.

–Gracias, Nicco... pero yo...

–Varios editores de revistas de motos llevan años persiguiéndome para que les conceda una entrevista. Luca me ha estado insistiendo también.

–Es comprensible que no lo hayas hecho... –dijo ella con voz temblorosa–. En eso, créeme tú.

–Si no lo hiciera, no te habría dejado la moto. Tengo la sensación de que un modelo para mujer me permitirá recuperar la fortuna de Luca. Tus palabras fueron proféticas cuando la llamaste «mi arma secreta».

–Fue un presentimiento. Esa moto es toda una revolución. ¡Debe de darte mucha rabia saber que lo único que les interesa a esos periodistas es hacer una entrevista al ex príncipe! ¡Saben que venderían millones de revistas! ¡No se dan cuenta de que jamás te prestarás a eso!

–A eso, no. Pero con tu ayuda, podría promocionar nuestro nuevo producto, sin mezclarlo con mi pasado.

Ella hubiera hecho cualquier cosa por él, pero tenía que controlar sus sentimientos.

–Me temo que ayudarte a promocionar tus motos no entra en el contrato que firmamos, Nicco.

–No hay problema. Lo que tengo en mente ocurrirá después de que te acompañe de regreso a Estados Unidos.

¿Es que tampoco Nicco quería separarse de ella?

–¿Por.. por qué quieres volver conmigo?

–Para hacerte una foto conduciendo la Strada 100 en el campo, con tu bata de veterinaria. Esa imagen tuya ha cristalizado ciertas ideas que tenía para un artículo. Ha sido como una revelación.

¡Dios santo! ¡Y ella que había pensado...!

–Entonces, ¿ese es el favor? ¿Que pose en la moto?

Él alzó una ceja.

–No tienes que hacer nada especial. El fotógrafo te hará fotos en tu vida diaria, mientras haces tus rondas de rutina. Ni te darás cuenta de que te están fotografiando.

Ella desvió la mirada.

–Durante años –prosiguió él– he querido corresponder a Ernesto y a Luca por su confianza en mí. Siempre he querido hacer algo que demuestre la trayectoria de la marca, desde la guerra hasta nuestros días. La esencia del artículo será mostrar el impacto que han tenido nuestras motos, no solo en las carreras sino en la sociedad en general. Una foto de una veterinaria moderna subida a uno de los antiguos modelos de Ernesto reforzará la idea de solidez de la marca.

Nicco la miró.

–Tu viaje a Italia debió de ser cosa del destino... Estoy seguro de que habrá una foto perfecta.

Callie intentó recuperarse de su decepción y dijo:

–Una foto en la que la moto y yo estemos… ¿cubiertas de barro, por ejemplo?

–Algo así –dijo él, divertido–. El texto podría ser: «Ni una veterinaria de Prunedale, California, puede vivir sin una Strada 100».

Ella tuvo que admitir que su idea era ingeniosa.

Estuvo a punto de decir que Jerry iba a caerse de espaldas cuando descubriese que la moto que le había vendido aparecía en la portada de la revista. Pero al recordar la reacción que había tenido Nicco la última vez que había nombrado a su vecino, prefirió

callarse.

–Sabes que soy una admiradora de la Danelli Strada, así que puedes contar con mi colaboración. El fotógrafo puede ponerse en contacto conmigo. No hará falta que vengas. Al igual que tú, yo siempre cumplo mis promesas.

–Me alegro de oírlo, pero no habrá exclusiva si yo no superviso todos los detalles del artículo, incluso las fotos. En cualquier caso, seguirás siendo mi esposa.

–¿De qué estás hablando? El contrato dura treinta días. A partir de entonces cualquiera de las partes puede divorciarse.

–Tu memoria es excelente –dijo él con tono paternalista–. Pero no sabemos cuánto tiempo puede tardar el divorcio. Eso lo tiene que decidir un juez italiano.

–Seguramente el nombre de los Tescotti hará que todo sea más fácil.

–Supongo.

–¿Qué quieres decir?

–Solo que nuestros tribunales son muy lentos. Hasta que no sea oficial el divorcio, seguirás siendo responsabilidad mía.

–No te preocupes, Nicco. Con un océano entre nosotros, es como si nuestro matrimonio jamás hubiera existido.

–Si no fuera un ex príncipe… Pero hay un protocolo que todo Tescotti tiene que seguir si está casado. Hasta que haya una sentencia de divorcio, debo protegerte.

–No me hace falta.

Él la miró.

–No obstante, me niego a ser el único Tescotti que infringe una obligación matrimonial. Así que tú y yo viviremos en California hasta que se disuelva el matrimonio.

–¡Pero eso es una locura!

–Pero es así –Nicco puso los brazos en jarras, en una actitud muy masculina.

Ella se derritió al verlo.

–Me da la impresión de que no ves la hora de reencontrarte con Chloe y de seguir con tu profesión –siguió Nicco.

–¡Es verdad! –dijo sinceramente ella.

Su compañía la estaba matando…

–¿Pero no habías dicho que le ibas a dar a la prensa un chisme?, ¿ese artículo del príncipe con el corazón roto por una esposa que lo deja por diferencias irreconciliables debido a las diferentes nacionalidades?

–Eso no ha cambiado. En cuanto lo vean mis padres, intentarán

ponerse en contacto conmigo. Enzo les dirá que te he seguido a Prunedale para intentar salvar nuestro matrimonio.

Ella se sintió aterrorizada.

–¡Pero no puedes dejar tu trabajo!

–El portátil es un gran invento. Puedo trabajar desde allí mientras tú te ocupas de tus obligaciones.

Ella estaba desesperada por encontrar el modo de escapar de aquella situación.

–El apartamento no es lo suficientemente grande como para dos.

–Mi barca era más pequeña…

–Valentino sufrirá mucho cuando te marches.

–Es feliz en la granja de los Cozza cuando tengo que viajar.

–Nicco… No quiero que estés en Prunedale.

–Lo sé. Recuerda que esta situación es producto del cariño que le tengo a mi hermano. Si no me equivoco, fue el amor hacia tu hermana lo que te hizo venir. Ten un poco de paciencia que este juego se acabará.

–Es un juego terrible –dijo ella con voz temblorosa.

–Tal vez ahora puedas comprender, en parte, el peso que tiene que soportar el pobre príncipe que mira a través de la ventana de su torre…

–¿«En parte»? ¿Qué más tiene que soportar?

Él hizo caso omiso de su pregunta y dijo:

–Después de ducharme, dormiré en el sofá.

–¿Por qué no me respondes? –ella se irguió.

–No tienes nada de qué preocuparte.

La expresión de Nicco no la dejó tranquila.

–Nicco, ¿te ocurre algo malo?

–¿Me lo estás preguntando como profesional de la Medicina?

–Quizá. Se me ha ocurrido que tal vez tengas otra razón para rechazar el trono, una razón que tus padres no conocen aún.

–¿Y qué crees que podría ser? –preguntó él burlonamente.

–¿Una enfermedad degenerativa, tal vez? Algo que te ha hecho decidir que no quieres casarte para no hacer desdichada a la mujer que amas?

–Es una teoría muy interesante. Si fuera el caso, ¿por qué iba a importarte?

–Soy un ser humano que se preocupa por otro ser humano. Y no querría que estuvieras solo ante algo tan terrible.

–No estoy solo ahora.

–¡No me tomes el pelo con esto! Me refiero a una compañera que esté a tu lado siempre.

–¿Quieres decir que tienes ganas empezar a trabajar ahora mismo?

Ella estaba preocupada seriamente por lo que pudiera ocurrirle a él.

–Dime la verdad. ¿Tienes alguna enfermedad?

–Me temo que todos tenemos que enfrentarnos a la muerte algún día.

Sin poder controlarse, Callie se levantó de la cama y fue hacia él. Lo agarró del brazo y dijo:

–Por favor, Nicco, no me engañes. No lo soporto.

–No me imaginé que pudiera importarte tanto.

–¡Basta!

–¿Basta qué? –preguntó él.

–No te burles de todo lo que digo. Por una vez en tu vida, háblame en serio.

–¿Es algo serio esto para ti? –preguntó Nicco.

Bajó la cabeza y la besó.

–Callie... –le escuchó susurrar mientras la apretaba contra su musculoso físico.

La siguió besando con desesperación, con el mismo deseo que sentía ella.

Lentamente, se fueron acercando a la cama, abrazados.

Ella echó la cabeza hacia atrás, ofreciéndole todo lo que podía darle, con el deseo infinito de que aquel éxtasis siguiera eternamente.

Fue el paraíso de los sentidos. Cuando él finalmente dejó de besarla, ella gimió en protesta.

–No pares, Nicco. Estoy contigo. No estás solo.

Él hundió su cara en el cuello de ella.

–¿Llegarías hasta el punto de tener un hijo conmigo?

–Si eso te hiciera feliz, sí –susurró Callie sin dudarlo.

Él frotó su cara contra la de ella, luego le besó los párpados, la nariz, su ávida boca.

–Eres una mujer extraordinaria –dijo Nicco.

«Soy una mujer enamorada», le habría dicho Callie.

–Me pregunto si tu respuesta sería la misma si supieras que no corro peligro de morir joven.

Callie tardó en darse cuenta de lo que quería decir Nicco. Aún estaba envuelta en su pasión y tardó en reaccionar.

–¿Quieres decir que no tienes una enfermedad incurable?

Se sintió ofendida y lo apartó con todas sus fuerzas. Se puso de pie.

Él también saltó de la cama.

–Yo no dije nunca que la tuviera.

Ella se ajustó el cinturón de su albornoz.

–No, solo hiciste que lo creyera.

–No pude evitarlo. No he conocido a nadie con semejante espíritu de sacrificio. Ahora comprendo cómo consiguió tu hermana que vinieras en su lugar.

–¡Maldito seas, Nicco! –exclamó Callie.

–No me digas que no te ha gustado esta experiencia, porque no lo creo.

Callie se dio la vuelta hacia el otro lado. Quería hacer algo para controlar sus turbulentas emociones. Se acercó a la colcha y buscó el chocolate entre las mantas.

–Aunque ha sido breve, ha sido delicioso. Incluso he estado a punto de olvidarme de que estabas dispuesta a tener un hijo conmigo por pena y no por amor.

–¡Has logrado lo que querías, Nicco!

–Reconozco que por momentos me ha sido difícil reconocer la diferencia.

Antes de que contestase, él la rodeó con sus brazos y dio un mordisco al chocolate que ella tenía en la mano.

–¡Mmm! Es casi tan delicioso como tú –Nicco le dio otro beso en el cuello antes de desaparecer en dirección al cuarto de baño.

Callie dejó escapar una lágrima.

Mientras él estaba en la ducha, buscó el teléfono móvil de Nicco y llamó a Ann. Se estaría levantando a aquella hora.

Una docena de periodistas llenaban el apartamento. Valentino iba de un lado a otro. Callie estaba sentada junto a Nicco en el sofá. Él la rodeaba con un brazo.

Nicco jugó el papel de devoto marido delante de la prensa.

Desde el episodio de Locarno, no había habido más contacto físico entre ellos hasta aquel momento.

Ni habían vuelto a hablar del artículo de la revista. Ni del futuro. Pero Callie le había dicho que no harían una visita a sus padres.

Una semana más tarde, irían a California. Allí tenía una sorpresa para él. Pero hasta entonces, dejaría en manos de Nicco la entrevista. Era importante que protegiera a Enzo.

–Podéis hacer preguntas por turnos –sugirió Nicco a los periodistas.

Uno de ellos carraspeó y preguntó:
–Queremos saber cómo se conocieron.
–Mi hermano la conoció primero, en una reciente visita a Estados Unidos. A su regreso me mostró una foto de ella. Cuando la vi y le comenté a mi hermano lo guapa que era, él me comentó que vendría a Italia para comprar una moto. Como yo me dedico al diseño de motos, le dije que estaría encantado de ayudarla a elegir. Callie esperaba a mi hermano en el aeropuerto. Pero me encontró a mí. Y desde entonces he sido su prisionero.
La siguiente fue una periodista. Sonrió a Callie.
–¿Qué pensó cuando conoció al ex príncipe?
–Que era moreno y tenía un aspecto de peligro. Y en cuanto me secuestró me di cuenta de que mis instintos no me habían engañado.
–Pero no le importó en realidad...
–Lo perdoné al ver lo bien que conducía la moto. ¡Es un gran diseñador y un piloto excepcional! El motociclismo es uno de mis hobbies.
–¿Qué la decidió a casarse con él tan rápidamente?
Nicco había estado acariciando su cuello, pero cuando hicieron aquella pregunta dejó la mano quieta.
–Valentino.
Al oír su nombre, el perro puso la cabeza en la rodilla de Callie.
–Este hermoso animal me robó el corazón –dijo ella.
–Mi esposa es veterinaria. Trabaja en California –explicó Nicco.
–Con esos ojos, ¿quién podía resistirse? –dijo Callie, acariciando al perro.
–¿Cómo van a solucionar el problema de sus profesiones en distintos países?
–Aún estamos de luna de miel y no lo hemos pensado.
La periodista volvió a hablar:
–¿Qué se siente al estar casada con un príncipe?
–Si nos hubiéramos casado antes de que Nicco hubiera renunciado a su título, podría contestar a esa pregunta, pero como no ha sido así, es lo mismo que estar casada con cualquier hombre que trabaja de ocho a seis de la tarde. Tenemos que ajustar nuestros gastos, porque Nicco invierte todo lo que puede en su empresa. Ahora me está enseñando a cocinar y ambos nos ocupamos de Valentino. Cuando tenemos tiempo libre, montamos en moto.
La periodista se inclinó y le guiñó un ojo al preguntar:
–¿Cómo es en verdad?
–Posee un sentido del humor un poco irritante a veces. Tiene

una respuesta para todo, y hace que la explicación más disparatada parezca sensata.

–Está describiendo a mi marido –murmuró la periodista.

Ambas se rieron.

Otro periodista se dirigió a Nicco.

–Estuvo comprometido una vez con la princesa Benedetta. Corrieron rumores entonces de que no llegó a casarse porque usted le rompió el corazón.

Callie había intentado ser agradable, pero aquel comentario le molestó.

–Esa es una historia que ha inventado la prensa, para tener algo que publicar. Si hubiera algo de cierto lo normal sería que la Princesa hubiera superado ya esa etapa de su vida.

El periodista la miró con resentimiento. Su respuesta había molestado a aquel hombre, cuando en verdad ella había tenido la intención de molestar a Nicco.

–Entonces, *signora* Tescotti, si sucediera que el Príncipe le rompe el corazón, no tendría problema en reemplazarlo, ¿verdad?

–Son situaciones completamente diferentes. Nicco se ha casado conmigo. Soy su esposa, sea estadounidense o italiana –ella miró la alianza del hombre–. Esta noche, cuando llegue a casa, pregúntele a su esposa qué haría si usted la dejase. Me temo que tendrá la misma respuesta que le daría yo.

Callie miró a todos los reporteros.

–¿Hay más preguntas para mí? Si no las hay, los dejaré con mi marido.

Nicco quitó su brazo de los hombros de Callie y se adelantó en su silla.

–Tenéis cuarenta y cinco minutos en total, con fotos incluidas. Yo contestaré una pregunta más.

–¿Qué le regaló su esposa para la boda?

–Diez mil dólares.

El auditorio se calló, sorprendido.

–Mi marido empezó tarde a ganarse la vida. El dinero representaba mi confianza en él.

–¿Qué le regaló él? –preguntó el periodista hostil. Al parecer, no había conseguido la noticia que iba buscando.

–Algo increíble. Si usted fuera motorista lo comprendería...

–No hemos olvidado la brillante carrera de su marido en el motociclismo... –dijo otro periodista.

–Mi marido es brillante. Pronto lo conocerán por su talento como ingeniero –ella tragó saliva y agregó–: Estar casada con un

hombre así hace que una se sienta humilde.

La periodista se puso de pie y dio la mano a Callie.

–Gracias por invitarnos a su casa. Se nota que su marido y usted son muy felices. Les deseo lo mejor –dijo.

Capítulo 10

ESO ES estupendo, señora Tescotti. *International Motorcycle World* estará orgullosa de ponerla en portada.

Callie había estado haciéndose fotos en la granja de los Olivera con la Strada 100. Colin Grimes, un fotógrafo de treinta y tantos años que había llegado de Londres a petición de Nicco, era el periodista encargado de las fotos. La moto había terminado cubierta de barro.

Nicco estaba cerca de ellos.

–Gracias, Colin. Es un honor para mí, puesto que usted trabaja en la mejor revista de motociclismo del mercado.

–¿Puedo poner eso? –preguntó el hombre guiñando un ojo.

–Sí –sonrió ella–. Llevo años leyendo revistas de motos. Y su revista es la mejor, tanto en fotografía como en artículos.

–¿Le ha pagado para que diga esto, Nicco?

–No tiene que pagarme –dijo ella en lugar de responder su marido–. Y ahora, si me disculpáis, quisiera volver a la clínica veterinaria. Tengo que limpiar la moto y ducharme.

Colin asintió.

–La seguiremos en mi coche alquilado. No se olvide de que los llevaré a cenar antes de marcharme a San José.

–Estamos deseosos de ir con usted. Hasta me pondré un vestido para la ocasión. Fíjese que ni siquiera mi marido me ha visto con vestido.

–Con una esposa tan guapa, la ropa no importa –dijo el hombre con admiración.

–Gracias por sus cumplidos, Colin. Siempre le serán de gran ayuda. Pero creo que es verdad que las mujeres, en realidad, se visten para otras mujeres.

Callie siguió evitando la mirada de su marido y puso la moto en marcha.

–Os veré en la sala de espera de la clínica, dentro de una hora. Necesito un poco de tiempo para transformarme. Con suerte, ninguno de los dos me reconocerá –sonrió y arrancó.

Minutos más tarde, Callie llegó a la clínica.

Limpió la moto y la guardó en el garaje.

Luego fue a su apartamento, en la parte trasera de la clínica. Allí se encontró con Ann. Su hermana la estaba esperando. Callie la abrazó.

–Gracias por venir –le dijo Callie yendo hacia el cuarto de baño,

donde podrían cerrar la puerta con llave.

–Era lo menos que podía hacer por ti después de lo que has hecho por mí. Así estaremos igualadas.

Callie asintió.

–Te queda sensacional ese vestido.

–Somos idénticas, ¿no lo recuerdas, Callie? ¿Estás segura de que quieres hacer esto? Desde que me llamaste de Locarno y me contaste tu plan, he tenido un mal presentimiento...

–Tú no estabas en mi lugar cuando él estuvo a punto de hacer lo imperdonable...

–Pero no ocurrió, porque en el fondo es un buen hombre. ¡Mira, todo lo que ha hecho por su hermano...!

–Eso es distinto.

–¿Por qué?

–Porque me ha hecho decir y hacer cosas que jamás habría dicho o hecho si... ¡Bah!, ya no importa…

Ann se mordió el labio, un gesto que tenían ambas hermanas cuando se ponían nerviosas.

–Si Nicco es tan listo como dices, se dará cuenta enseguida de que no soy la misma mujer.

Callie suspiró.

–Por eso dejé a Chloe jugando con Roxy en la casa del doctor Wood. Me conformo con tener tiempo de salir de aquí antes de que su malévolo cerebro se dé cuenta de la verdad. Tú también tendrás que estar preparada para desaparecer de aquí lo más rápido posible.

–No te preocupes. Tengo que estar en el plató pasado mañana. Callie, por favor, dime adónde te marcharás.

–Es mejor que no te lo diga, porque Nicco te obligaría a decírselo.

–¿Por qué no admites simplemente que estás enamorada de él y esperas a ver qué sucede?

–¿Crees que no lo haría si pensara que él siente lo mismo? Tuvo la oportunidad de decírmelo en Locarno, pero no lo hizo.

–No comprendo, Callie. Parecía sinceramente afligido cuando hablé por teléfono con él.

–Si le interesa algo, es capaz de ser muy persuasivo...

Ann pareció alarmada.

–¿Cuánto tiempo piensas desaparecer?

–Una semana, como mucho. Eso es lo que le he dicho al doctor Wood. Cualquier otro jefe me habría echado ya. ¡Él es tan encantador, que me ha dicho que mis problemas matrimoniales eran lo primero!

–En tu caso, tiene razón.
–Nicco se cansará pronto de este juego y se volverá a Italia.
–¿Y si no lo hace?
–¡Claro que se marchará! No puede dirigir sus negocios desde aquí el resto de su vida –miró a Ann con ansiedad–. ¿Has preparado una bolsa de viaje para mí?
–Sí. He puesto tu bolso dentro. Está todo en el coche de alquiler. Está aparcado delante de la casa del doctor Wood. Lo he dejado abierto. Las llaves están puestas.
–Bien. Ya sabes todo sobre Nicco, pero quiero decirte algo más. Vas a ir a cenar con un hombre muy atractivo, un periodista de la revista *International Motorcycle World* llamado Colin Grimes. Vino de Londres. Solía participar en carreras de motos. Ahora es el director de fotografía de la revista. Nicco estaba de malhumor cuando me fui de la granja de los Olivero, así que préstale más atención que a Colin.
–Me parece que tu marido está celoso.
–No –dijo Callie–. Lo que creo es que se da cuenta de que ocurre algo raro, pero no sabe qué es.
–Me da un poco de miedo.
–Nicco es... Buena suerte.
–Callie...

Golpearon la puerta del motel durante la noche. Callie no estaba dormida. El ruido de las olas golpeando contra la playa del Big Sur no la habían dejado dormir.
Si a los golpes no hubiera seguido la voz de su hermana, Callie habría llamado alarmada a la recepción del motel.
–¡Callie! ¡Despierta! ¡Déjame entrar!
Debía de haber ocurrido algo terrible.
–¿Qué sucede? –gritó asustada. Se levantó de la cama en camisón. Intentó abrir el cerrojo de la puerta, pero no era fácil–. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?
Callie abrió la puerta.
–¡Nicco!
–¿Realmente creías que podrías deshacerte de mí? –Nicco entró en la habitación y cerró la puerta.
En la oscuridad se veía alto, poderoso, como el príncipe que era.
–No. Pero quería un tiempo para mí sola. Llevamos un mes juntos, noche y día –Callie alzó la barbilla en señal de desafío.
–Eso es lo que hacen los recién casados.

–Por favor, Nicco, no empieces otra vez –dijo ella. Cuando observó que miraba su cuerpo de arriba abajo. corrió a taparse con la bata que había dejado a los pies de la cama. Se la puso y ajustó el cinturón.

Luego dijo:

–Estamos a punto de divorciarnos.

Él se acercó a la cama doble y se sentó. La miró y dijo:

–¿Has hecho algún trámite de divorcio?

–Sabes que no.

–Yo tampoco.

–Oye, Nicco, fuiste tú quien redactó ese documento. Me diste a entender que te habías ocupado de todo.

–Lo habría hecho. Pero después de casarme contigo, pensé que no me gustaban los términos del documento. Estoy aquí para cambiarlos. Por suerte tu hermana decidió cooperar y me trajo a este lugar, donde suponía que podías encontrarte. Eso me ha ahorrado contratar a un detective privado.

–Debí imaginarme que no podía confiar en ella.

–En realidad, hizo todo lo posible por engañarme. Pero yo habría reconocido a mi esposa en cualquier situación, y me di cuenta de la charada en cuanto la vi en la sala de la clínica. Podría haber venido antes, pero tenía que deshacerme de Colin primero. El pobre se había sentido cautivado por la señora Tescotti, pero fue tu hermana por quien verdaderamente se sintió atraído. Cuando me envíe las pruebas de las fotos, le contaré la verdadera historia de las hermanas Lassiter, para que no siga sufriendo. Si no me equivoco, Ann lo volverá a ver.

–Mi hermana tendrá que dar cuenta de muchas cosas –dijo ella enfadada–. No fui yo quien firmó el contrato de matrimonio.

–Al parecer, mi esposa jamás se queda sin una respuesta. He pensado que es una de tus más destacadas características.

–Eres un inmoral, ¿sabes?

–Hace tiempo que lo sé. Si no, no habría renunciado al trono.

–Si crees que voy a firmar otro papel ideado por ti, te equivocas. Te doy tu libertad. ¡Tómala y vete!

–He estado pensando lo que dijiste en Locarno –siguió hablando él, sin hacerle caso.

–Dije muchas tonterías. ¿Cómo te atreves a recordármelo?

–¿Hablabas en serio cuando dijiste que estarías a mi lado en cualquier circunstancia? ¿Que serías la madre de mis hijos?

–¡Eres cruel! ¿Lo sabes?

–Hablé con mi padre la semana pasada cuando estuve en la

oficina. Le prometí que lo haría «papo» en cuanto fuera posible. Él me contó que mi madre había comprado dos trajes de bautizo. Uno para el bebé de Enzo y Maria y otro para el nuestro. No podemos decepcionarla. ¿No quieres que tengamos un hijo?

Callie se había quedado muda. Cuando pudo hablar, dijo:

–Algún día, me gustaría tener varios hijos con el hombre adecuado.

–¿Qué tendría que cambiar para que fuese yo ese hombre? Enzo y yo hablamos un buen rato por teléfono el otro día, cuando él volvió de su luna de miel. Su primer acto oficial será donar al Estado la finca del refugio de cazadores, donde tú operaste a Valentino. Va a convertirlo en una reserva natural y refugio para animales sin hogar. Es algo que ha querido hacer siempre. Y está buscando a alguien que supervise el proyecto y que se ocupe de que todo marche bien. Alguien con el título de veterinario y que ame sinceramente a los animales. Mis padres quieren que Enzo y Maria se muden al palacio con ellos. Por lo tanto, el pequeño palacio de la finca estará disponible para que viva y trabaje la persona que dirija la fundación. Le he dicho a Enzo que mi esposa sería la candidata ideal.

–¡Basta! –exclamó ella–. Después de haber renunciado a tus derechos hace años, ¿quieres hacerme creer que serías capaz de vivir allí?

–No soy príncipe, como muy bien les dijiste a esos periodistas. Me voy a la oficina a las ocho de la mañana y no regreso hasta las seis de la tarde. Si el trabajo de mi esposa la obliga a vivir en la finca, ese será nuestro hogar. En nuestra vida cuentan las obligaciones de ambos.

Nicco siguió hablando.

–El apartamento es pequeño y no es el sitio ideal para Valentino. Si agregamos a Chloe y a los niños que vamos a tener, imagínate lo que podría ser…

Nicco había ido muy lejos. Si no había amor de su parte, aquello era un castigo para ella.

–Vete de aquí o llamaré a la policía.

Él sonrió, satisfecho.

–Hazlo. Cuando se enteren de que estamos de luna de miel, pensarán que es una discusión doméstica sin importancia y se marcharán.

Ella frunció el ceño.

–Tienes la luna de miel en la cabeza todo el tiempo. Lo que necesitas es una mujer. ¿Por qué no vas a otro concurso y te

consigues una? Habría muchas mujeres dispuestas a casarse con un ex príncipe. Cualquiera sabe que es el doble de emocionante que casarse con el verdadero príncipe. Podrías encontrar a la esposa perfecta para ti.

–Ahora mismo la estoy mirando.

–No estoy disponible. Pero al parecer, la princesa Benedetta está dispuesta a ocupar ese lugar.

–Valentino te ha tomado cariño. ¿Realmente hablabas en serio cuando dijiste que yo te había hecho vivir la experiencia más excitante del mundo?

–Jamás digo nada que no siento.

–¿Te referías a la moto que te regalé para la boda?

–Nicco... –ella meneó la cabeza–. ¿Cuándo va a terminar esto?

–Cuando me digas que me amas. Cuando escuche que estás tan enamorada de mí, que no puedes aguantar el deseo. Cuando estés en mis brazos como lo estuviste en Locarno y me ruegues que te haga el amor el resto de nuestras vidas. ¿Cuánto tiempo más vas a seguir torturándome?

Ella se quedó inmóvil y un repentino calor invadió todo su cuerpo. Alzó la cara, sorprendida al oír aquellas palabras.

–¿Cuándo... cuándo te has enamorado de mí? –Callie no podía creerlo aún.

–En el momento en que me preguntaste si yo era uno de los guardaespaldas de Enzo.

–Tú me robaste el corazón incluso antes de eso –le confesó ella–. En el momento en que me miraste en la sala de espera del aeropuerto. ¡Oh, Nicco! ¡Eras el hombre más excitante que había visto en mi vida! Me enamoré de ti en el acto, ¡y no sabes cuánto te amo! Casi me muero de dolor por tener que reprimir mis sentimientos.

–¡No los reprimas nunca más! –susurró él–. ¡Te necesito tanto! Ven aquí, cariño. Terminemos con este dolor y empecemos a vivir...

Nicco la besó desesperadamente y sus cuerpos se fundieron en uno solo.